
HARLEQUIN
Jazmín
REBECCA
WINTERS
BODA A LA ITALIANA

Annotation

Leon Malatesta, viudo y padre de una niña, estaba decidido a mantener a su pequeña alejada de la prensa. Y así, cuando una misteriosa belleza empezó a hacer preguntas en la soleada ciudad de Rimini, su italiano instinto de protección entró en acción.

Pero cuando esa impresionante extraña resultó no solo ser inocente, sino también la hija desaparecida de su madrastra, Leon supo que Belle traía consigo la posibilidad de un nuevo futuro... ¡Eso, si podía convencerla de que quería casarse con ella por amor, no solo para darle una madre a su hija!

REBECCA WINTERS

Boda a la italiana

Harlequin Ibérica, S.A.

Sinopsis

Leon Malatesta, viudo y padre de una niña, estaba decidido a mantener a su pequeña alejada de la prensa. Y así, cuando una misteriosa belleza empezó a hacer preguntas en la soleada ciudad de Rimini, su italiano instinto de protección entró en acción.

Pero cuando esa impresionante extraña resultó no solo ser inocente, sino también la hija desaparecida de su madrastra, Leon supo que Belle traía consigo la posibilidad de un nuevo futuro... ¡Eso, si podía convencerla de que quería casarse con ella por amor, no solo para darle una madre a su hija!

Título Original: *A Marriage Made in Italy*

Colección: Jazmín
ISBN: 9788468741185
Generado con: QualityEbook v0.70

Capítulo 1

Belle Peterson salió de la tienda de móviles de la que era encargada y tomó un autobús hasta el bufete de abogados de Earl Harmon en el centro de Newburgh, Nueva York. La secretaria la acompañó hasta la sala de reuniones, donde vio que Cliff, su hermano divorciado de treinta años, ya había llegado y estaba sentado en la mesa ovalada con gesto terco y retándola a hablarle. Hacía seis meses que no lo veía, desde el funeral de sus padres.

Era rubio y muy guapo, pero su fachada ocultaba un alma desazonada. Ese día Belle sintió su aversión mucho más fuerte que de costumbre y decidió sentarse al otro lado de la mesa sin decir ni una palabra.

Ahora tenía veinticuatro años y hacía catorce que la habían adoptado. Los niños del Orfanato de la Iglesia de Newburgh la habían apreciado, al igual que las hermanas, pero en el mundo real Belle no se sentía querida, y se esforzaba mucho en su trabajo para ganarse el respeto de sus compañeros. Su mayor dolor era no haber conocido a la madre que la trajo al mundo. Carecer de identidad era una agonía con la que había tenido que vivir cada día de su vida.

Las hermanas que regentaban el orfanato le habían dicho que la señora Peterson solo había podido tener un hijo y que había logrado convencer a su marido de que adoptaran a la niña de pelo castaño, la niña que no tenía apellido. Aquella fue la oportunidad de Belle de tener una madre, pero desde el día en que la llevaron a casa Cliff había sido cruel con ella y, en ocasiones, había hecho que su vida resultara insoportable.

—Buenos días.

Estaba tan absorta pensando en el pasado que no se dio cuenta de que el señor Harmon había entrado en la habitación. Le estrechó la mano.

—Me alegra que hayan podido coincidir y reunirse aquí. Tengo noticias buenas y malas. Empecemos con las malas.

El familiar ceño fruncido de Cliff era de lo más revelador.

—Como saben, no había seguro, y por lo tanto la casa en la que crecieron se ha vendido para saldar las múltiples deudas. La buena noticia es que cada uno ha recibido mil quinientos dólares por la subasta de los muebles. Tengo los cheques aquí —se los entregó.

—¿Eso es todo? —preguntó Cliff levantándose.

Belle captó pánico bajo su furia. Sabía que había estado esperando recibir bastante dinero, aunque fuera para compensar los atrasos del pago de la pensión de su exmujer. Ella no había esperado nada y se alegró de recibir el cheque, que apretó con fuerza antes de

guardarlo en su bolso.

—Lo siento, señor Peterson, pero todo ha ido para pagar las deudas de su padre y cubrir los costes del entierro. Por favor, acepten mi más sincero pésame por el fallecimiento de sus padres. Les deseo lo mejor a los dos.

—Gracias, señor Harmon —dijo Belle cuando Cliff siguió en silencio.

—Si necesitan mi ayuda en algún momento, no duden en llamarme —el abogado le sonrió y salió de la sala.

En cuanto se hubo marchado, un estallido de malicia salió de los labios de Cliff mientras le lanzaba una mirada cargada de furia.

—¡Todo es culpa tuya! Si mamá no hubiera convencido a papá para tener una hija, habría habido más dinero y no estaríamos en este lío. ¿Por qué no vuelves a Italia, que es donde deberías estar?

De pronto, a Belle le latió el corazón con una intensidad vertiginosa.

—¿Qué has dicho?

—Ya me has oído. Papá nunca te quiso.

—¿Y crees que no lo sé? —se acercó a su hermano conteniendo el aliento—. ¿Estás diciendo que mis padres son italianos? —siempre había creído que las hermanas del orfanato le habían puesto ese nombre por el personaje del cuento, o porque, tal vez, tenía raíces francesas.

Toda su vida había estado rezando por descubrir su verdadera descendencia, y había vuelto al orfanato muchas veces en busca de información. Pero cada vez que lo hacía, le habían dicho que no podían ayudarla. Nadine, su madre adoptiva, nunca le había revelado la verdad, pero Belle había oído el desliz de Cliff y ahora se negaba a obviarlo.

Él desvió la mirada y se giró para salir, pero ella se le adelantó y bloqueó la puerta. A sus veinticuatro años, ya no le tenía miedo. Antes de que salieran de ese despacho y se separaran para siempre, tenía que hacerle la pregunta que llevaba grabada en la mente y en el corazón desde que supo que era huérfana.

—¿Qué más sabes de mi auténtica familia?

Cliff le lanzó una burlona sonrisa.

—¿Cuánto estás dispuesta a pagarme por la información?

Apenas podía tragar cuando abrió el bolso, sacó el cheque y, con voz temblorosa, dijo:

—Te daría esto con tal de saber que me ayudará a conocer mis raíces —mientras él la observaba, sacó un boli y endosó el cheque a su nombre.

Por primera vez desde que lo conocía, los ojos de Cliff expresaron sorpresa más que rabia.

—¿Renunciarías a todo este dinero para saber algo sobre una persona que ni siquiera te quiso?

—Sí —susurró ella conteniendo las lágrimas—. No es importante que no me quisieran. Solo necesito saber quién soy y de dónde vengo. Si sabes algo, te suplico que me lo digas —y, haciendo un acto de fe, le entregó el cheque.

Él lo aceptó y se la quedó mirando un momento.

—Siempre has sido patética.

—¿Entonces no sabes nada y solo me has engañado por crueldad? No me sorprende. Venga, quédatelo. De todos modos, jamás pensé que fuéramos a sacar tanto de la subasta. Tú eres una de esas personas con suerte que han crecido sabiendo quiénes son sus padres. Qué pena que estén muertos y te hayas quedado solo. Sabiendo lo que se siente, no se lo deseo a nadie, ni siquiera a ti.

Abrió la puerta y había empezado a salir cuando lo oyó decir:

—El viejo dijo que tu apellido era el mismo que el del bocazas pelirrojo que odiaba en el instituto.

Belle se giró.

—¿Quién era?

—Frankie Donatello.

—¿Donatello?

—Sí. Un día oí a mamá y papá discutir por ti y dijo que ojalá nunca hubieran adoptado a la mocosa de aquella chica italiana. Cuando se marchó al trabajo, le dije a mamá que deberían enviarte con tu auténtica familia porque en casa no te queríamos. Dijo que era imposible porque estaba en Italia.

—¿Dónde en Italia?

—No lo sé. Era algo como «Remenee».

—¿Y cómo lo descubrió? Las hermanas me dijeron que fue una adopción cerrada.

—¿Y yo qué sé?

No importaba porque Belle estaba feliz. ¡Ese acto de fe había dado su fruto! Sin ser consciente de lo que hacía, lo abrazó tan fuerte que casi lo tiró al suelo.

—¡Gracias! Sé que me odias, pero te quiero por esto y te perdono por todas las cosas desagradables que me has hecho y me has dicho. Adiós, Cliff.

Salió corriendo del bufete hacia la parada de autobús y volvió al trabajo. Después de saludar a todos, desapareció en la trastienda y buscó un mapa de Italia en el ordenador. Estaba temblando tanto que apenas podía usar el teclado.

Mientras ojeaba la lista de ciudades y pueblos que iban apareciendo, vio el nombre de *Rímini* que era el que más se parecía a «Remenee». Le palpitó el corazón al buscarlo y descubrir que era una

ciudad de ciento cuarenta mil habitantes que recorría el Adriático. Estaba en la provincia de Rímini.

Rápidamente, consultó el cuadrante de vacaciones de los empleados. Todos tenían una semana libre en verano y otra en invierno. Belle tenía vacaciones de verano en la facultad, donde acudía a clases nocturnas. Sus vacaciones empezarían la tercera semana de junio y para eso quedaban diez días.

Sin dudarlo, sacó un billete a Rímini, y alquiló un coche para cuando llegara allí. Eligió el vuelo más barato, con dos escalas, e hizo una reserva en una pensión que le cobraba solo veintiocho dólares al día. No tenía ni teléfono ni televisión y el baño mixto estaba en la planta baja. Le recordaba al orfanato, pero se conformaba. Una cama era todo lo que necesitaba.

Como no había despilfarrado dinero y compartía piso con dos chicas, había logrado acumular unos ahorros bastante decentes. Llevaba años guardándolo para algo importante aunque nunca había llegado a imaginar que el dinero fuera a ayudarla a encontrar a su madre.

—¿Belle?

Levantó la cabeza y sonrió a su compañero.

—Dime, Mac.

—¿Te apetece tomar una pizza cuando cerremos?

—Lo siento, pero tengo otros planes.

—Siempre dices eso. ¿Cómo puede rechazarme una chica tan guapa? Venga, ¿qué me dices?

Su nuevo ayudante de gerencia era guapo y un auténtico tiburón en cuestión de ventas, pero estaba cansada de que estuviera intentando constantemente convencerla de que saliera con él.

—Mac, ya te he dicho que no me interesa.

—Algunos te llaman la Reina de Hielo —nunca se rendía.

—Lo digo en serio. ¿Hay algo más que quieras decirme antes de ir a terminar tu inventario?

Lo oyó soltar unas cuantas palabrotas antes de que la puerta se cerrara. A lo mejor sí que era una reina de hielo, pero hasta el momento no había recibido muestras de amor y no esperaba tenerlas.

Sus padres biológicos se habían deshecho de ella, sus padres adoptivos habían vivido un matrimonio desdichado, su hermanastro la había utilizado de forma despiadada como su saco de golpes emocional y ella siempre se había sentido al margen, mirándolo todo desde fuera sin llegar a formar parte nunca de nada.

Pensó en las chicas solteras de la tienda que tanto empeño ponían en encontrar chicos con los que salir y que al final siempre se sentían defraudadas con los que acababan. Dos de los cuatro chicos estaban casados y uno de ellos estaba teniendo una aventura. El otro se estaba

planteando el divorcio y los otros dos se gastaban el dinero en ropa y coches.

Sus propias compañeras de piso seguían solteras y las aterrorizaba pensar que terminarían solas. Era lo único de lo que hablaban cuando las tres salían a correr por las mañanas.

A Belle no le preocupaba estar sola porque así había estado desde que nació. Las pocas citas que había aceptado fuera del trabajo no habían quedado en nada. Probablemente era culpa suya, porque no tenía tanta autoestima como debería tener. Para ella, el matrimonio no era una opción.

No confiaba en que fuera a durarle ninguna relación y por eso cortaba enseguida. No había conocido a un hombre que le hubiera importado lo suficiente como para acostarse con él. Estaba claro que su madre había experimentado y había terminado teniendo que recurrir al orfanato de la iglesia como único recurso, así que ella se negaba a verse en esas circunstancias.

Lo que sí le importaba era su trabajo, que le daba la estabilidad que había anhelado después de haber tenido que depender, primero del orfanato, y después de sus padres adoptivos. Ahora era libre. Su tienda llevaba dos años siendo la número uno de la región y esperaba que pronto la ascendieran a gerente de alto nivel en su empresa.

Pero primero se tomaría sus preciados días de vacaciones para intentar encontrar a su madre. Si Cliff estaba equivocado, entonces el viaje no serviría de nada, pero tenía que pensar en positivo. La romántica Italia, el mundo de Miguel Ángel, góndolas y el famoso tenor Pavarotti siempre le habían parecido encantadores y algo tan poco alcanzable como la Luna. Pero ahora, por increíble que pareciera, volaría hacia allí.

Al día siguiente se encargaría de equiparse con un Smartphone y una tarjeta SIM cuatribanda. Una vez estuviera en Rímini encontraría una biblioteca local y empezaría su búsqueda con las páginas amarillas más recientes de la ciudad.

Estaba haciendo una lista mental de todo lo que necesitaría cuando Rod, uno de los comerciales, fue a buscarla.

—Ey, jefa. ¿Puedes salir? Hay un cliente hecho una furia que le ha tirado el móvil a Sheila y está exigiendo que le devolvamos el dinero. Dice que se le rompió en cuanto lo compró.

Ella sonrió.

—Si no estaba roto, ya lo está. No hay problema —nada estropearía el primer día importante de toda su vida—. Ahora mismo salgo.

Eran las siete de la mañana cuando Leonardo Rovere di Malatesta, de treinta y tres años e hijo mayor del conde Sullisto Malatesta de Rímini, logró por fin que Concetta, su bebé de seis meses, se durmiera. El médico había dicho que tenía un virus y le había prescrito una medicación para bajarle la fiebre. Ahora estaba dos grados más baja que a medianoche y no había vuelto a vomitar, *grazie a Dio*!

Después de haber estado paseándose por toda la casa con ella en brazos en un intento de calmarla, estaba agotado. Y el perro también debía de estarlo. Rufo era un spinone ruano marrón, un regalo de bodas de la esposa de su padre.

Rufo había sido leal a Benedetta y había volcado esa lealtad en Concetta después de que Leon hubiera vuelto del hospital sin su mujer. Desde aquel momento su perro no había perdido de vista al bebé ni un instante. A Leon lo conmovía enormemente semejante demostración de amor y acarició la cabeza del animal.

Esa mañana no iría al banco, de ninguna manera. Talia y Rufo cuidarían de su hija mientras él dormía. La niñera llevaba con él desde que Benedetta había muerto en el parto y estaba entregada a la preciosa niña. Si la fiebre le volvía a subir, no tenía duda de que la mujer lo despertaría de inmediato.

Besó la cabeza de Concetta con su fino cabello rubio oscuro y la tendió en la cuna. Los párpados de la pequeña ocultaban unos ojos marrones oscurísimos. Tenía la tez y los rasgos de Benedetta y Leon la adoraba de un modo que no habría creído posible. Su presencia y la atención y cuidados que requería llenaban la dolorosa soledad de su corazón por la esposa que había perdido.

Después de salir de puntillas de la habitación, le dijo a Talia que se iba a dormir y fue a buscar a su ama de llaves, que siempre había trabajado para la familia de su madre. Las dos mujeres eran primas y confiaba en ellas incondicionalmente.

—¿Simona? He apagado el móvil. Si me necesitáis, llamad a la puerta.

La mujer asintió antes de que Leon fuera hacia su dormitorio. Estaba tan agotado que ni siquiera fue consciente del momento en que su cabeza tocó la almohada. El alivio por saber que la fiebre de la niña había bajado lo ayudó a sumirse en un profundo sueño.

Cuando más tarde oyó a alguien llamar a su puerta, miró el reloj. Había dormido siete horas y no se podía creer que ya fuera ¡media tarde! Se despertó de inmediato temiendo que sucediera algo.

—¿Simona? ¿Está peor Concetta?

—No, no. Se ha recuperado. Talia está dándole de comer —la sensación de alivio lo invadió una segunda vez—. Su ayudante del banco nos ha preguntado si podría llamarlo.

—*Grazie* —salió de la cama y fue a darse una ducha sorprendido

de que Berto hubiera llamado a la villa. Normalmente le dejaba un mensaje en el móvil..., aunque tal vez lo había hecho.

Después de afeitarse y vestirse, agarró el teléfono donde encontró un mensaje de su padre proponiéndole cenar juntos. «Esta noche no», pensó.

Había otro mensaje de su amigo Vito. Lo llamaría más tarde, antes de irse a dormir.

Ningún mensaje de Berto.

Entró en la cocina donde Talia estaba dándole de comer a la niña. Rufo estaba tendido en el suelo y moviendo el rabo mientras las observaba con una mirada auténticamente humana.

El dulce rostro de Concetta esbozó una sonrisa en cuanto vio a su padre y sacudió las manos. Siempre que lo hacía, él daba las gracias por estar vivo. Le tocó la frente y, complacido, vio que ya no tenía fiebre.

—Estás mucho mejor, *il mio tesoro*. En cuanto haga unas llamadas, los dos vamos a salir al patio a jugar.

El día antes le había comprado un juego nuevo de cubos de construcción, pero la niña no les había mostrado interés al no encontrarse bien. Ahora que había mejorado, Leon estaba deseando ver cómo jugaría con ellos. Primero, sin embargo, llamó a su padre para explicarle que la niña había estado mala y que tenían que irse a dormir pronto.

Cuando oyó la decepción en su voz, quedó en cenar con él la semana siguiente si la niña seguía bien. Y con eso solucionado, llamó a su secretario.

—¿Berto? Te he enviado un mensaje de texto diciéndote que mi hija está enferma. ¿Hay algún problema que no pueda esperar a mañana?

—No, no. Hablaremos por la mañana si la *bambina* está mejor.

—No me habrías llamado si no te hubiera parecido importante.

—Al principio creía que lo era.

—¿Y ahora has cambiado de opinión? —Berto estaba siendo demasiado enigmático.

—Sí. Puede esperar a mañana. *Ciao*, Leon.

¡Su asistente le había colgado! Miró a su hija, que ya había comido y parecía muy contenta.

—Talia, ha pasado algo en el banco. Voy a ir a la ciudad y volveré en una hora. Dile a Simona que me llame si surge el más mínimo problema.

—La pequeña estará bien.

Besó a su hija en la mejilla.

—Hasta luego.

Después de ponerse un traje, avisó a su guardaespaldas antes de

salir de la villa y condujo su deportivo negro por la ciudad costera más célebre de Europa muy curioso por descubrir qué estaba pasando con Berto.

Después de aparcar en la parte trasera del ornamentado edificio renacentista de dos pisos, que había sido parcialmente bombardeado durante la Segunda Guerra Mundial y reconstruido más tarde, accedió por la entrada privada reservada a su familia. Subió las escaleras de mármol de dos en dos hasta su despacho, donde ejercía como director de activos de la Banca Malatesta, una de las dos mejores instituciones banqueras de Italia.

Bajo la brillante gerencia de su padre, habían crecido hasta tener veinticinco mil empleados. Con su hermano Dante supervisando el departamento de bolsa, el negocio marchaba bien a pesar de la crisis económica en Italia. Si la llamada de Berto significaba que había algún problema, Leon llegaría al fondo del asunto enseguida.

Su asistente pelirrojo estaba allí cuando Leon entró en su suite privada. A juzgar por su expresión, Berto se sorprendió al verlo.

—No sabía que iba a venir.

—Y yo no me esperaba que me colgaras tan rápidamente mientras hablábamos. Quiero saber qué pasa y no vuelvas a decirme que no es nada. ¿Cuál de las cuentas tiene problemas?

—No tiene nada que ver con las cuentas. Una mujer ha venido al banco. La han remitido aquí desde Diamantes Donatello.

—¿Y?

—Marcello, de seguridad, ha llamado para que se ocupara usted ya que su padre no estaba disponible. Y entonces yo lo he llamado a usted. Pero al enterarme de que era una norteamericana pidiendo información sobre la familia Donatello, he supuesto que sería alguna periodista extranjera fisgoneando y por eso he decidido no molestarle más con el tema.

Leon se quedó atónito. Alguien que quisiera hacer algún negocio legítimo habría concertado una cita con él o con su padre.

¿Sería uno de los paparazzi haciéndose pasar por una turista norteamericana para sacar información sobre la familia? Los parientes de Leon tenían que estar en alerta constante para protegerse de los medios que querían remover viejos escándalos para vender más.

Leon lo había visto todo y observaba la vida con suspicacia. Eso era lo que suponía ser un Malatesta, odiados en siglos anteriores y aún objetos de envidia.

—Al no poder contactar ni con su padre ni con usted, he probado con su hermano, pero está fuera de la ciudad. Le he dicho a Marcello que esa persona tendría que dejar un nombre y un número de teléfono. Al estar su hija enferma, no he considerado que se tratara de una emergencia, pero quería tenerlo informado de todos modos.

—Te lo agradezco. Has actuado perfectamente. ¿Tienes la información que ha dejado la mujer?

Berto le pasó la nota.

—Ese es el número de teléfono y la dirección de la Pensión Rosa en la Via Vincenza Monti. La mujer se llama Belle. Marcello ha dicho que tendrá veintipocos años, y que su pelo largo y moreno y sus ojos azules le hacen justicia a su nombre. Cuando se ha acercado, él se ha pensado que era una estrella de cine.

¿No aparecía siempre el diablo disfrazado de bella mujer?

—Buen trabajo, Berto. No le cuentes esto a nadie. Hasta mañana.

Con más curiosidad que antes, Leon salió del banco y, unos pocos minutos después, encontró la pequeña posada al fondo de un callejón, medio oculta por los otros edificios. Aparcó y entró. No había nadie por allí, así que pulsó el timbre del mostrador de recepción. Al momento salió una mujer mayor.

—Soy Rosa. Si necesita una habitación, estamos llenos, *signore*.

Leon le entregó el papel.

—¿Tiene a una mujer llamada Belle registrada aquí?

—Sí —y con esa respuesta cortante, supo que no le sería fácil conocer el nombre de la huésped.

—¿Podría llamar a su habitación, *per favore*?

—No hay teléfonos en las habitaciones.

Debió de haberlo imaginado dado el precio del alojamiento anunciado en la pared del fondo.

—¿Sabe si está aquí?

—Salió hace varias horas y no ha vuelto.

Vio una silla apoyada contra la pared, junto a una mesita con una lámpara, y dijo:

—Esperaré.

—Déjeme su nombre y su número y le diré que lo llame desde recepción cuando regrese.

—Me arriesgaré y esperaré a ver si llega.

Encogiéndose de hombros, la mujer desapareció tras el mostrador.

En lugar de sentarse a esperar durante lo que podrían ser horas, llamó a uno de sus empleados de seguridad para hacer la vigilancia. Cuando Ruggio llegó, Leon le dio la descripción de la norteamericana y dijo que quería que lo avisara en cuanto esa mujer apareciera por allí.

Con eso solucionado, salió al callejón y se subió al coche. Se encontraba a medio camino de la villa cuando le sonó el móvil. Era Ruggio.

—¿Qué pasa?

—La mujer que se ajusta a la descripción que me ha dado acaba de entrar. Conduce un coche de alquiler del aeropuerto.

—¿De qué agencia?

Cuando Ruggio le dio la información, Leon le pidió que se quedara allí hasta que él llegara. De vuelta a la pensión, llamó a la empresa de alquiler y pidió hablar con el gerente por una cuestión de vital importancia. En cuanto el hombre oyó que estaba hablando con un Malatesta que investigaba una posible cuestión policial que tenía que ver con el banco, le dijo que el apellido era Peterson y que era de Newburgh, Nueva York. Leon no solía aprovecharse de su apellido para ejercer presión, pero ese caso era una excepción.

Se enteró de que había hecho la reserva hacía casi dos semanas y que había alquilado el coche durante siete días. Al parecer, ya llevaba tres en Rímini.

Le dio las gracias al gerente por su cooperación, complacido de tener esa información. Vio el coche de alquiler cuando recorrió el callejón y aparcó. Ruggio se reunió con él en la recepción.

—No ha salido de su habitación desde que ha llegado. Es *molto, molto bellissima* —le susurró Ruggio—. Creo que la he visto en televisión.

Marcello había dicho lo mismo.

—*Grazie*. Ya me ocupo yo —le dijo. Si esa mujer estaba trabajando sola o con otro reportero, lo averiguaría.

Una vez Ruggio se marchó, él se sentó. Ya eran las seis y cuarto. Sin una televisión en la habitación, saldría otra vez, aunque solo fuera para comer algo. Si tenía que esperar demasiado, insistiría en que Rosa fuera a llamar a la puerta de la *signorina* Peterson. Para pasar el rato, llamó a Simona y se quedó aliviado al oír que su pequeña parecía haber superado ya lo peor del virus. Mientras le decía a su ama de llaves que no estaba seguro de a qué hora volvería a casa, una mujer apareció y, sin previo aviso, le subió la adrenalina. No solo porque era preciosa, ¡increíblemente preciosa!, sino porque le recordaba a alguien.

Pasó por delante de él y Leon, después de decirle a Simona que la llamaría más tarde, se levantó de la silla y siguió a la curvilínea mujer ataviada con un traje de lino y sandalias de piel.

Calculaba que debía de medir cerca del metro setenta. Incluso su manera de caminar, con esa elegancia y esa gracia que parecían innatas, lo atraía. Físicamente, no podía sacarle nada malo, y eso lo irritó porque desde lo de Benedetta no había sido capaz de mirar a ninguna otra mujer.

—¿Belle Peterson?

Ella se giró haciendo que su resplandeciente melena, de color visón oscuro, se sacudiera sobre sus hombros. Unos ojos azul cobalto enmarcados por unas pestañas negras se posaron en Leon con expresión de sorpresa. Si ya sabía quién era, estaba disimulándolo

muy bien.

Tenía un tono de piel aceitunado claro que no necesitaba maquillaje. Su boca con sus labios pintados en rosa era carnosa. La veía como la personificación de la excelencia femenina, pero para su sorpresa lo miraba como si no fuera consciente de su belleza ni intentara flirtear.

—¿Cómo sabe mi nombre? No nos conocemos.

Con ese acento, era norteamericana cien por cien. Su franqueza le resultó tan intrigante como su actitud seria. La mirada de Leon se posó en su mano izquierda, apoyada contra su bolso y la curva de su exuberante cadera. Tenía las uñas muy cuidadas, pintadas con un esmalte en tono claro. No llevaba anillos.

Si estaba disfrazada con la esperanza de infiltrarse en el negocio de su familia para destapar algunos secretos, le parecía que estaba... perfecta.

Sacó la nota que Berto le había dado y se la dio.

—Está claro que es del banco. ¿Cómo ha conseguido mi apellido?

—Solo he tenido que hablar con la empresa de alquiler de coches.

—No sé en su país, pero en el mío esa información solo se puede conseguir mediante la orden de un juez durante la investigación de un crimen.

—Mi país tiene leyes similares.

—¿Es un crimen hacer preguntas?

—Por supuesto que no, pero me temo que nuestras puertas están cerradas para todos los periodistas. Por eso he decidido investigar.

—No soy ni periodista ni nada parecido —contestó y, metiendo la mano en su bolso, sacó su cartera y una tarjeta de dentro.

Él la agarró y la miró.

Belle Peterson. Gerente. Móviles Trans Continental Incorporated. Newburgh, Nueva York.

—¿Por qué no le ha dejado esta tarjeta al empleado de seguridad del banco con el que ha hablado?

Sin dudarlo, ella dijo:

—Porque una llamada a mi trabajo para verificar mi empleo haría que todos supieran quién soy. Ya que mi paradero no es asunto de nadie, me gustaría que siguiera siendo así. La cuestión es que estoy de vacaciones y ya casi se me han terminado.

Él se guardó la tarjeta en el bolsillo.

—¿Va a volver a Newburgh?

—Sí. He hablado con toda la gente apellidada Donatello que he podido encontrar en Rímini y hasta el momento no he dado con la información que buscaba.

—¿Busca a alguien desaparecido, tal vez? ¿Un hombre? —la pregunta salió de su boca sorprendiéndolo. ¡Como si le importara a

quién estuviera buscando…!

La mirada de esa mujer no vacilaba nunca.

—Supongo que es natural pensar algo así, pero la respuesta es «no». No todas las mujeres buscan un hombre, ya sea por placer o por matrimonio… una institución que considero sobrevalorada.

Hablaba como Leon y eso hizo que aumentara su interés.

—Para ser exactos, el gerente de Diamantes Donatello me ha remitido al Banco Malatesta, pero parece que ahí también me veo en punto muerto. Como prefiere no decirme su nombre, al menos deje que le dé las gracias por su cortesía al haber venido a la pensión para decirme que no puede ayudarme. Así ya puedo tachar Diamantes Donatello de mi lista de posibilidades.

Como un hombre concluyendo una reunión de negocios, ella extendió la mano para estrechársela a Leon. En cuanto se tocaron, una inesperada calidez le recorrió el brazo pillándolo desprevenido.

—¿Qué va a hacer ahora?

—Seguiré buscando hasta que se me acabe el tiempo dentro de tres días. Adiós —se giró y se metió en el coche de alquiler sin pedirle que le devolviera la tarjeta. Él la miró hasta que salió del callejón y dobló la esquina al fondo.

Esa tarjeta ardía en su bolsillo. La sacó. Si llamaba al número, descubriría si había estado diciendo la verdad sobre su empleo, pero ya que era una persona que siempre protegía mucho su propia intimidad, comprendía el deseo de esa mujer de no compartir su vida privada con nadie.

Pasara lo que pasara, esa mujer no significaba nada para él. Además, si había ido con malas intenciones, no le había dado ninguna información que pudiera emplear para causar problemas.

Cuando llegó a la villa, lo único en lo que pensaba era en su hija. No fue hasta más tarde, después de haberle dado un beso de buenas noches y mientras hacía unos largos en la piscina, cuando las imágenes de la norteamericana comenzaron a resurgir. Había algo familiar en ella que no lo dejaba tranquilo.

Una molesta voz lo instó a llamar a la oficina central de Móviles Trans Continental para descubrir si la mujer había elaborado o no una mentira que incluía una tarjeta de visita. Lo haría antes de irse a la cama porque, si no hacía esa llamada, no podría dormir.

Capítulo 2

El miércoles por la mañana Belle se despertó después de una noche agitada. El alto hombre sin nombre con ese traje de seda azul claro que la había seguido la tarde anterior era, sin duda, el hombre más peligrosamente atractivo que había visto en su vida.

Con esos rasgos aguileños, personificaba mucho más que las características convencionales que se solían atribuir a los tíos buenos, como ser guapo, gallardo y excitante. No se lo podía creer, pero se había sentido atraída por él. Muy atraída. Y eso nunca le había pasado.

Cuando la había llamado, había sentido su poderosa presencia incluso antes de darse la vuelta y encontrarse con ese físico. Su pelo negro y su piel oliva le daban el contrapunto perfecto a esos impresionantes ojos grises.

Debía de ser alguien importante si en el banco le habían dado esa información. El hecho de que su investigación lo hubiera llevado hasta la pensión la convenció de que, sin saberlo, había traspasado un terreno con unos secretos tan oscuros que tenían que guardarse bien.

¿Y quién mejor para hacerlo que el hombre que había aparecido de pronto como un príncipe misterioso de esa ciudad renacentista? Solo recordar su encuentro hacía que un escalofrío le recorriera todo el cuerpo.

Estaba siendo fantasiosa, pero no podía evitarlo. Su profunda voz con apenas un ápice de acento cuando hablaba en inglés había acelerado su sistema nervioso e, incluso después de doce horas, aún podía sentirla resonando. Aunque jamás lo olvidaría, tenía que dejar de pensar en él. El vuelo de vuelta del domingo llegaría antes de que pudiera darse cuenta, y eso significaba que tenía que intensificar su búsqueda.

Una vez se duchó y se puso un vestido blanco de manga corta, salió de la pensión armada con un detallado mapa y una libreta. Llevaba un registro de todos los Donatello que había encontrado hasta el momento y el último lugar que le quedaba por visitar en la ciudad de Rímini era el Taller Donatello.

Después de seguir las indicaciones que le habían dado por teléfono el día anterior, habló con el encargado, que tenía un inglés pasable. Le dijo que ahora el dueño no era Donatello y que el propietario original, el señor Donatello, y su esposa habían muerto siendo muy ancianos y que no habían tenido hijos que hubieran heredado el taller.

Y así había marchado todo desde el domingo anterior, cuando había empezado a buscar a todos los Donatello de Rímini que

encontró en el listín telefónico. En la mayoría de los casos las personas con las que había hablado se habían mostrado dispuestas a ayudarla, e incluso se habían tomado la molestia de buscar a alguien que los tradujera para poder hablar con ella en inglés. Sin embargo, hasta el momento no había encontrado a ninguna mujer con el apellido Donatello que se hubiera marchado a Nueva York hacía unos veintiséis años. Era como buscar una aguja en un pajar.

Decidida a no desanimarse, Belle le dio las gracias y fue a la biblioteca que había junto a la pensión para investigar un poco más sobre las otras diecinueve ciudades y pueblos dentro de la provincia de Rímini. De camino allí, Belle se detuvo en una *trattoria* para desayunar y se llenó lo suficiente para no tener que parar a comer hasta la hora de la cena. Después, y ya en al biblioteca, se acercó a la mujer que se encargaba del departamento de documentación y que hablaba un inglés excelente.

—Tengo una pregunta más, si no le importa. ¿Podría contarme algo sobre el Banco Malatesta? —el impresionante italiano que se había presentado en la pensión se negaba a salir de su mente.

—¿Cuánto tiempo tiene?

—Ayer el gerente de Diamantes Donatello me remitió al banco para obtener información, pero no conseguí nada. ¿Por qué lo hizo? No entiendo la conexión.

—La Casa de Malatesta era una familia italiana que gobernó Rímini desde el 1300 hasta el 1500. Hay demasiada historia desde entonces como para contárselo en cinco minutos, pero hoy en día un miembro de esa familia, el conde Sullisto Malatesta, dirige el Banco Malatesta, uno de los dos bancos más grandes de Italia. Además, tienen muchos otros negocios. Otra familia regente del pasado y menos importante, la Casa de Donatello, hizo su fortuna con los diamantes, pero después de años de una mala gerencia empezó a menguar. Hay quien dice que se habría terminado hundiendo si el conde Malatesta, que por entonces era viudo, no se hubiera fusionado con la Casa de Donatello. Evitó que se arruinara al casarse con la princesa Luciana Donatello, la heredera, cuyo padre murió por causas naturales supuestamente —la mujer bajó la voz—. Digo «supuestamente» porque algunas personas insistieron en que su esposa y él fueron asesinados, o por una facción de la familia Donatello o por la familia Malatesta. Poco después el conde dejó claro su poder al casarse con la joven, pero la investigación no pudo ni demostrar ni desmentir las teorías.

Belle se estremeció. El extraño del banco le había parecido un hombre peligroso.

—Las muertes de los Donatello dejaron una pregunta en el aire y lo convirtieron todo en un escándalo que sacudió la región e hizo de la

boda un evento nacional.

—Es toda una fuente de conocimiento y estoy en deuda con usted —le dijo Belle—. Ahora me voy a dirigir a los otros pueblos de la provincia de Rímini para buscar a más Donatellos. Muchas gracias por su tiempo.

La mujer sonrió.

—Buena suerte.

Belle se alegraba de poder marcharse de la ciudad, de marcharse lejos de él. Antes de hacerlo, pagaría su factura en la pensión y devolvería su coche de alquiler. No dejaría ni rastro por si el hombre del banco iba haciendo más preguntas sobre ella. Tomaría un taxi hasta otra agencia de alquiler y allí se haría con otro coche para el resto de la semana.

Salió de la biblioteca y fue hasta el aparcamiento. Al abrir la puerta del coche, oyó una voz familiar decir:

—*¿Signorina Peterson?* —el corazón le dio un brinco.

Fue como un *déjà vu* mirar a su alrededor y ver al responsable de su mala noche. En esa ocasión iba vestido con una camisa azul deportiva que lo hacía más arrebatador todavía, si es que eso era posible. Sus ojos la recorrieron con una minuciosidad que la apabulló.

—¿Por qué me está siguiendo, *signore*?

—Porque he oído su conversación con la bibliotecaria y me encuentro en posición de ayudarla en su búsqueda, si me lo permite.

—¿Y por qué iba a hacer eso cuando ni siquiera me ha dicho su nombre?

—Porque usted es una extranjera que ya se ha llevado dos sustos. El primero por mi parte, porque ayer la sometí a un interrogatorio, y el segundo por parte de la bibliotecaria que la ha puesto aún más nerviosa al responder a su pregunta.

¿Había estado escuchando todo el tiempo? Eso significaba que la había seguido desde la pensión. Belle se agarró al tirador de la puerta.

—¿Qué le hace pensar que estoy nerviosa?

—El pulso del cuello le late demasiado deprisa.

A esos ojos plateados no se les escapaba ni un solo detalle.

—Imagino que siempre me pasa eso cuando me están acosando.

—Con su belleza, me imagino que serán gajes del oficio, sobre todo en su trabajo —y mientras Belle intentaba recuperar el aliento, él añadió—: La he investigado.

—Lo sabía.

—He llamado a Nueva York y les he dicho que nuestro banco estaba intentando patrocinar a una compañía de telefonía móvil norteamericana en Rímini.

—¡Pero eso es mentira!

—No necesariamente. Llevamos tiempo queriendo hacerlo.

Cuando he preguntado qué encargado de tienda podría estar a la altura de semejante labor, su nombre ha salido mencionado entre los mejores de la Costa Este.

—¿Qué ha hecho? ¿Ha hablado con el comité ejecutivo?

—La verdad es que sí.

¡Por Dios! Era guapísimo y además más astuto que el mismo diablo.

—Lo que me resulta más fascinante es que empezara a trabajar en la compañía con dieciocho años y que seis años después siga con ellos. Esa clase de lealtad no es muy común. Me han dicho que la iban a ascender a gerente regional durante los próximos meses. Tal vez eso hace que termine trabajando en Rímini.

«¿Qué?»

—Felicidades.

¿Pero quién era ese hombre para tener unos contactos tan poderosos?

—Para que lo sepa, no tengo ningún interés en trasladarme al extranjero. Así que ahora que sabe que no soy un paparazzi, me gustaría que me diera su palabra de que me dejará tranquila, sea quien sea.

—Soy Leonardo di Malatesta, el hijo mayor del conde Sullisto de Malatesta.

Tenía el corazón acelerado. Todo eso encajaba con la primera impresión que le había dado de ser un príncipe oscuro, y explicaba el sello con una cabeza de caballero que llevaba en la mano derecha. En la izquierda tenía una alianza de boda.

—Entiendo que ese nombre denote a alguien siniestro.

Su sonrisa resultaba peligrosa.

—Así que si la hace sentirse más cómoda, llámeme Leon.

—El león. Si eso tiene que hacerme sentir mejor...

Un aterciopelado sonido parecido a una risa escapó de los labios de él.

—Quiero disculparme por mi poco ortodoxo método de acercarme a usted y por haberla asustado. Teniendo en cuenta el hecho de que tiene planeado volver a los Estados Unidos el domingo, tal vez si me dijera exactamente lo que busca, podría ayudarla a acelerar el proceso. Me gustaría mucho ayudarla.

—Dudo que su esposa fuera a aprobarlo.

Esos ojos grises se oscurecieron con una emoción a la que no podía poner nombre.

—Soy viudo.

—Pero lleva la alianza de boda. Debió de amarla mucho. Perdóneme si estoy siendo muy desconfiada. Lo cierto es que no tenía ninguna intención de molestar a un hombre de negocios como usted.

Lo único que esperaba de Diamantes Donatello era sacar un poco de información sobre miembros femeninos de la familia. Solo habrían sido unos minutos.

—Así que está buscando a una mujer…

—Es usted muy astuto.

Un intenso brillo salpicó los ojos de él.

—Teniendo en cuenta la atractiva mujer con la que estoy hablando, seguro que se me puede perdonar lo que he interpretado de la situación antes.

«Belle, no dejes que su encanto letal se apodere de ti».

—Eso depende de lo que pueda decirme —respondió con una irónica sonrisa.

Al cabo de un momento él dijo:

—Está claro que aún no la ha encontrado. ¿Por qué es tan importante como para haber recorrido miles de kilómetros?

—Porque la respuesta a toda mi existencia está unida a esa persona. Mi mayor temor es que no siga viva o que no pueda encontrarla nunca.

—¿Es pariente suya?

—Tal vez.

—¿Cuántos años tendría?

—Cuarenta y algo —según Cliff, su padre adoptivo se refería a su madre como «esa chica italiana», así que suponía que debía de ser muy joven por entonces—. Me dijeron que era de Rímini, pero eso podría ser la ciudad o la provincia.

Él frunció el ceño.

—Mi madrastra, Luciana, era la única hija de Valeria y Massimo Donatello y nació aquí, en Rímini. Valeria murió en un accidente de caza en su propiedad cuando Luciana tenía solo once años. Como le dijo la bibliotecaria, algunos siguen pensando que no fue un accidente.

—Lo que me ha contado sonaba totalmente maquiavélico.

—Tiene razón, pero solo hace unos meses que la policía determinó que el disparo fue accidental.

—Ya…, pero de todos modos es una tragedia que una niña pequeña pierda a su madre.

—No podría estar más de acuerdo —le respondió con una voz angustiada. Se quedaron mirando un momento—. Mi padre tenía quince años más que Luciana y se casó con ella a pesar de la negativa de mi hermano y mía. Solo tenía veinte años y nunca podría haber sustituido a nuestra madre.

—Claro que no —podía imaginarse el sufrimiento de ese hombre y, de pronto, le resultó más humano. Había perdido a su madre y a su esposa.

—Ahora tiene cuarenta y dos años —añadió Leon—. Ha debido de encontrarse con muchas mujeres Donatello con esa edad mientras ha estado en Rímini.

—Sí, pero hasta el momento no he tenido suerte porque ninguna de ellas ha viajado a Nueva York cuando eran jóvenes.

El corazón de Leon dio un vuelco.

—¿Nueva York es el punto de conexión?

Belle asintió.

Mientras la miraba y recordaba lo que le había dicho sobre la importancia de esa persona que buscaba supo, de pronto, por qué le resultaba tan familiar. ¿Se habrían fijado Marcello o el gerente de Diamantes Donatello en el parecido? Probablemente no, porque entonces habrían dicho algo. *Madonna mia*!

—Me gustaría ayudarla, y lo haré, pero no podemos hablar aquí. Deje su coche en el aparcamiento de la biblioteca y acompáñeme. Iremos a un lugar más seguro.

—No necesito su ayuda. Gracias de todos modos.

Abrió el bolso para sacar las llaves, pero él le puso una mano en el brazo.

—Si quiere conocer a su madre, soy la persona que puede hacerlo posible. Pero tendrá que confiar en mí.

Ella emitió un grito ahogado y esos fabulosos ojos azules se llenaron de lágrimas al mirarlo.

—¿Está diciendo lo que creo que está diciendo? —le temblaba la voz.

—Vamos a descubrirlo. ¿Hay algo en el coche que necesite?

—No.

—Pues entonces iremos a mi villa para hablar en privado. Tengo unas fotos que puedo enseñarle.

Ella se movió aturdida mientras él la acompañaba a su coche y la ayudaba a entrar. En un momento así sus largas y elegantes piernas no deberían haber despertado su atención, pero lo hicieron. Y su floral fragancia perpetró otro ataque contra sus sentidos.

—¿Me parezco a ella?

—Ayer cuando la vi en la pensión me recordó a alguien, pero no podía ubicarla. He estado dándole vueltas desde entonces. Y hace unos minutos, cuando ha mencionado Nueva York, todas las piezas han encajado —arrancó el motor—. Tendrá que ponerse el cinturón.

Leon serpenteó por las calles en dirección a la villa, sin ver nada en realidad mientras en su mente retrocedía en el tiempo hasta el momento en que había conocido a Luciana. Recordaba que su padre les había contado a Dante y a él que había vivido en Nueva York durante un año y que podía ayudarlos a mejorar su inglés. ¿Cuánto más sabía su padre sobre la joven princesa que había llevado al

palazzo, además del hecho de que era rica y preciosa?

Su terrible secreto podría explicar por qué Leon siempre la había encontrado tan distante y esquiva.

Antes de llegar a la casa, telefoneó a Simona y después de oír que Concetta se encontraba bien y jugando con sus nuevos cubos en la cocina, le dijo al ama de llaves que preparara almuerzo para él y una invitada. Llegarían en poco tiempo y comerían en el patio.

Ensimismada en sus propios pensamientos, la mujer que tenía sentada al lado no había dicho ni una sola palabra durante el trayecto. Esa misma mujer había sido un bebé separado de su madre al nacer. Al pensar en su hija y en lo mucho que la adoraba no podía entender la historia de Belle y Luciana. Tenía tantas preguntas que no sabía por cuál empezar.

Cuando la villa blanca de dos plantas y estilo neoclásico se alzó ante ellos, él abrió los portones con el mando y fue hacia la parte trasera de la propiedad. Belle dejó escapar un suspiro de admiración al ver los jardines.

Leon la ayudó a salir del coche y a subir los escalones que daban al vestíbulo trasero que, a su vez, se abría a una sala de estar.

—Al final del pasillo hay una habitación de invitados con un baño, si quieres puedes ir a refrescarte. Cuando estés lista, ven a buscarme aquí y comeremos en el patio; ahí no nos molestarán —le dijo tuteándola.

—Gracias.

En cuanto Belle salió de la sala, él corrió hasta la cocina donde Concetta estaba jugando con unos muñecos. La pequeña comenzó a gritar de alegría al verlo. Él la tomó en brazos y la besó una y otra vez haciéndola reír. Mientras lo hacía, no pudo evitar pensar que su invitada nunca había conocido los besos de sus padres.

—Ya ha comido y está lista para echarse la siesta —dijo Talia sonriendo.

—He venido acompañado, así que no puedo darle toda mi atención, pero lo haré cuando se despierte —la besó una vez más y se la pasó a Talia. A su hija no le gustaba que la separaran de él y soltó unas cuantas lágrimas mientras se alejaba por el pasillo.

Por muchas ganas que tenía de arroparla, sabía que alguien más lo esperaba, alguien que llevaba años esperando la más mínima información sobre sus padres.

—¿Quiere que sirva ya la comida? —le preguntó Simona.

—Por favor.

Fue hacia el salón y encontró a Belle con una fotografía en la mano. Estaba de espaldas a él, pero incluso desde esa distancia podía ver cómo le temblaban los hombros.

—No voy a decir que entiendo por lo que estás pasando, pero

puedo imaginarme lo que debe de ser verte reflejada en la imagen de Luciana. Aunque no sois idénticas, cualquiera que os conociera bien podría encontrar ciertas similitudes.

Belle dejó la fotografía en su sitio y se giró; su hermoso rostro estaba surcado de lágrimas.

—¿Mi madre es una princesa? ¿Tu madrastra? No… no lo entiendo —tartamudeó—. En el orfanato soñaba con cómo sería. Quería creer que me había abandonado por una razón de vida o muerte, pero ni en mis sueños llegué nunca a imaginarme algo como esto.

—Aún sigo impactado por saber que tuvo una hija porque nunca había oído nada de ti, ni lo más mínimo.

—Cuando Cliff me dijo que mi madre era italiana, quise que fuera verdad, aunque nunca pensaba que fuera a encontrarla. ¿Por qué te molestaste en ir a la pensión?

Era la misma pregunta que Leon no dejaba de hacerse. Se rascó la nuca.

—No puedo decirte la razón. Tenía la sensación de que debía investigar.

Ella juntó las manos.

—Si no hubieras venido, no habría sabido nada y volvería a Nueva York sin obtener ninguna respuesta. ¡Cuánto te lo agradezco! —dijo llorando—. Jamás podré recompensártelo.

Los preciosos ojos de Belle lo miraban.

—Pero ahora que he visto su fotografía, creo que tengo miedo. Es como ese dicho de tener cuidado con lo que se desea porque se puede hacer realidad.

Ella no era la única que estaba alarmada porque esa mujer ya era importante para él de un modo que no podía explicar.

—¿Lo dices porque has descubierto que eres hermanastra e hijastra de la familia Malatesta?

Le había lanzado la pregunta con una voz sedosa; la atracción que sentía por ella era cada vez más intensa y profunda. No quería una complicación así en su vida, no después de haber perdido a Benedetta. Demasiadas pérdidas lo habían convencido de que era mejor no involucrarse emocionalmente con nadie. Tenía a su hija y eso era todo lo que necesitaba.

—Cuando la pareja que me adoptó me llevó a su casa, le partieron el corazón a su hijo biológico. Me odió desde el primer día. Lo que me da miedo es ser la huérfana de la mujer que tu padre trajo a tu casa y romperte el corazón.

Sus palabras le tocaron el corazón y lo dejaron confundido. De verdad tenía miedo. Podía sentirlo.

—Estás pálida y necesitas comer. Sal al patio conmigo.

Y juntos salieron por las puertas dobles de cristal. Simona había preparado la mesa redonda de hierro forjado con un bonito mantel y unas flores frescas recogidas del jardín. Había cocinado *bruschetta* y la ensalada de mozzarella y *cubetti di pancetta* que tanto le gustaba a él.

Acompañó a Belle a su asiento, desde donde podía contemplar el Adriático surcado por unos cuantos yates y lanchas. Era una vista de la que nunca se cansaba, y menos ahora que tenía el añadido del atractivo perfil de Belle.

Después de servir dos copas de té helado, le dijo:

—Si prefieres café o zumo, le diré a Simona que lo traiga.

Pero Belle ya había dado un gran trago.

—Está delicioso y es justo lo que necesito. Gracias.

Una vez Leon se hubo tomado medio vaso, agarró el tenedor y empezó a comer.

—Imagino que Cliff es el hijo al que te referías.

Ella asintió.

—Los Peterson me adoptaron cuando tenía diez años. El señor Peterson nunca me quiso, pero Nadine siempre había querido tener una niña y al final lo convenció para que me adoptaran. Ya tenían un hijo de dieciséis años que no quería que una niña sacada de un orfanato se mudara a lo que él consideraba su territorio.

Leon podía entender a Cliff. Él tenía once años cuando su padre había instalado a Luciana, de veinte, en el *palazzo*; en un mundo que había pertenecido a su hermano Dante y a él. A nadie más.

Ahora que habían pasado los años, y que tenía su propio hogar y era padre, entendía mejor la necesidad de compañía que había tenido su padre, pero con once años había sido demasiado egoísta como para ver más allá de sus propios deseos.

Desde el principio había rechazado a Luciana, aunque tenía que admitir que ella nunca había sido desagradable ni con Dante ni con él y, conforme habían pasado los años, había aprendido a mostrarse más cordial con ella. La madurez lo había ayudado a ver que su actitud distante había enmascarado una extraña tristeza, sin duda porque había perdido a sus padres en trágicas circunstancias.

¡Y pensar que había tenido una hija y que se había visto obligada a abandonarla! Saber eso lo destrozó por dentro. Él jamás podría renunciar a su pequeña.

—¿Y cómo te contó Cliff lo de tu madre?

Belle soltó el tenedor y le dijo lo que había sucedido en el despacho del abogado. Leon se quedó asombrado con lo que oyó. Le repugnó que su hermano adoptivo hubiera aceptado el dinero antes de decirle lo que llevaba desesperada por saber toda su vida. Y lo que más detestaba de Cliff era que no le hubiera dado a Belle el dinero que le correspondía legalmente.

—Háblame sobre tu vida con los Peterson. Me gustaría escucharla.

Ella se lo quedó mirando un minuto como si estuviera comprobando su sinceridad y después comenzó a hablar con voz titubeante.

—El día que me llevaron a su casa, Cliff me siguió hasta la pequeña habitación que sería mi dormitorio. Me agarró por los hombros y me dijo que su padre no quería tener a un bebé gritón en su casa y que por eso me habían elegido a mí. Pero que más me valía portarme bien y mantenerme alejada de su padre o lo lamentaría. Y la verdad es que su padre resultaba tan intimidatorio que hice todo lo que pude por ser obediente y no causar ningún problema.

Leon se estremeció.

—Jamás deberían haber permitido que esa familia te adoptara.

—Las leyes no eran tan estrictas por entonces y el orfanato estaba abarrotado. Ben era un vendedor de coches que adoraba los coches antiguos y había restaurado algunos, aunque eso había acabado con todo su dinero. Lo despidieron en varias ocasiones y tenía que buscar trabajo en otros concesionarios. Se gastaba todo el dinero en su afición y era un hombre que nunca tenía una palabra amable. Cuanto más intentaba ganarme su simpatía, más me detestaba.

Y más destruía su confianza en sí misma, supuso Leon.

—Nadine tenía un trabajo en una tintorería y era una trabajadora nata que intentaba crear un hogar para nosotros. Me llevaba a la iglesia, uno de los pocos lugares donde encontraba paz. Pero era una mujer incapaz de mostrar afecto. Estaba claro que le tenía miedo a su propio hijo y que se mantenía alejada de su marido todo lo posible. Nunca me sentí unida a ninguno de ellos.

—¿Y cómo ibas a hacerlo en esas circunstancias? —Leon se había quedado consternado con su historia.

—Pero me pasó algo bueno. En cuanto fui lo suficientemente mayor, me dediqué a hacer de canguro para algunas familias del vecindario. En el orfanato había ayudado con los niños más pequeños y sabía jugar con ellos y cuidar de bebés. Adoro a los niños —le tembló la voz.

Belle tenía una dulzura que le caló muy hondo.

—Lo cierto es que me gustaba ir a las casas de otras familias para poder alejarme de Cliff y de su padre. Él no dejaba de pedirme dinero; me decía que me lo devolvería, pero nunca lo hacía y yo nunca contaba nada por miedo a que Ben pagara su ira conmigo.

A cada revelación que hacía, Leon iba apretando más los puños.

—Al final Cliff consiguió un trabajo en un taller y se compró una moto. Eso ayudó a que estuviera más lejos de mí, pero no dejaba de tener problemas con multas de tráfico y accidentes. Solía discutir

mucho con sus padres porque llegaba muy tarde a casa y salía con chicas que ellos no conocían. A veces se colaba en mi cuarto y descargaba su frustración metiéndose conmigo y amenazándome. Siempre que podía me recordaba que le había arruinado la vida —susurró.

—No sé cómo pudiste soportar ese infierno, Belle.

—Cuando miro atrás, yo tampoco lo sé. El día que cumplí dieciocho años, conseguí un trabajo en una tienda de móviles y me mudé a un piso con otras tres chicas. Me salvó la vida alejarme de aquella pesadilla.

—¿Te siguió Cliff?

—No. Me marché de casa aprovechando que él no estaba allí en ese momento. No sabía adónde fui y por eso ya no podía ni acosarme ni pedirme dinero. Las pocas veces que fui a ver a Nadine, fui a su trabajo en la tintorería para que Cliff no me viera. Ella sabía que su hijo se había descontrolado y nunca me pidió que volviera a casa porque ya era mayor de edad.

Algunas cosas de las que mencionó Belle hicieron que Leon recordara lo mezquino que había sido en ocasiones con Luciana.

—Después de aquello solo lo he visto en el funeral y en el despacho del abogado. Cuando me dijo cuál era mi apellido, dudé si me decía la verdad, pero quería que fuera verdad, lo deseaba tanto que he volado hasta Rímini llena de esperanza y agradecida porque sabía que no volvería a verlo.

Conmocionado por sus revelaciones, Leon se limpió la boca con una servilleta.

—¿Y Cliff no te contó nada de tu padre biológico?

—No. Supuse que debió de desaparecer antes de que mi madre me llevara al orfanato. ¿Qué otra explicación podría haber? A menos que le hubiera pasado algo horrendo y la hubieran violado... Tiemblo al pensar que pudiera haber sido eso y preferiría no hablar del tema.

—Entonces no hablaremos de eso —si hubieran violado a Luciana y el padre de Leon lo hubiera sabido, ¿cómo se sentiría por Belle, la inocente segunda víctima? Cuanto más pensaba en ello, más le parecía que iba a explotar—. ¿Cómo se llama el orfanato?

—Orfanato de la Iglesia Newburgh. ¿Por qué lo preguntas?

Él soltó el tenedor.

—A pesar de la opinión que tiene la gente sobre la familia Malatesta, colaboramos con varias obras benéficas. Tu historia me ha animado a enviar un donativo anónimo al orfanato donde creciste, y me ocuparé de ello hoy mismo.

Una donación, por muy cuantiosa que fuera, no mitigaría la culpabilidad que sentía por haber tratado así a Luciana, pero entendía que la única razón por la que Belle seguía viva era la generosidad de

otros que hacían donaciones.

—Si lo haces, las hermanas verán el cielo abierto, aunque no debes sentirte obligado.

—Quiero hacerlo. Te dieron una vida, tanto física como espiritual, y eso no tiene precio.

—Tienes razón. Una de las hermanas no dejaba de decirnos que teníamos suerte de estar allí, donde podían ayudarnos, y que no debíamos quejarnos. El sacerdote de la iglesia a la que me llevó Nadine me dijo que tenía suerte de ser la hija de una mujer que me amó tanto como para dejarme al cuidado de Dios.

Fueran cuales fueran las circunstancias bajo las que se había visto Luciana, al menos había tenido el valor de asegurarse de que su bebé recibiría cuidado y atención. Eso hacía que cambiara la percepción que tenía de ella, aunque, ¿por qué había renunciado a su bebé? ¿Habría querido a su hija tanto como él amaba a la suya? Sabía lo suficiente sobre la estricta educación que había recibido Luciana como para imaginar que habría tenido miedo de que alguien se enterara de lo del bebé y se armara un escándalo que mancharía el apellido Donatello.

Era increíble que su hija se hubiera convertido en una preciosa e inteligente mujer que ahora estaba almorzando con él. «Estás disfrutando demasiado con esto, Malatesta».

Luciana había vivido una pesadilla y después se había unido a su padre para formar un hogar. Leon sentía vergüenza por cómo se había comportado y ahora estaba pagando el precio.

—Hay que recompensar lo buenos que fueron contigo —murmuró aún intentando digerirlo todo.

—A veces me sentía culpable por querer saber sobre mis padres cuando las hermanas estaban esforzándose tanto por hacer que estuviéramos contentas. Cuando Cliff me preguntó por qué quería encontrar a alguien que me había rechazado, le dije que no me importaba que no me hubieran querido, que necesitaba saber quién era y de dónde venía. Pero no soy tu responsabilidad y ya te he robado demasiado tiempo.

Se apartó de la mesa y se levantó.

—Ahora que ya tengo la respuesta a esas preguntas, puedo volver a Nueva York. Sobra decir que estaré en deuda contigo el resto de mi vida. Gracias por traerme a tu villa y, por favor, dale las gracias a la cocinera por la maravillosa comida. Te agradecería mucho que me acercaras hasta la biblioteca.

Leon se levantó.

—Pero si aún nos queda mucho por hablar.

—No. Los dos sabemos que mi madre me abandonó por alguna razón. Jamás querría hacerle daño apareciendo cuando ella no quiere

saber nada de mí.

—¡Pero es imposible que no te quiera! —como padre que idolatraba a su hija, se negaba a creerlo.

Capítulo 3

—Lo dices con mucho fervor, Leon, pero los dos conocemos la situación. Mi madre volvió a Italia y se casó con tu padre. A menos que tengas más información, yo estoy segura de que nunca ha intentado encontrarme.

—Ni tú ni yo lo sabemos, pero...

—Pero tu padre y ella se han creado su propia vida. El año pasado fui al orfanato por última vez para suplicarles que me dijeran algo sobre mis raíces y hablé con la hermana que estaba al mando de las adopciones —el temblor de su voz caló a Leon hasta lo más hondo.

—¿Y qué te dijo?

—Me dijo que no estaba en libertad de contarme nada porque mi adopción era cerrada. Después me dio un panfleto para que lo leyera. Se llamaba «Guía práctica para los niños adoptados». Era un material recopilado por psiquiatras. Me dijo que volveríamos a hablar cuando hubiera terminado de leerlo.

—¿Y lo leíste?

—¡Sí! —respondió llorando—. Todo el texto me describía a la perfección. Me quedé impactada.

—Explícame qué quieres decir.

—Siempre he tenido problemas de autoestima. Que no sepas quien eres porque te dieron en adopción significa que careces de identidad. Durante toda mi vida he querido saber si me parecía a mis padres o si me comportaba como ellos. Me he preguntado si tendría hermanos a los que nunca conocería. Y todo eso, tanto pensar y tantas preguntas, me volvía loca.

—Belle... al menos ahora sabes que tienes una madre que está viva.

—Sí —susurró mirando al mar—. Si la conozco, podré saber algo sobre mi padre. También lo anhelaba y me pasaba horas soñando con él. Pero estoy aterrorizada, Leon, porque me abandonaron y eso significa que no era lo suficientemente buena como para que me quisieran y se quedaran conmigo. Es algo muy duro de aceptar.

Lo que estaba contado hizo que Leon se revolviera por dentro.

—No sabes las circunstancias bajo las que te dejaron en un orfanato, así que ¿no crees que tu hermano y tu padre adoptivos han contribuido mucho a que tengas esos sentimientos negativos?

—Por supuesto, pero conocer a mi madre biológica después de tantos años y oír de sus propios labios que no me quiso me destrozaría. No sé si podría soportarlo. El riesgo es demasiado alto.

Leon sacudió la cabeza.

—Eso no pasará. Si pudieras ver el cariño con que Luciana trata a

la gente… —era muy cariñosa con Concetta cuando iban a visitarlos—. Verías que tu madre tiene una ternura innata que cala muy hondo —Leon lo había sentido, aunque en un principio no hubiera querido admitirlo.

—Aun así sé que lo que descubriría no sería nada parecido a lo que me había imaginado sobre mis padres. Me has dicho que no ha tenido más hijos, pero es una princesa que ha vivido una vida completamente distinta a la mía en todos los sentidos. Dudo que quiera conocer a la hija a la que renunció.

—Eso no es verdad. No la conoces como la conozco yo.

—Sé que quieres creer que se alegrará de verme, pero no puedes saber lo que siente en el fondo. Y también hay que pensar en tu padre. Cuanto más sé de su vida, más temo que no pueda haber una relación permanente entre ambas.

—Es verdad que no sé lo que siente en el fondo —y tampoco sabía cómo reaccionaría su padre.

—Aunque quisiera conocerme, ¿cómo lo afrontaría? Me abandonó pensando que no volvería a verme nunca. Aunque conocerla satisfaría algunas de mis preguntas, no resolvería el tema de por qué renunció a mí en un primer lugar. ¿Y si verme saca a relucir problemas y situaciones dolorosas? Este reencuentro podría causar problemas entre tu padre y ella y entonces desearán que nunca se hubiera producido…

Se giró; sus lágrimas resplandecían como diamantes sobre esas pálidas mejillas.

—¿Y si provoca alguna crisis?

Torturado por el miedo y el dolor que captaba en su voz, Leon la abrazó como abrazaba a su hija cuando la pequeña tenía miedo.

—Shh. Eso no pasará, Belle, lo juro.

Y, sin pensarlo, la besó en la frente y en el pelo.

—No… no quiero que pase, pero no puedes garantizar nada.

Por mucho que Leon odiaba admitirlo, ahora además de querer reconfortarla, estaba sintiendo algo distinto. Notar sus curvas contra su cuerpo le despertó los sentidos e hizo que lo recorriera un cosquilleo tan poderoso que tuvo que apartarse. Y, así, con toda la delicadeza que pudo, la soltó. Belle dio un paso atrás.

—La hermana me advirtió de que me iría mucho mejor si me centraba en seguir adelante con mi vida en lugar de intentar encontrar a mi madre que, obviamente, no quería que la encontrara. Salí del orfanato decidida a volcarme en mi trabajo y dejar de lado mis sueños. Pero entonces vi a Cliff en el despacho del abogado y se le escapó que mi madre era italiana.

—Y fue una suerte que se le escapara, en mi opinión —murmuró Leon. Estaba empezando a creer que alguna especie de poder o magia había estado trabajando a ambos lados del Atlántico. De lo contrario,

¿cómo podía explicar que se hubiera decidido a ir a la pensión para hablar con ella cuando, en circunstancias normales, lo habría dejado pasar?

—Estoy de acuerdo, Leon. En cuanto aquello sucedió, ignoré las palabras de la hermana y me puse rumbo a Italia decidida a seguir buscando. Ahora desearía haberla escuchado.

Al contrario, y para su consternación, Leon daba gracias de que no hubiera obedecido a la hermana del orfanato.

—Los secretos de mi madre están a salvo conmigo y tú tienes que guardarlos también, Leon —le dijo con voz desesperada.

—Estarán a salvo si haces algo importante para mí.

—¿Qué? —respiraba entrecortadamente.

—Insisto en que te quedes en mi casa como invitada hasta que vuelvas a los Estados Unidos. Si no me dejas hacer otra cosa, al menos acepta mi hospitalidad. Nuestros padres están casados y eso nos une de un modo que no podemos negar.

—No pensaba hacerlo, pero ya que tengo la información que buscaba, he decidido volver a Nueva York esta noche o mañana. Cada segundo que paso aquí, es peor. Me aterroriza que pudiera descubrir que estoy alojada en tu villa. No me importa si me quiso o no. Me dio la vida y preferiría morir antes que hacerle daño.

La admiración de Leon por Belle aumentaba a pasos agigantados.

—Seguro que sí. Parece que has tomado una decisión, así que te llevaré hasta tu coche.

—Gracias.

—Voy a avisar de que voy a salir. Nos vemos en el vestíbulo.

Ella asintió y él fue a buscar a Simona deteniéndose antes en el salón para recoger la fotografía que había estado mirando Belle. Una fotografía de Luciana y su padre el día de su boda. Con veinte años se parecía mucho más aún a su hija.

Cuando llegó al vestíbulo vio a Bella contemplando un retrato familiar.

—El que está apoyado en mi madre es mi hermano.

—Tú debías de tener unos seis años. ¿Cuántos tenía Dante?

—Cinco. Soy catorce meses mayor.

—Qué familia más guapa. Te pareces a tus padres.

—Los genes no mienten, ¿verdad?

—No. Tu madre tiene una sonrisa preciosa.

—Toda ella era preciosa.

Belle lo miró.

—Tuviste suerte de tener una madre así. ¿Cómo se llamaba?

—Regina Emilia de la Casa Della Rovere de Pesaro.

—¿Princesa?

—Sí —abrió la puerta de la casa y, una vez en el coche, le entregó

la fotografía—. Quiero que la tengas. Nadie se la merece más que tú.

A Belle se le saltaron las lágrimas.

—No puedo aceptarla.

—Hay muchas más como esta —cerró la puerta del copiloto y fue a sentarse tras el volante.

Belle seguía sin poder creer lo que había pasado; llevaba la fotografía contra su pecho maravillada de haber llegado al final de su búsqueda. Y todo gracias a Leon Malatesta, el hombre más excepcional que había conocido en su vida. Sin embargo, no era su generosidad lo que la había hecho temblar bajo sus brazos.

Mientras la había abrazado y besado como si estuviera reconfortando a una niña pequeña, la había atravesado el deseo de saborear sus labios. ¡Pero si era su hermanastro!

En el pasado, cuando sus amigas habían hablado del deseo, ella no lo había experimentado y hasta hacía unos minutos no había sabido lo que era. Se avergonzaba de pensar que no había querido que parara.

—¿Estás bien, Belle?

—Sí. Solo… un poco abrumada.

—¿Cómo no ibas a estarlo?

Decirle que estaba en deuda con él no podía reflejar todo lo que sentía ahora mismo por dentro. Pensar que después de tantos años ya tenía la respuesta sobre sus orígenes… Solo con mirar a ese hombre ya sabía que podía confiar en él y en su silencio. Sin embargo, era ella en quien no confiaba porque deseaba demasiado visitar a su madre ahora que estaba en Rímini.

Cuanto antes se marchara de Italia mejor, aunque significaba que jamás volvería a ver a Leon… ¿Y eso cómo iba a soportarlo?

«Pues tendrás que soportarlo, Belle».

Antes de que llegaran a la biblioteca, ella se guardó la foto en el bolso y sacó las llaves. Y después, en cuanto él paró en el aparcamiento, salió del coche y se metió en su vehículo de alquiler. Bajó la ventanilla al ver acercarse el poderoso y alto cuerpo de Leon.

—Muchas gracias por todo, Leon. Jamás olvidaré tu amabilidad.

—Yo jamás te olvidaré a ti —le contestó con una voz profunda—. Buena suerte en tu nuevo puesto de trabajo y buen viaje de vuelta a casa.

«Casa». Esa palabra ya no tenía el mismo significado.

—Adiós —arrancó el motor y se adentró en la calle principal. En cuanto llegara a la pensión, llamaría para cambiar los vuelos.

Por el retrovisor podía ver a Leon de pie, mirándola, y cuando

dobló una esquina y dejó de verlo el corazón le dio un vuelco al pensar que la había dejado marchar con demasiada facilidad. Sabía que el misterioso hijo del conde podría remover cielo y tierra si quería.

* * *

Una vez el coche de Belle desapareció de su vista, Leon sacó el móvil y le dijo a Ruggio que fuera a la pensión y la siguiera.

Después de llamar a Simona para saber cómo estaba la niña y decirle que llegaría tarde a casa, fue al banco para hablar con su padre.

—¡Qué alegría verte! —exclamó su padre—. ¿Has venido a decirme que vas a terminar con tu periodo de luto y vas a empezar a fijarte en una mujer que tengo pensada para ti?

—No, papá. He venido para hablar de un asunto muy delicado. Y como sé que has pasado el chequeo médico anual sin problemas, creo que podrás soportarlo.

—Estás empezando a ponerme nervioso, Leonardo.

—No tanto como lo estoy yo. Tiene que ver con Luciana.

—¿Crees que me oculta algo de su chequeo médico?

La preocupación que captó en la voz de su padre le indicó lo mucho que le importaba esa mujer.

—De lo que te hablo es de un secreto que podría haberte ocultado antes de que os casarais.

Leon no era hombre de irse por las ramas.

—¿Lo sabes? —preguntó su padre levantándose.

—Si estamos hablando de un bebé que tuvo fuera del matrimonio, sí.

—¿Cómo te has enterado? —le preguntó Sullisto con la mirada empañada y voz temblorosa.

—Antes de responder a esa pregunta, dime una cosa. ¿Quería deshacerse de ella o tuvo que hacerlo? Tengo que saber toda la verdad antes de decir una sola palabra más.

—Tuvo que hacerlo.

—¿La violaron?

El hombre respiró hondo.

—No.

—¿Sabes el nombre del padre?

—Sí, pero no soy yo, si es lo que creías.

—Ni se me había ocurrido. Sé que eres un hombre de honor.

—Te lo agradezco —el conde carraspeó—. Para responder a tu primera pregunta, Luciana quería a su pequeña más que a su vida. No pasa un solo día en que no la eche de menos y quiera estar con ella.

No habla del tema todo el tiempo, pero incluso después de tantos años, veo su tristeza y sus lágrimas cuando cree que no me doy cuenta.

Esas palabras le produjeron un intenso alivio y se alegró por Belle.

—¿Y cómo pudo abandonarla?

—Tienes que escuchar toda la historia, *figlio mio*.

—Te escucho.

—El padre de Luciana tenía muchos enemigos y creía que habían asesinado a su esposa. Temeroso de que su hija estuviera en peligro, la mandó a una escuela en Nueva York cuando tenía dieciocho años bajo otro nombre mientras investigaban la muerte de su mujer. Mientras estaba allí conoció a un estudiante. Se enamoraron y al poco tiempo se enteraron de que estaba embarazada. Ella estaba desesperada porque sabía que su padre jamás accedería a que se casaran.

—¡Pero si estaba embarazada! ¿Tan tirano era ese hombre?

—Esa es una palabra muy dura, Leonardo. Digamos que era un hombre muy recto. Luciana y su novio decidieron casarse con un juez de paz en una ciudad a una hora de Nueva York, pero el día antes de la boda él murió en un atropello con fuga.

Leon se estremeció.

—Debió de ser como una pesadilla para Luciana.

—Exacto. Después de lo que le pasó a su madre, temía que la hubieran seguido y asesinado a su novio.

Horrorizado, Leon preguntó:

—¿Cuándo te contó todo esto?

—Cuando le pedí que se casara conmigo. A pesar de los rumores que decían que quería apoderarme del imperio de Diamantes Donatello, la razón por la que me casé con ella fue porque se había convertido en alguien que me importaba mucho.

—De acuerdo, papá. Puedes llamarlo como quieras, pero está claro que la amabas.

Su padre respiró hondo.

—Estaba sufriendo tanto que pensé que criar a dos hijastros la ayudaría a que su dolor cesara un poco. Teníais solo diez y once años y necesitabais una madre, sobre todo Dante —le temblaba la voz—. En cuanto a mí, necesitaba a alguien con quien compartir mi vida. Sí, obviamente no sentía por ella lo mismo que sentía por tu madre.

Leon no podía creer lo que estaba oyendo. Nunca habían hablado sobre su madre y Belle estaba siendo el catalizador que forzó una discusión que deberían haber tenido hacía mucho tiempo.

—El padre de Luciana estaba encantado porque sabía que me ocuparía de ella. Antes de que ella me diera una respuesta, me dijo que tenía algo que contarme que no sabía nadie más, ni siquiera su

padre, y que si después de eso seguía queriendo estar con ella, aceptaría mi proposición. La escuché y entendí que con mucha angustia y dolor había tenido que dar a su bebé en adopción para asegurarse de que no le sucediera nada malo. Tenía que firmar un papel con el que accedía a no volver a verla nunca ni a intentar recuperarla, y lo firmó porque estaba segura de que tenía los días contados. Cuando volvió a Rímini no era la chica alegre y vivaz que yo había conocido antes de que se marchara. Su sinceridad no hizo más que aumentar el respeto que sentía por ella. Poco después de nuestra boda, su padre murió de un infarto y me necesitó más que nunca —Sullisto miró fijamente a su hijo—. Aún no has respondido a mi pregunta.

—Después de lo que me has contado, no estoy seguro de que fuera a ser lo más sensato.

—¿No confías en mí?

—No es eso. Estoy pensando en el bien de su hija, que ha venido a Rímini esta semana buscando a su madre.

—¿Qué?

—Siéntate, papá, mientras te cuento la historia de Belle Peterson.

Unos minutos después su padre se estaba secando los ojos.

—No puedes imaginarte lo que va a significar esto para Luciana cuando se entere.

—Pero Belle no quiere que Luciana sepa nada —durante los siguientes minutos le habló a su padre sobre el miedo de la joven a hacerle daño a su madre.

—¿Hacerle daño? —gritó Sullisto—. ¡Todo lo contrario! Sé lo que digo. Lo único que ha impedido que nuestro matrimonio sea completamente feliz ha sido la tristeza de Luciana. Hemos intentado tener un bebé, pero no ha sido posible hasta ahora y siempre ha pensado que Dios la estaba castigando por haber renunciado a su hija.

—Increíble...

—No hasta hace dos meses, cuando supimos que la muerte de Valeria había sido un accidente. Ese mismo día le supliqué a Luciana que llamara al orfanato y descubriera qué había sido de Belle, pero me dijo que no se atrevía porque temía que su hija la odiara. Le dije que contrataríamos a un investigador privado para localizarla, pero estaba convencida de que Belle se negaría a hablar con ella.

—Belle también tiene miedo de no gustarle a su madre.

—Saber que ha llegado hasta aquí buscándola será como un sueño hecho realidad para Luciana.

—¿Entonces a ti no te importa que se reencuentren?

—¿Importarme? ¿Cómo puedes preguntarme eso? Mi sueño es hacer feliz a Luciana, pero siempre ha estado fuera del alcance de mi mano.

Eso fue todo lo que Leon necesitaba saber.

—Tengo un plan. Lleva a Luciana a cenar a la villa esta noche. Dile que la niña ya está mejor.

Su padre asintió.

—Llevo siglos esperando que la invites formalmente.

—Lo sé, y lo siento, pero es algo que pienso cambiar y enmendar.

Era lamentable, pero era la verdad. Aunque su padre había ido a la villa en alguna que otra ocasión, él nunca los había invitado como pareja. Su fría actitud hacia Luciana había imperado en todo momento y ahora sabía que no debía haberla juzgado sin conocerla del todo.

—No importa, Leonardo. Sé lo mucho que significaba tu madre para ti y Dante y siempre os he entendido. En cuanto a Luciana, los dos sabemos cuánto quiere a Concetta y cómo la alegrará poder estar con ella en tu casa.

—Venid a las siete.

Cuando llegaron a la puerta, su padre parecía más lleno de vida y le dio a su hijo un abrazo que no compartían desde hacía años.

Una vez salió del banco, Leon llamó a Simona para contarle los planes que tenía para esa noche y condujo hacia la pensión. Ruggio estaba aparcado en la entrada cuando se acercó a él para darle las gracias y decirle que no necesitaba que siguiera vigilando.

Una excitante sensación que hacía años no sentía lo recorrió al cruzar la puerta de la pensión.

—*Signore*? —dijo Rosa desde el mostrador de recepción.

—Perdóneme por no haberme presentado antes. Soy Leonardo Malatesta —la mujer abrió los ojos de par en par al oírlo—. Tengo que ver a la *signorina* Peterson, es cuestión de vida o muerte. Sé que está aquí. Dígale que salga al vestíbulo, *per favore* —dejó varios billetes sobre el mostrador.

La mujer accedió tras un momento de vacilación y, al cabo de un instante, Belle apareció allí con el rostro congestionado por el llanto. No le sorprendió verla así.

—¿Leon? ¿Qué estás haciendo aquí? Ya nos habíamos despedido.

Tal vez estaba loco, pero tenía la sensación de que se había alegrado de verlo.

—Sí, pero ha pasado algo. Vamos a tu habitación y te lo contaré.

—De acuerdo.

Le dio las gracias a Rosa antes de ir hacia el dormitorio y, una vez allí, fue directo al grano.

—He ido a ver a mi padre.

—Oh, no...

—Antes de que te enfades, escúchame. Me he enterado de que lo sabía todo antes de casarse con tu madre. Le he preguntado si Luciana quería separarse de su bebé o si se vio forzada a hacerlo.

Belle estaba claramente asustada de oír la respuesta.

—¿Y qué… qué te ha dicho?

—Ha dicho exactamente: «Tuvo que hacerlo, pero quería a su pequeña más que a su vida. No pasa un solo día en que no la eche de menos y quiera estar con ella».

Belle se dio la vuelta para ocultar sus emociones y él, sin pensar en las consecuencias, la agarró de los hombros y la giró para mirarla. Su cuerpo temblaba como una hoja sacudida por el viento. La llevó contra su cuerpo y la abrazó.

Su resplandeciente cabello negro le hacía cosquillas en la barbilla cuando murmuró:

—Tendrás que cancelar tus planes de volver a Nueva York porque esta noche la llevará a la villa a cenar para que podáis conoceros.

Belle dejó escapar un grito. Intentó apartarse, pero él se lo impidió.

—No sabrá que tú estás allí. Mi padre cree que es el mejor modo de hacerlo, y yo también lo creo. No habría accedido a esto si no creyera que Luciana se alegrará mucho. Si no estás convencida, lo llamaré para que venga a hablar contigo.

Belle tenía la cabeza apoyada en su pecho y él deslizaba las manos por su espalda para reconfortarla.

—¿Cómo vas a marcharte sin verla? Esta es la oportunidad que llevas esperando toda tu vida. Has sido muy fuerte y has sobrevivido a unas experiencias que habrían destruido a cualquiera. ¿No te das cuenta de lo orgullosa que estará tu madre de ver lo que has logrado?

—Me gustaría creerlo.

—¿Te ayudaría que te dijera que yo estoy orgulloso de ti? El director de tu empresa solo hablaba maravillas de ti, y me parece increíble cómo pudiste sobrevivir en aquella casa. Además, es asombroso que hayas venido hasta aquí a buscar a tu madre.

—Gracias por esas palabras tan amables.

—Esperaré a que recojas todas tus cosas. Durante el resto del tiempo que estés en Italia, serás mi invitada. No te preocupes por el coche de alquiler. Si dejas la llave en recepción, alguien de mi servicio lo llevará a la agencia. Cuando lleguemos a casa, tendrás el resto del día para prepararte para esta noche.

—Estás siendo demasiado bueno conmigo.

Él le besó la sien.

—¿Y por qué no iba a serlo? Me llena de felicidad que hayas encontrado a tu madre con mi ayuda —«es un regalo que no podré darle a mi hija, pero a ti sí»—. No me lo niegues.

Ella levantó la cabeza lentamente.

—No, claro que no, pero estoy tan nerviosa… ¿Y si…?

—No vayas por ahí. Te prometo que si ella ahora mismo supiera

lo que pasará esta noche, tendría mucho más miedo que tú. Mi padre me ha dicho que lleva años sufriendo porque, aunque hubiera sabido algo de ti a través de una orden judicial, temería que no la perdonaras y la rechazaras.

—¿Es verdad? —el miedo y la esperanza se entremezclaban en la voz de Belle.

—Pregúntale a mi padre. No me mentiría y está deseando que las dos os conozcáis. Todos lo estamos deseando.

—¿Entonces de verdad no está enfadado?

—Todo lo contrario. Cree que este encuentro ayudará a resolver algunos problemas en su matrimonio.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a la tristeza de ella por haber renunciado a ti y a la incapacidad de mi padre de ayudarla.

—Oh, Leon...

Incapaz de ignorar la atracción, le rodeó la cara con sus manos, pero eso no le pareció suficiente. Tenía que saborearla y, así, bajó la cabeza y la besó en la boca obteniendo una respuesta por parte de Belle que lo encendió por dentro. Lo que iba a ser solo un beso se convirtió en otro más y después en otro. Debería haber parado lo que estaba sucediendo, pero ella lo había excitado demasiado.

—Belle... —pronunció su nombre entre gemidos, hambriento de ella. Pero al instante Belle se apartó de su boca y se apoyó contra la puerta—. ¿Por qué te has apartado de mí?

—¡Alguien tenía que frenar esta locura! —gritó intentando recuperar el aliento—. No te culpo. Podría haberme resistido, pero no lo he hecho porque... Me ha gustado.

Una mujer sincera.

—Podría decirte que no sé qué me ha pasado, pero eso sería mentir. Lo cierto es que nunca he tenido tanta intimidad con un hombre y he perdido el norte.

—Estás diciendo...

—Impactante, ¿eh? ¿A mis veinticuatro años? Cuando no he intentado detenerte... puedo... puedo entender por qué has seguido besándome. Tuviste un matrimonio feliz y echas de menos a tu mujer. En cuanto a mí, no tengo excusa, así que digamos que esto ha sido un error y prometamos que no volveremos a ponernos en esta situación. Prométemelo, Leon. De lo contrario, me negaré a seguir adelante con esto aunque eso signifique que nunca vaya a conocer a mi madre —tenía fuego en la mirada.

—Te juro que no volveré a hacer nada que no quieras que haga. ¿Te hace eso sentir mejor?

—No.

Más sinceridad impactante.

—Mientras haces el equipaje, iré a pagar la factura a recepción.
—No quiero que me pagues la factura.
—Lo sé, pero quiero hacerlo —murmuró.
Solo la boca de Belle había estado a punto de provocarle un infarto. Belle Peterson era una mujer con muchas facetas y todas ellas inesperadas y excitantes. Después de que Benedetta muriera, había pensado que jamás volvería a desear a otra mujer.
Salió de la habitación y pagó la cuenta hasta el domingo, añadiendo una propina generosa que despertó una sonrisa en la mirada de Rosa.
Belle apareció antes de lo que se esperaba con una bandolera y una maleta. Estaba claro que sus ganas de ver a su madre la habían hecho darse prisa, aunque él tenía la sensación de que siempre había sido una persona puntual. Un rasgo más que no podía evitar aplaudir.
Agarró su equipaje y juntos salieron hacia el coche. Por segunda vez en dos días iba a llevarla a casa. ¡Cuánto había cambiado todo desde la mañana anterior!

Capítulo 4

Una hora después de instalarse en el maravilloso dormitorio de invitados, Belle oyó un golpecito en la puerta. Se estaba secando el pelo y apagó el secador para abrir. Faltaba una hora para la cena.

—El *signore* me ha mandado a preguntarle si necesita más sábanas o toallas o quiere que le planche algo para esta noche.

Belle nunca había tenido servicio y, ya que quería estar perfecta para su madre, decidió aprovecharse de la increíble hospitalidad de Leon.

—Un momento, por favor.

Corrió a la maleta que había colocado sobre un arcón a los pies de la cama. Después de abrirla, sacó un vestido de manga corta y color lima con solapas y ribetes blancos.

—Necesita un repaso para quitarle las arrugas —le explicó a la doncella.

—Ahora mismo vuelvo.

—Muchas gracias.

Mientras esperaba, terminó de peinar su melena rizada y se puso unos pendientes de perlas con manos temblorosas. Esa noche sería la culminación de sus sueños.

Antes de poder darse cuenta, la doncella había vuelto con su vestido.

—El *signore* dice que se reúna con él en el patio cuando esté lista.

Solo pensar en él hizo que se le encogiera el pecho. Aún podía sentir sus labios llenándola de un éxtasis que no sabía que fuera posible. Intentando recomponerse, le dio las gracias a la doncella y después se miró de nuevo al espejo. ¿Le gustaría a Leon?

Esos momentos de intimidad en la pensión habían sido como una revelación para ella. El modo en que la había besado había hecho que su cuerpo reviviera y la había sacudido con tanta fuerza que ahora no sabía bien ni cómo actuar ni cómo moverse.

Al no querer hacerlo esperar, miró una última vez a la foto que tenía sobre la cómoda y salió al pasillo. De camino al patio un encantador perro marrón se acercó a saludarla y, cuando se detuvo para acariciarlo, vio que Leon no estaba solo.

Sus ojos se clavaron en la delicada niña que tenía en los brazos y que estaba acurrucada contra su pecho. No podía tener más de seis o siete meses. Leon estaba hablándole y besándola en la mejilla mientras la paseaba por el patio. Era una escena tan dulce que se le saltaron las lágrimas.

Tembló. Sabía lo que era sentir esos labios y, para su vergüenza, no había querido que dejara de besarla. Ahora mismo seguía

queriendo sentirlos en su cuello.

¿Sería su hija esa niña? ¿O de Dante?

Leon debió de haber percibido su presencia porque se giró en ese instante y sus miradas se clavaron. Inmediatamente, los ojos de él adoptaron un tono cristalino y brillante que hizo que le temblaran las piernas. Era la misma mirada que le había lanzado en la pensión.

—Veo que ya has conocido a Rufo. Ahora ven a conocer a mi hija, Concetta.

—¿Tu hija? —gritó asombrada. Eso explicaba todo el amor que le demostraba a la pequeña—. ¡Oh, qué bonita eres! —le dijo a la niña acariciándole la mano—. He visto muchos bebés en mi vida, pero nunca había visto una niña con una piel y unos rasgos tan preciosos. Eres como una muñeca de porcelana —miró a Leon—. Ha debido de heredar los ojos marrones de su madre.

—Concetta ha heredado el físico de mi mujer.

—Está claro que era una belleza.

Él besó a la niña en la frente.

—Antes de que me juzgues, te diré que no te había dicho nada sobre mi hija porque teníamos algo muy importante de qué ocuparnos. Pero tenía intención de presentártela.

—No tienes que darme ninguna explicación. Lo entiendo. ¿Te parecería muy insolente si te preguntara cómo murió tu esposa?

—No. Murió al dar a luz.

—¡Oh, no! Qué horrible. ¿Perdiste a tu mamá? —dijo mirando a la niña—. Ninguna bebé tan dulce como tú debería crecer sin su madre. Lo... lo siento, cariño —se le quebró la voz—. Al menos siempre sabrás quién fue, porque tienes a tu papá que la quería mucho.

Sin pensarlo, Belle le besó la mano antes de mirar a Leon.

—¿Qué pasó durante el parto?

—Poco después de que nos casáramos a Benedetta le diagnosticaron lupus.

—¡Oh! Una de las hermanas del orfanato tenía esa enfermedad.

—Mi esposa era la hija de un empleado ya fallecido de la casa de mis padres. Éramos amigos desde la infancia. Más adelante, cuando volví de la universidad y estuve trabajando en el banco varios años, nos enamoramos y nos casamos en una pequeña y discreta ceremonia. Su enfermedad se volvió muy agresiva al poco tiempo. Tuvo una fuerte trombosis en la pierna que en aquel momento se mantuvo oculta, pero que terminó provocándole un fallo pulmonar.

—Oh, Leon...

—Concetta fue una niña prematura. Mi gran tristeza fue que Benedetta se hubiera ido antes de poder abrazar a su niña.

—¿Concetta desarrollará lupus?

—No. Por suerte los pediatras han dicho que mi hija está libre de la enfermedad.

—¡Gracias a Dios! ¡Qué suerte tiene de que seas su padre! Toda niña necesita a su padre.

—¿Crees que podré hacer tarea doble?

En esa pregunta Belle oyó una vulnerabilidad que no se habría esperado en él. El oscuro príncipe que la había besado con pasión tenía un punto débil, después de todo. Una preciosa niña, el recordatorio de la mujer a la que había amado y perdido.

—Con su padre queriéndola más que a nada en el mundo, tendrá todo el amor que necesita y no querrá nada más.

—Espero que tengas razón.

—Sé que la tengo. ¿Crees que lloraría si la tomara en brazos?

—Solo está acostumbrada a estar con el servicio y la familia, pero puedes intentarlo…

—Lo haré —y no dudó en quitarle a la niña de sus poderosos brazos.

Concetta empezó a llorar, pero ella le cantó una canción con la que la hizo calmarse. Al momento, la niña descubrió sus perlas y las agarró. Belle se rio.

—Te gustan, ¿eh?

En ese momento Leon intervino y ella sintió sus dedos contra su piel mientras intentaba soltar las manos de su hija, que se resistía. Después de un pequeño tira y afloja, el collar se rompió y las perlas salieron rodando por el suelo. El sonido hizo que Rufo fuera tras ellas.

—¡Oh, oh! —exclamó Belle riéndose ante el gesto de sorpresa de la niña—. ¿Adónde han ido? —Concetta giraba la cabeza intentando encontrarlas.

—Siento que se haya roto, Belle —murmuró Leon con la mirada clavada en su boca.

—No pasa nada —respondió ella con la voz entrecortada.

—Cuando recojamos las perlas, haré que te las ensarten de nuevo.

—Ni se te ocurra. Es bisutería de veinte dólares. No nos importa, ¿a que no, Concetta? —besó a la niña en la cabeza y echó a caminar con ella para sacarse a Leon de la cabeza, aunque, claro, no funcionó —. Vamos a ver ese barco rojo y blanco —lo señaló, pero la pequeña no paraba de mirarla. Había dejado de llorar—. Seguro que estás preguntándote quién soy. Me llamo Belle Donatello. No me puedo creer que ya sepa mi apellido. Tu generoso papá me va a dejar quedarme aquí unos días. Mira, aquí viene.

De pronto la niña empezó a gimotear y le echó los brazos a Leon. Belle se la entregó mientras la niña no dejaba de mirarla con fascinación.

—Si no lo hubiera visto con mis propios ojos no me habría creído

lo que acaba de pasar.

—¿Qué quieres decir?

—No se ha puesto nerviosa contigo. Todo lo contrario.

—En el orfanato aprendí que a todos los bebés les pasa, pero el truco es captar su atención antes de que su histeria se vuelva incontrolable. Las perlas han funcionado, ¿no crees?

—Creo que la próxima vez que la tengas en brazos será mejor que no la dejes acercarse a las perlas de tus pendientes. Por muy poco valiosas que sean, tus orejas serían irremplazables.

Un cierto matiz que captó en su voz le hizo recordar que Leon no había olvidado lo que había sucedido antes.

—El rosa también es mi color favorito —le dijo a la niña refiriéndose a su ropa—. Aunque no fueras una princesa de verdad, lo parecerías.

Por primera vez ese día vio el gesto de Leon ensombrecer.

—No se emplean títulos bajo este techo y nunca se hará.

—Después de lo que he oído sobre la trágica historia de mi madre, creo que es la decisión más sensata que podrías tomar como padre.

—Bueno, esta pequeña tiene que cenar antes de que lleguen mi padre y Luciana. Me la llevo a la cocina.

—¿Puedo ir y ayudarte?

Una blanca sonrisa lo convirtió de pronto en la clase de hombre sobre los que hablaban sus compañeras de piso. Era impresionante y mucho más. No había palabras para describirlo.

—Entonces deberías cambiarte de ropa.

—No pasa nada —le respondió con una sonrisa.

Junto con el perro fueron hacia la cocina pasando por una biblioteca y un elegante comedor. Desde una de las ventanas pudo ver una piscina rodeada de árboles y le fue imposible no imaginarse a los dos metidos en el agua bajo la oscuridad.

En la cocina tres mujeres trabajaban afanosamente. Leon le presentó al ama de llaves, Simona, a la doncella, Carla, y a la niñera, Talia, que agarró a la niña y la sentó en una trona.

Belle miró a Leon con gesto de súplica.

—¿Podría darle yo de cenar?

Él se quedó sorprendido.

—¿Quieres? A veces lo pone un poco difícil.

—No pasa nada. ¡Me encantaría!

Leon le dijo algo a Talia en italiano y la mujer sonrió a Belle antes de pasarle los tarros de comida.

—¡Mmm... qué bien huele! Pero lo siento, Rufo, esta comida no es para ti.

Hundió la cuchara en el tarro y lentamente la alzó en el aire. Los

ojos de la niña siguieron sus movimientos con la boca abierta a la espera de su comida.

—¡Vaya! Qué bien se te da lo de ser madre —dijo Leon entre risas.

—En el orfanato daba de comer a los bebés. Es lo único para lo que tengo aptitudes.

—Pues eso no es lo que me ha dicho el director ejecutivo de la empresa de telefonía móvil.

Si no tenía cuidado, Belle empezaría a querer oír más de sus cumplidos… Y a creérselos.

—Cuando estás sola y tienes que trabajar para vivir, aprendes rápido.

—¿Tu padre adoptivo no te ayudó nunca después de que te marcharas de casa?

Ella negó con la cabeza y siguió dando de comer a la niña.

—Pero sería una desagradecida si no reconociera que Nadine y él me alimentaron y vistieron durante ocho años mientras viví bajo su techo. A algunas de mis amigas del orfanato no llegaron a adoptarlas nunca y vivieron allí hasta que fueron lo suficientemente mayores para marcharse. Yo tuve suerte.

Concetta no se había terminado la comida cuando extendió los brazos como indicando que estaba llena. Era adorable.

—Creo que ya has comido suficiente —sin pensarlo, le desató el babero y después de limpiarle la boca, la sacó de la trona—. ¡Oh! hay que cambiarte. ¿Dónde está tu habitación?

Leon había estado apoyado contra la pared observándolas.

—Arriba.

—Si me indicas dónde, la cambiaré, si te parece bien.

Él enarcó una ceja.

—Ya que la tienes literalmente comiendo de tu mano, tengo la sensación de que pillaría una buena rabieta si alguien más interfiriera ahora mismo.

—Leon… —ese hombre tenía un encanto letal que la había impactado desde el primer momento y que la estaba calando muy hondo.

—Sígueme.

Lo único que tenía que hacer para no perder los nervios era concentrarse en la bebé.

—Tienes una casa preciosa, Concetta. Siempre he querido vivir en una casa con una escalera como esta. No tardarás mucho en deslizarte por la barandilla cuando tu papá no esté mirando.

Oyó las risas de Leon y le fue imposible no mirarlo. Sabía lo que era estar contra su cuerpo y no poder respirar. Y, además, como padre era completamente diferente a los hombres que había conocido y

resultaba irresistible.

Entraron en la primera habitación de la planta superior acompañados por Rufo.

—Debí haberme imaginado que tu habitación sería así de bonita. Tu padre te mima mucho, chiquitita con suerte —Belle sintió como si hubiera entrado en el país de las hadas.

En la cómoda había una fotografía de una guapísima mujer con el pelo rubio oscuro que tenía que ser la esposa de Leon. Pensar en lo mucho que Concetta echaría de menos a su madre hizo que se le encogiera el pecho. Sabía lo que era querer a tu madre y no llegar a conocerla.

Llevó a la niña hasta el cambiador y se puso manos a la obra. Leon estaba a su lado y el aroma de su jabón de baño pendía en el aire como atormentándola.

—Has cautivado a mi hija.

—Es por el color lima del vestido —levantó a la niña del cambiador, la besó en el cuello y la dejó en brazos de su padre—. Llevo un color distinto a los que suele ver.

—¿Así que es tu arma secreta?

Cuando Belle levantó la cabeza para responder, los ojos grises cristalinos que recordaba habían adoptado un tono pizarra y había captado un tono de crispación que no entendía. Si no quería que le hubiera dado de comer a la niña ni que la hubiera cambiado, se lo debería haber dicho.

Con el ánimo por los suelos, oyó una voz masculina y, al girarse, vio al padre de Leon en la puerta del dormitorio. Lo reconocía de las fotografías, aunque ahora su pelo negro estaba surcado de canas.

Su presencia significaba que ¡la madre de Belle estaba allí! Se le secó la boca.

Leon vio el gesto de impresión en el rostro de su padre. Normalmente iba directamente a saludar a Concetta, pero esta vez no fue así. El conde estaba mirando a Belle. Su belleza dejaba a los hombres paralizados, pero estaba claro que también había visto el parecido con Luciana y por eso se había quedado sin habla.

Y no era el único. Él mismo había perdido el control desde la primera vez que la había visto, y ahora el modo en que su hija y ella habían conectado lo había pillado por sorpresa.

—Papá, te presento a Belle Peterson. Belle, mi padre, Sullisto.

El hombre se acercó con los ojos brillantes.

—Es como ver a tu preciosa madre cuando tenía veinte años —le dio dos besos y le agarró las manos—. Mi mujer no se lo va a creer. Yo no estoy seguro de creérmelo.

—Yo tampoco me lo creo —respondió Belle con voz temblorosa —. Es un sueño. ¡Cuánto me alegro de conocerlo!

—¿Cómo quieres que lo hagamos, querida?

Leon agradeció la delicadeza de su padre e intervino.

—¿Dónde está Luciana?

—En el salón, tocando el piano.

—¿Por qué no entretienes a Concetta aquí arriba mientras yo llevo a Belle abajo? —besó a la niña y se la pasó a su padre—. Vendré a buscaros en un momento y bajaremos juntos.

Su padre abrazó a la niña antes de mirar a Belle.

—Tómate todo el tiempo que necesites.

—¿Seguro que deberíamos hacer esto, *signore*?

—Llámame Sullisto. Vas a convertir a mi esposa en una mujer nueva —le aseguró el hombre.

—Gracias por ser tan amable y comprensivo.

—Vamos.

Salieron de la habitación y bajaron. El sonido del piano se hacía cada vez más fuerte.

—¿Estás lista?

Belle asintió.

—Llevo esperando esto toda mi vida, pero me gustaría que tú fueras primero.

Él respiró hondo y abrió las puertas de cristal.

—Buenas noches, Luciana.

La música paró y la mujer se levantó del piano tan hermosa como siempre. Aunque su hija no fuera vestida de Versace, como ella, Belle tenía el mismo sentido del estilo y del buen gusto.

Luciana corrió a abrazarlo.

—Gracias por invitarnos, Leon. ¿Dónde está tu preciosa niña?

Él se fijó en que las dos mujeres tenían el mismo temblor en la voz cuando estaban nerviosas. Después de darle dos besos, respondió:

—Arriba, con papá. Pero antes de que bajen, quiero que conozcas a alguien.

—¿Una mujer especial?

Seguro que su padre había hablado con ella sobre las mujeres que tenía pensadas para él.

—Esta es muy especial. Tendrás que hablar en inglés. Pasa —dijo.

Una vez Belle entró en el salón, vio cómo la expresión de Luciana pasaba de la incredulidad al impacto. Se quedó tan pálida que él la rodeó por los hombros y la ayudó a sentarse.

—Tu hija ha venido buscándote desde Nueva York.

—¿Arabella?

Las lágrimas salpicaban las mejillas de Belle. Ella también había palidecido y, temeroso de que fuera a desmayarse, Leon la ayudó a sentarse junto a su madre.

—¿Es ese mi verdadero nombre? —preguntó asombrada—.

¿Arabella?

—Sí. Arabella Donatello Sloan. Tu padre era inglés. Arabella era el nombre de su abuela y significaba «león bello». Eres bellísima. No sé cómo me has encontrado, pero ¡cuánto te he echado de menos, mi pequeña! ¡Te he anhelado cada momento desde que tuve que dejarte! Siempre has estado en mis oraciones. Deja que te abrace.

Fue como si de pronto hubiera entrado la luz y hubiera iluminado la vida de Luciana. Y Belle, al igual que su madre, brillaba con un nuevo resplandor.

Ver a las dos mujeres abrazadas mientras hablaban y lloraban hizo que a Leon se le formara un gigantesco nudo en la garganta.

La explicación del nombre de Belle le recordó la conversación que habían tenido el día anterior sobre el significado de su propio nombre. Sin duda, era una extraña coincidencia.

—Quiero hablarte de tu padre. Tengo fotos de él en el *palazzo*.

Belle sonrió a Leon.

—Arabella, su abuela, lo crio hasta su muerte. Antes de que nacieras hablamos de nombres y ese fue el que más nos gustó. Lo habrías adorado, pero murió antes de poder casarnos. Me aterrorizaba tanto pensar que lo habían asesinado que, cuando te tuve, tomé la decisión de renunciar a ti por miedo a que te mataran también.

—Ahora sabemos que no asesinaron a nadie, y que la muerte de Robert tuvo que ser un accidente —interpuso Leon.

—Sí, pero eso lo he sabido hace unos meses. Cuando pienso en los años que hemos perdido… —su madre se vino abajo entre sollozos y Belle siguió abrazándola.

—¿Qué le pasó a mi padre?

—Robert y yo habíamos estado en Newburgh y nos separamos en un punto de la calle. Estaba cruzando cuando un coche fue hacia él a toda velocidad. El conductor no paró y lo dejó sin vida en la carretera. Fue tan espantoso que me puse de parto y me llevaron al hospital. Naciste un mes antes de tiempo, Arabella. Seguías en la UCI cuando enterramos a Robert. La policía nunca encontró al hombre que lo mató.

—Debió de ser horrible para ti —Belle la abrazó con más fuerza.

—Sí que lo fue, sobre todo porque no se lo podía contar a mi padre. No sabía nada de Robert y yo sabía que si te llevaba a Italia no me dejaría que te quedaras en el *palazzo*. Y, peor aún, temía que no estuvieras segura en ninguna parte. Cuando lo preparé todo en el orfanato aún necesitabas muchos cuidados, pero mi padre mandó a buscarme para volver a casa. No se encontraba bien por sus problemas de corazón, y me dijo que quería que conociera al conde Malatesta, que acababa de perder a su mujer. Mi padre lo quería como yerno. Nos casamos el día de mi veintiún cumpleaños y el hecho de que

siguiera queriendo estar conmigo después de que le confesara todo en privado me demostró que era un buen hombre. Tuve que confiar en que las hermanas cuidaran de ti. Les dije que te llamaría Belle, porque de ese modo nadie podría relacionarte ni con Robert ni conmigo. También les dije que prometieran que quien te adoptara debía llevarte a la iglesia.

—Nadine siempre me llevaba.

—Gracias a Dios.

Leon nunca había visto a Luciana hablar tanto y en un instante había conocido lo suficiente sobre su pasado como para borrar todas las mentiras que había oído susurrar a los empleados y a los cotillas. Mentiras que lo habían influenciado negativamente.

Salió del salón y se quedó fuera unos minutos para reponerse de la emoción antes de subir. Cuando entró en la habitación de la niña, encontró a su padre jugando a los bloques con ella.

—Bueno... Supongo que no tengo que preguntarte cómo ha ido todo porque tus ojos hablan por sí solos —le dijo Sullisto al verlo.

—Tenías razón. Este reencuentro era necesario. Baja y míralo con tus propios ojos.

Levantó a la niña del suelo y los tres juntos salieron por la puerta con Rufo. Cuando entraron en el salón, vio que las dos mujeres seguían sentadas y conversando entre lágrimas y sonrisas.

—Perdonadnos por entrometernos, pero mi hija quiere acompañaros.

—Concetta... —Luciana corrió a tomarla en brazos y las dos mujeres rodearon a la pequeña entre mimos y risas.

Leon miró a su padre; no había duda de que ambos sabían que ese momento había cambiado la vida de las dos casas Malatesta.

—La cena está lista. Vamos al comedor. Esta noche cenaremos juntos.

Y así, la trona de Concetta se colocó entre Luciana y Belle a petición de ambas.

La felicidad reinó durante una hora y gran parte de la atención estuvo centrada en la bebé.

Leon miró a su alrededor; no se había visto en una situación tan familiar desde que su madre había muerto y su padre tampoco se había mostrado tan relajado y feliz desde hacía años. En cuanto a Luciana, haberse reunido con su hija la había transformado hasta el punto de que él apenas la reconocía.

Pero lo que lo colmó de emociones ajenas a él era la nueva incorporación a la mesa. Desde la muerte de Benedetta, Concetta había sido la única alegría de su vida y había sido incapaz de pensar en otra mujer o en volver a casarse. Su hija lo era todo, lo único que quería.

Con dos pérdidas en su vida, sumadas a la actitud tan distante de Dante, ahora era Concetta quien le daba una razón para vivir. Por lo demás, en el trabajo había estado actuando automáticamente, sin ningún entusiasmo hacia los placeres que había disfrutado antes. Su buen amigo Vito lo había llamado para planificar unas vacaciones juntos y ni siquiera le había devuelto la llamada.

Y entonces Belle había entrado en escena y había puesto su mundo patas arriba; un mundo en el que ya nada volvería a ser como antes y en el que se veía invadido por sentimientos inexplicables. No debería haberla besado nunca y estaba claro que debía empezar a salir con otras mujeres, por muy desconcertante que resultara saber que ninguna podría igualarse a Belle.

Cuando Carla entró en el comedor para servir el café, le pidió que le dijera a Talia que fuera por la niña y la metiera en la cuna. Pero mientras la niñera la sacaba de la trona, la pequeña empezó a llorar y a resistirse y, para su asombro, le echó los brazos a Belle y se calmó en cuanto su invitada la abrazó.

Diavolo! Belle había cautivado a la niña, y no le extrañaba.

—Si no te importa, me gustaría meterla en la cuna —le dijo con esos suplicantes ojos azules.

—Seguro que a Concetta la hará muy feliz.

Ver cómo su hija interactuaba con Belle le hizo saber que la niña necesitaba una madre.

—¡Genial! ¡Voy con vosotras! —interpuso Luciana.

—El pijama está en el cajón de arriba de la cómoda.

—Seguro que tienes muchos pijamitas rosas —le dijo Belle a la niña.

—Le sienta genial el rosa, aunque está preciosa con cualquier color que se ponga —añadió Luciana mientras salían del comedor charlando como una madre y una hija que no se hubieran separado nunca—. Ya es una belleza.

Una vez solos, Sullisto miró a Leon.

—Veo que Luciana no querrá separarse ahora que se han reencontrado. ¿Dices que vuelve a Nueva York el domingo?

—Eso tiene planeado —murmuró Leon.

—Bueno, mientras esté en Rímini se quedará con nosotros en el *palazzo*. Me muero de ganas de llevarlas a casa a las dos. Aún no se lo he dicho a Luciana, pero quiero adoptar a Belle para que sea una parte integral de la familia.

Inquieto por unos pensamientos que aún no se había detenido a analizar, Leon se levantó.

—Subiré para asegurarme de que Concetta no les está dando ningún problema. ¿Le has hablado de Belle a Dante?

—No. Pia está tan hundida por no quedarse embarazada que la ha

llevado a Florencia de vacaciones. Vuelven mañana por la tarde, pero mejor así. Quiero que Luciana y Belle pasen juntas algo más de tiempo antes de que les demos la noticia.

—Tardarán en asimilar todo lo que ha pasado desde que han estado fuera.

Y Dante no sería el único. Leon aún intentaba asimilarlo y, por la razón que fuera, no le había sentado bien la idea de su padre de adoptar a Belle.

Al entrar en el dormitorio se encontró a su niña en pijama y en brazos de una sonriente Luciana. Belle estaba a su lado haciéndole cosquillas en los pies a la pequeña que no dejaba de reír.

—Oh, Leon, es la niña más encantadora del mundo —le dijo Luciana con un nuevo brillo en la mirada.

—Ojalá no tuviera que irse a dormir —añadió Belle cuya expresión reflejaba el mismo sentimiento.

—Seguro que ella tampoco quiere acostarse, pero ya es la hora —contestó tomándola en brazos. Talia se sentó en la mecedora y Leon le pasó a la niña para que le diera el biberón.

—*Buonanotte,* Concetta. Sé buena con Talia —la besó en la mejilla antes de salir de la habitación con las dos mujeres.

Sullisto los esperaba junto a las escaleras y agarró la mano de Belle.

—A tu madre y a mí nos gustaría que te alojaras en el *palazzo* mientras estés en Rímini. ¿Te gustaría venir ya?

Leon se sintió complacido al notar que Belle vaciló un poco y, a pesar de no saber en qué estaba pensando ella, se decidió a intervenir.

—Belle ya se ha instalado aquí, papá. Como es tarde y estará agotada, ¿por qué no la llevo al *palazzo* a desayunar y allí habláis de lo que haréis los próximos días?

Luciana abrazó a su hija.

—Claro que estás cansada. Mañana pasaremos todo el día juntas. Estoy deseándolo.

—Yo también.

—Te quiero, Arabella.

—Yo también te quiero.

Se abrazaron un momento más y después todos fueron hacia el vestíbulo.

—Por favor, trae a Concetta mañana —le dijo Luciana a Leon.

Leon asintió y, cuando su madrastra y su padre se marcharon, se giró hacia Belle.

—¿Me he precipitado al hablar por ti? Aún estás a tiempo de irte con ellos.

—La verdad es que te agradezco que lo hayas dicho porque así podrán hablar esta noche sobre lo que ha pasado. Ella se ha mostrado

muy contenta, pero…

—No estaba fingiendo. La conozco hace catorce años y nunca la había visto tan feliz. Está irreconocible.

—Pero eso no cambia el hecho de que me abandonara y nadie lo supiera. Ahora que estoy aquí, le preocupará que la gente se entere de que tuvo una hija antes de casarse con tu padre.

—¿De verdad crees que eso puede importarles ahora?

—No lo sé. Me ha dicho que renunció a mí para protegerme, pero ahora tendrá que enfrentarse a las habladurías. Lo último que quiero es traer más desgracia a tu familia.

—Es muy noble por tu parte, Belle, pero ya te ha dejado claro que aquí te recibiremos con los brazos abiertos.

—Puede. Creo que será mejor que venga ella mañana. No me gustaría que mi presencia en su casa alterara su vida de ningún modo.

—Acompáñame al patio, vamos a hablar.

Sin decir nada, ella lo siguió hasta la parte trasera de la casa donde los recibió una brisa marina perfumada con el aroma de las flores del jardín.

—Aquí se está de maravilla.

—Es mi lugar favorito de la casa.

—Entiendo por qué.

Leon estaba a su lado contemplando su espectacular perfil, medio oculto por su melena oscura.

—Olvídate de todo por un minuto y responde a mi pregunta.

—Quieres saber cómo me siento.

Belle tenía el apabullante hábito de leerle la mente.

—¿Puedes expresarlo en palabras ya?

—No. Luciana es maravillosa, más de lo que podría haberme esperado, y también tu padre. Pero durante todos estos años mi deseo de encontrarla se limitaba únicamente a lo que yo quería y después de haber escuchado cómo ha sido su vida, me he dado cuenta de que le he hecho algo terrible.

Leon miró fijamente a esos ojos azules llenos de lágrimas.

—No lo entiendo.

—No se merecía que me colara en su mundo y le trajera todo el dolor y la desdicha que había dejado atrás. No… —dijo alzando los brazos cuando él iba a intervenir—. La hermana del orfanato me dijo que correría un gran riesgo si intentaba encontrar a mi madre biológica y, aunque yo esta noche creía que estaba haciendo lo correcto después de haber hablado contigo y con tu padre, ya no lo veo así. No me parezco en nada a ella; es encantadora y refinada. Nunca he conocido a nadie tan elegante. Tu padre y ella han construido una vida juntos y yo no tengo cabida en ella.

—En eso te equivocas, Belle.

—Me siento como si hubiera entrado en sus vidas sin derecho.

—Si te sientes así, entonces cúlpame a mí por haberte facilitado el reencuentro.

—Claro que no te culpo —le dijo entre lágrimas—. Podría haberme negado. Has sido maravilloso. Todos lo habéis sido. Soy yo la que está fuera de lugar aquí en Rímini.

—Hablas como si no te merecieras que te aceptáramos, pero vas a tener que ceder, Belle. Te has acostumbrado en el pasado a sentirte rechazada, pero eso ha cambiado y no deberías irte. Piensa en los sentimientos de tu madre.

—Es lo único en lo que estoy pensando ahora mismo.

—¿Cómo crees que se sentirá si dejas que tu miedo al rechazo impida que te conozca de verdad?

—No sé qué hacer.

—¿Y crees que ella lo sabe?

—No estoy segura. Si me hubiera suplicado que me fuera a dormir con ella esta noche...

—¿Y si tenía miedo de presionarte por si tú no querías? Soy yo el que ha dicho que estabas cansada, ¿es que no lo ves?

—No... no sé qué pensar —respondió tartamudeando—. Ya la quiero mucho, Leon, pero me siento más nerviosa que nunca —lo miró llena de desesperación y confusión.

Él no era inmune a su dolor, pero no podía volver a tomarla en sus brazos, no después de haber jurado que mantendría las distancias. Además, no podía añadirle a su vida la complicación de tener una relación. Su presencia ya estaba poniendo patas arriba su ordenada existencia. Si no, ¿por qué iba a haber propuesto que Belle pasara la noche bajo su techo?

Capítulo 5

Belle desvió la mirada de los oscuros ojos de Leon. Después de enorgullecerse de poder manejar su vida sola, ¿por qué se estaba desmoronando ahora?

Debería haber aprovechado la oportunidad de ir a casa con su madre, pero Leon había percibido sus dudas y le había ofrecido otra solución. Había querido darle más espacio a su madre, aunque temía que hubiera tenido otra razón oculta por la que querer quedarse con Leon. La enfurecía tener que necesitar consuelo de la última persona a la que debería haber recurrido.

Era humillante que en la pensión hubiera perdido el control y hubiera besado a un hombre que aún lloraba la muerte de su esposa. Era una locura.

Fingiendo una calma que no sentía, logró esbozar una sonrisa.

—Gracias por ayudarme a mitigar mi angustia. Concetta es la niña más afortunada del mundo por tenerte como padre. Y, al igual que tu padre, eres un baluarte de fortaleza y sensatez, Leon Malatesta. Ahora ya puedo irme a la cama con la esperanza de dormir un poco. Buenas noches.

Sin mirarlo, salió del patio y fue directa al dormitorio de invitados.

¿Dormir bien? ¡Qué risa!

* * *

—*Signorina*?

A la mañana siguiente Belle salió del baño donde había estado maquillándose.

—¿Sí, Simona?

—El *signor* Malatesta dice que vaya al vestíbulo trasero. La llevará al *palazzo* cuando esté lista.

—Ahora mismo voy. Gracias.

Llevaba una hora arreglándose después de haber pasado una mala noche. Se había recogido el pelo a la altura de la nuca y se había puesto sus pendientes favoritos de topacio. Luciana era una mujer muy elegante y quería lucir el mejor aspecto posible para su madre.

Se había puesto un tres piezas de manga corta marfil y rosa palo que siempre le había granjeado halagos. Al salir por la puerta vio a Leon con un traje marrón claro sentando a su hija en el lujoso coche.

—¡Buenos días, preciosa! —le dijo a la niña.

—*Buon giorno*, Arabella —murmuró él mirándola de arriba abajo y haciéndola derretirse allí mismo.

—*Buon giorno*. ¿Te importa si me siento atrás con ella? —durante la noche Belle había decidido que el único modo seguro de estar cerca de Leon era mantenerse cerca de su hija, lo cual no era ningún sacrificio porque esa niña ya la tenía enamorada.

Sin esperar una respuesta, fue hacia la otra puerta del coche y entró. Rufo ya había ocupado su sitio a los pies de la niña y Belle lo acarició detrás de las orejas.

—¿Cómo está mi tesoro?

La niña sonrió y le agarró el pelo.

Leon las observaba desde la puerta. ¿Podía existir un hombre más increíble?

—Lo haces bajo tu cuenta y riesgo.

—Después de lo de las perlas, ¿qué pasa por un poco de pelo?

Él se rio.

—Ya le ha echado el ojo a tus pendientes. Por cierto, te sientan genial.

—Gracias —«por favor, deja de decirme esas cosas».

En cuestión de segundos él se sentó tras el volante y se pusieron rumbo a la ciudad. Fue la primera vez desde que había llegado a Rímini que estaba viéndola como una turista. Hasta ahora había estado tan centrada en encontrar a su madre que apenas se había fijado en nada de lo que la rodeaba.

—¡Leon, esto es el paraíso de los amantes del sol! —dijo al ver una preciosa y larga playa.

—Si no les importan las hordas de humanidad.

Pero él no tenía que preocuparse por eso porque poseía una playa privada y estrictamente protegida.

Al cabo de unos minutos subieron por una leve elevación donde se alzaba una mansión color rosa anaranjado.

—Oh, Leon...

—Este es el *palazzo* Malatesta. Nuestra familia lo compró en el siglo XIX. Lo hemos ido reformando con el tiempo y, al igual que muchas de las villas que hay por esta zona del Adriático, combina la tecnología moderna con el encanto del viejo mundo —dijo mientras cruzaban los portones y pasaban entre los cipreses y junto a un impresionante laberinto.

—Es sobrecogedor. Cuando eras pequeño tus amigos debían de alucinar cuando los invitaras a jugar.

—No lo sé, pero Dante y yo nos divertíamos mucho escondiéndonos y haciendo que los empleados tuvieran que salir a buscarnos. Algunos invitados se han perdido ahí dentro.

—No lo dudo.

Bordearon la fuente que ocupaba la entrada principal. Belle, emocionada al ver a su madre salir corriendo hacia el coche, bajó y

fue hacia ella. Se abrazaron durante unos instantes.

—Ahora sé que lo de anoche no fue un sueño. Mi niña, ¿crees que algún día podrías llamarme «mamá»? No te veas obligada, pero...

—Anoche ya quería llamarte «mamá» —le confesó.

—Entonces arreglado. Venga, vamos a comer en la terraza. Ya tengo lista la trona de la pequeña.

Rufo corrió hasta el elegante vestíbulo donde esperaba Sullisto, que recibió a Belle con una cálida sonrisa que le demostró sus sinceros sentimientos.

Podía sentir la mirada de Leon y, cuando alzó la vista, sus ojos grises parecieron animarla a disfrutar de lo que le estaba sucediendo.

Una vez dentro, se quedó sin habla ante los tapices, los suelos de mármol del *palazzo* y las vidrieras que, como le explicaron, habían formado parte de la capilla antes de quedar destruida durante la guerra. En la terraza los esperaba un gran festín, aunque no pudo evitar mostrarse maravillada por el jardín que rodeaba un enorme tablero de ajedrez cuyas casillas negras estaban ocupadas por estatuas de dioses romanos representando los doce meses del año.

—¡Nunca había visto nada igual! No parece real. ¡Y pensar que este era tu patio de juegos!

Leon le sonrió.

—Ven a sentarte a mi lado, cariño. Aquí tengo algunas fotos de tu padre.

Le temblaban las manos mientras las ojeaba.

—¡Qué guapo y qué joven! —no podía creer que estuviera viendo a su padre.

—Sí que lo era. Quédatelas. Tengo más.

Después de mirarlas detenidamente, Belle las guardó en su bolso con cuidado. Durante el delicioso desayuno, perdió la noción del tiempo mientras respondía las preguntas que su madre le hacía sobre la vida en el orfanato. Después, la conversación pasó a centrarse en los Peterson.

—No entiendo por qué no te adoptaron de bebé —comentó Sullisto.

—Yo le preguntaba lo mismo a las hermanas y me decían que era porque nací prematura y estuve muy enferma. Parece que tardé mucho tiempo en recuperarme y estaba poco desarrollada. No hablé hasta los cuatro años y para entonces ya era demasiado mayor.

—Cariño... —Luciana la abrazó.

—No pasa nada. Al final me adoptaron, aunque no vi nada de amor entre Nadine y Ben. Supongo que él en el fondo le tendría algo de cariño si accedió a que me adoptaran, pero ojalá me hubieran llevado a una casa de acogida para haberme podido marchar cuando las cosas se complicaron.

—¿No tenías ningún tutor? —le preguntó su madre horrorizada.

—No, una vez te adoptaban. Pero llegó un momento en que reuní valor y hablé con Nadine. Me marché de la casa en cuanto cumplí los dieciocho.

—¿Y adónde fuiste, cariño? —le preguntó su madre con los ojos llenos de lágrimas.

—Encontré una habitación en un piso compartido con otras tres chicas. Les dije que si me daban un mes, encontraría un trabajo y me mudaría. Como necesitaba un móvil, solicité empleo en TCCPI y me contrataron. Fue mi día de suerte.

—Ahora es gerente —interpuso Leon—. Es más, la empresa la llevará a las oficinas centrales de Nueva York en dos meses.

—Eso no me lo habías dicho. Solo me habías dicho que iban a ascenderme.

—Sobrepasé los límites al contactar con ellos y no quería destapar la sorpresa que te tenían guardada.

—¡Es maravilloso! —exclamó Luciana, aunque un gesto de dolor y pena había ensombrecido su rostro—. ¿Te gusta tu trabajo?

Belle sabía en qué estaba pensando su madre; para ella también la idea de separarse ahora era insoportable.

—Me gusta lo suficiente. Me ha ayudado a ganarme la vida y a estudiar en la universidad por las noches. Un semestre más y estaré licenciada en Empresariales.

—¡Qué orgullosa estoy de ti! ¿Sigues compartiendo casa con las chicas?

—Sí. Es más barato y he podido ahorrar algo de dinero.

Sacó su cartera y les enseñó unas fotos de las chicas y otra de la familia Peterson.

—Debo admitir que me sorprende que no nos hayas enseñado la foto de tu novio. ¿Por qué no estás casada? ¿Es que los norteamericanos están ciegos? ¿A quién estás volviendo loco ahora mismo? —dijo Sullisto.

Belle se rio.

—He estado demasiada ocupada con los estudios como para meterme en una relación.

—Hablas como Leonardo.

—Concetta me tiene tan ocupado que no hay sitio para nadie más.

Belle pudo sentir cierta tensión entre padre e hijo y la sorprendió que Sullisto sacara ese tema cuando debía saber que su hijo seguía llorando a su difunta esposa.

No podía más que envidiar a la mujer que algún día entrara en su vida y le robara el corazón. Mientras pensaba en si amaría a Benedetta durante toda su vida, oyó pisadas y, al girarse, vio a un atractivo

hombre acompañado de una mujer ataviada con ropa muy cara.

—¡Ah, Dante! —Sullisto se levantó para abrazar a su hijo, que guardaba un relativo parecido con Leon—. No os esperábamos hasta esta tarde —dijo en inglés—. Habéis vuelto de Florencia justo a tiempo de conocer a nuestra invitada de honor. Belle Peterson, de Nueva York. Belle te presento a mi hijo, Dante, y a su encantadora esposa, Pia.

Se estrecharon la mano y Dante y Pia tomaron asiento.

—*Cara*, ¿por qué no sigues tú? —le dijo Sullisto a Luciana.

Luciana se aclaró la voz y se levantó.

—Después de todos estos años, mi mayor sueño se ha hecho realidad —agarró con fuerza la mano de Belle—. Hace años mi padre me envió a Nueva York porque pensaba que aquí estaba en peligro. Ya conocéis la historia, pero hay cosas que solo sabía vuestro padre, que me amaba tanto que se casó conmigo de todos modos. Nunca os imaginaréis lo mucho que ese amor significó para mí y cuánto lo amo desde entonces.

Las relevaciones de Luciana hicieron que a Sullisto se le llenaran los ojos de lágrimas.

—Mientras estuve allí, conocí a un hombre inglés llamado Robert Sloan y nos enamoramos. Cuando descubrimos que estaba embarazada, planeamos casarnos con o sin el permiso de mi padre, pero a Robert lo atropelló un conductor que se dio a la fuga. En aquel momento estaba segura de que había sido un asesinato planeado y fue tal impacto para mí que me puse de parto.

Mientras Luciana hablaba, Dante miraba con frialdad a Belle; fue una mirada que le recordaba a los amenazantes ojos de Cliff cuando su madre los había presentado. Ese recuerdo la hizo encogerse por dentro mientras Luciana llegaba al final de la historia.

—Su verdadero nombre es Arabella Donatello Sloan. Esta semana ha venido hasta Rímini para buscarme. Si no fuera por Leon, jamás nos habríamos reencontrado.

Dante se giró hacia su hermano y soltó una sarta de palabras en italiano que ella no entendió.

—Nuestra invitada no habla italiano —le recordó Leon.

Sullisto intervino y le contó a Dante en inglés cómo Leon había dado con ella.

—Es un absoluto milagro —interpuso Luciana—. Un milagro que me ha dado una felicidad que no podéis llegar a imaginar. Sullisto y yo estuvimos hablando anoche y tenemos la esperanza de que acepte y convierta el *palazzo* en su hogar de modo permanente.

—Mamá…

Mientras Belle aún intentaba asimilarlo todo, Sullisto dio unos golpecitos a su copa con un tenedor. Carraspeó y dijo:

—Queremos cuidar de ti de aquí en adelante. Ahora que te has reencontrado con tu madre, no queremos que nada os separe —le agarró la mano a Luciana—. Me gustaría adoptarte.

—¿Adoptarme? Yo… no sé qué decir…

—No tienes que decir nada —le respondió él sonriendo.

Belle estaba tan superada por las emociones que no se fijó en que Dante se había levantado. Había palidecido y los miraba a todos con un oscuro brillo en la mirada que la asustó.

—Vaya historia. El parecido entre las dos es extraordinario así que sobra la prueba de ADN. Bienvenida a la familia Malatesta, Arabella. Estamos a la altura de nuestro apellido, ¿eh?

—*Basta*! —exclamó su padre. Belle sabía a qué se refería Dante.

—*Mi dispiace*, papá —respondió con sarcasmo—. Ahora, si nos perdonáis, Pia y yo tenemos otras cosas que hacer —y se marchó de allí seguido por su esposa.

—No te preocupes. Tu madre y yo lo hablamos anoche y pensamos que lo mejor era contárselo cuanto antes. Cuando Pia y él hablen del tema, se disculpará por su mal comportamiento.

Belle se levantó de la mesa.

—Que me hayáis recibido en vuestra casa me ha complacido, pero me temo que el impacto de oír que pensáis adoptarme ha sido demasiado para Dante. Más que preocupada estoy triste, Sullisto, y es porque mi hermano adoptivo, Cliff, tuvo la misma reacción cuando Nadine me llevó a su casa. No estaba preparado para ello.

—Pero no es lo mismo. Eres la hija de Luciana y Dante es mi hijo. Os quiero a los dos y a tu madre —sus palabras tocaron el alma de Belle—. La diferencia reside en el hecho de que Dante no es un adolescente. Es un hombre adulto y casado con expectativas de crear su propia familia. Tu presencia en la nuestra no haría más que enriquecer su vida.

—Aun así ha vivido aquí toda su vida y sabe que esto tendrá repercusiones en su familia y levantará habladurías. Si os parece bien, me sentiría mucho mejor si los dos pasarais el resto del día con su mujer y él. Van a necesitar hablar de esto.

Con una mirada desesperada, Belle le imploró a Leon que le echara una mano y rezó por que captara el mensaje.

—Como Concetta se va a echar la siesta, volveré a la villa con Leon —se agachó para besar a Sullisto y a su madre—. Gracias por esta mañana tan maravillosa. No me merezco todo el amor que me habéis demostrado. No tenéis ni idea de cuánto os quiero. Llamadme luego.

Leon ya había sacado a la niña de la trona y estaba listo para marcharse. Salieron del *palazzo* y subieron al coche junto con Rufo. Una vez dentro, Belle besó la nariz de la pequeña.

—Has sido una niña muy buena, así que te mereces un regalo —sacó un pintalabios de su bolso y la niña agarró el tubo y se lo llevó a la boca inmediatamente. Eso la mantuvo entretenida todo el trayecto.

* * *

Aunque Belle no lo hubiera propuesto, Leon habría insistido en que se marcharan del *palazzo* de inmediato. La mirada de Dante le había demostrado lo que siempre había sospechado.

Como un volcán acumulando magma lentamente, su reservado hermano había ocultado sus sentimientos bajo una fachada y ese día habían erupcionado exponiendo su dolor.

—Cuando lleguemos a la villa, le diré a Talia que meta a la niña en la cuna para que los dos podamos hablar de lo que ha pasado.

—No puedo soportar la idea de haber provocado todo esto. Está afectando a vuestras vidas. No quería herir a mamá marchándome así, pero cuando he visto la mirada del pobre Dante… —se tapó la cara con las manos.

—Seguro que mi padre y ella lo han entendido. Dante por fin ha reaccionado a años de dolor contenido. Su comportamiento no iba dirigido a ti. Lo ha estado guardando desde el día que nuestro padre nos dijo que se volvía a casar.

—Me siento fatal por él.

Y Leon también.

—¿Tienes bañador? —le preguntó mirándola por el retrovisor.

—Sí —respondió ella asombrada.

—Bien. Cuando te hayas cambiado en casa, reúnete conmigo en el patio e iremos a la playa. Los dos necesitamos canalizar nuestra energía negativa en algo físico.

—Vuelves a leerme la mente. Un baño es exactamente lo que necesito.

—Entonces encontrarás toallas de playa en una balda del armario del baño de invitados.

—Gracias.

El trayecto no duró mucho y cuando entraron en la villa él colmó de besos y cariño a su hija antes de entregársela a Talia. Una vez arriba en su dormitorio se puso un bañador negro. Después llamó a Berto para decirle que no iría a trabajar a menos que surgiera alguna urgencia.

Cuando salió al patio, Belle estaba esperándolo. Necesitaba hablar. Podía sentirlo en su mirada.

Se había hecho un recogido alto que dejaba al descubierto la belleza de su cuello. Sabía que tenía un bañador bajo el vestido de playa que cubría su curvilíneo cuerpo y le fue muy difícil no mirar sus

elegantes piernas, medio ocultas por la toalla que sujetaba.

—Me alegra que hayas propuesto esto, Leon. Necesito un poco de ejercicio para calmarme.

Juntos bajaron las escaleras hasta la arena, donde ella se quitó el vestido y tiró la toalla antes de correr hacia el agua. Leon solo pudo captar un ápice del diminuto bikini azul y blanco, pero fue suficiente para sentir cómo la temperatura de su cuerpo ascendió a pesar de la pena que lo invadía.

—¡El mar parece una bañera! —gritó ella encantada.

—Has venido a Rímini en la época de mejor temperatura.

—No me extraña que la ciudad sea un imán para los amantes de la playa. ¡Esto es el paraíso!

Durante la siguiente hora ocultó su dolor mientras buceaba y él nadaba a su alrededor.

Leon esperó a sacar el tema hasta que estuvieron fuera del agua, tumbados en las toallas.

—¿Qué está pasando por esa mente tan brillante que tienes?

—No conseguirás nada con los halagos, y menos cuando hasta ahora siempre has podido saber lo que pensaba.

—Esta vez no.

—He aprendido mucho después de vivir con Cliff ocho años. Se sentía traicionado por sus padres y cuando he visto la expresión de Dante, me ha recordado tanto a la suya que me ha dado un vuelco el estómago.

—Está claro que la noticia lo ha dejado impactado.

—Ha sido más que eso, Leon —lentamente se incorporó, dobló las rodillas y las rodeó con los brazos—. Lo que yo he visto ha sido un niño pequeño que se vino abajo hace tiempo con la pérdida de su madre. Tu padre dice que ya es un hombre adulto y casado y que puede con ello, pero me temo que a Dante se le ha venido el mundo encima.

Leon asintió lentamente.

—Si no me equivoco, lo que más lo inquieta es que mi padre quiera adoptarte. Llámalo celos si quieres. Los dos sufrimos mucho cuando se volvió a casar.

—Y ahora lo está reviviendo. Ve lo entregado que está tu padre a mi madre. No sé si podías ver a Dante desde donde estabas sentado, pero cuando tu padre ha dicho que quería adoptarme, se ha quedado pálido.

—Me he fijado.

Y en ese momento se había dado cuenta de que tal vez Dante había rechazado a Luciana incluso más que él, pero que había contenido sus emociones hasta esa mañana cuando ella había revelado el secreto de su hija.

—Solo veo un modo de evitar más daños.

Él se acercó y la agarró de los brazos.

—No puedes volver a casa aún...

—Tengo que hacerlo, ¿no lo entiendes? Mientras esté en Rímini, soy un terrible recordatorio de su pasado. Mi madre y yo tenemos el resto de nuestra vida para solucionar las cosas. Y tengo un trabajo, Leon. Ella puede ir a visitarme a Nueva York. Si me marcho, no habrá habladurías y el secreto de mi madre estará a salvo.

—Tu argumento tiene dos fallos. En primer lugar, el dolor a Dante ya está hecho. En segundo lugar, ahora que te has reencontrado con ella, no podrá soportar una relación a larga distancia, y sé que para ti tampoco será suficiente una visita cada mes y medio. Puedes ir olvidándote de ir a ninguna parte.

A ella le temblaba la barbilla. Fue como si supiera que Leon estaba deseando besarla y se levantó.

—No me quedaré en Italia. ¿Es que no ves que eso destrozaría a Dante? ¡No es justo para él! Y corre el peligro de no poder recuperarse de esto.

Leon también se levantó.

—Se recuperará, Belle, pero le llevará tiempo.

—No sé. No dejo de ver su cara y me duele. Tengo que marcharme y los días que me quedan aquí no podría alojarme en el *palazzo*. Siempre ha sido el hogar de Dante. Mi única opción es volver a Nueva York lo antes posible.

—No. De momento te quedarás conmigo y así estarás lejos de Dante, pero cerca de Luciana.

—Yo... no podría quedarme contigo y sabes por qué. Si me quedo aquí, será en un hotel.

Recogió su vestido y la toalla y corrió hacia la villa.

Un rato después de que hubiera desaparecido dentro de la casa, Leon seguía allí de pie intentando asimilar un tumulto de emociones relacionadas con su hermano, además de otras cargadas de deseo y relacionadas con Belle. Tenía un grave problema entre manos.

Había querido besar a Belle; la química había sido potente desde el primer momento que se habían visto y, aunque no hacía mucho que Benedetta se había ido, no podía evitar sentir una traicionera atracción por la hija de Luciana. Sin embargo, algo lo advertía de que podía ser un error fatal. ¿Cómo era posible? ¿Lo habría ella sentido también y por eso había salido corriendo?

Capítulo 6

Invadida por el pánico provocado por unos sentimientos nuevos para ella, Belle corrió a su dormitorio y se metió en la ducha. Por lograr su deseo de encontrar a su madre, su mundo y el de todos los demás se había puesto patas arriba. ¡Ya nada volvería a ser igual y todo era culpa suya!

Bajo ningún concepto quería ser una carga para Leon. Sus amigas le dirían que estaba loca si se alejaba de él, que matarían por tener la oportunidad de estar con un hombre así en su fabulosa villa italiana. ¿Qué le pasaba?

O mejor dicho, ¿qué no le pasaba? Cuando Leon se la había llevado del *palazzo*, se había marchado sumida en un torbellino de emociones porque después de haber intentando no hacerle daño a nadie, había descubierto que por su capricho de descubrir su identidad había cambiado la vida dentro de esas paredes que llevaban en pie cientos de años. «¿Ya estás contenta, Belle?».

En cuestión de minutos la vida de Dante se había convertido en una pesadilla y no soportaría que no se hiciera nada para evitarle tanto dolor.

Por otro lado tampoco podía seguir al lado de Leon. ¡Era su hermanastro, por el amor de Dios! Hasta podrían arrestarla por algunas cosas que se le habían pasado por la cabeza al pensar en él.

Precisamente hacía un momento, en la playa, había estado a punto de derretirse cuando la había agarrado por los brazos. Le sería imposible seguir más tiempo a su lado y no dejarse llevar por los sentimientos.

Terminó de secarse el pelo y se puso unos vaqueros y una camisa color caqui. Era hora de hacer turismo mientras decidía qué hacer.

Antes de ponerse las deportivas y agarrar la bandolera, escribió una nota que dejó sobre la cómoda y en la que decía que había salido a dar un paseo y volvería más tarde.

No se cruzó con nadie al volver a la playa; era el único modo de salir de la propiedad sin cruzar los portones. Pasó por delante de una torre de vigilancia y llegó hasta la zona pública de la playa desde donde accedió a uno de los hoteles. Allí se hizo con unos panfletos gratuitos escritos en inglés y tomó un taxi. En cuestión de minutos el conductor la dejó en el Puente de Tiberio. Según el folleto, lo comenzó a construir el emperador Augusto en el 14 después de Cristo y lo terminó Tiberio en el 21. Era una estructura magnífica de cinco arcos que descansaban sobre inmensos pilares. Era increíble pensar que se encontraba en un lugar tan histórico y que era incapaz de apreciarlo. Atormentada porque no sabía qué hacer, cruzó el río hasta el centro

de la ciudad para ver tiendas y almorzar.

Sin embargo, a mitad de su almuerzo perdió interés en la comida. Hacer turismo no había sido tan buena idea, así que decidió tomar un taxi y volver a la villa. Al levantarse de la mesa, vio a Leon paseando a Concetta en su carrito.

—¡Leon! —gritó sorprendida. Ver su alto y poderoso cuerpo enfundado en unos vaqueros y una camiseta blanca le robó el aliento —. ¿De dónde has salido?

Una seductora sonrisa cruzó sus labios y ella posó la mirada en la hendidura de su barbilla.

—Te hemos estado siguiendo.

Debería haberse imaginado que su personal de seguridad iba a mantenerlo informado de cada paso que diera. Sin embargo, a pesar de saber que la habían vigilado y seguido, más que molestarse se sintió invadida por una intensa calidez. Y para disimularlo, se agachó a darle besos a la niña.

—Así que eso es lo que habéis estado haciendo. ¿Lo habéis pasado bien?

Concetta no dejaba de sonreírle como si la reconociera y se alegrara de verla.

—Cuando hemos visto tu nota se nos ha ocurrido acompañarte.

No... Pasar más tiempo con él y la niña no era una buena idea.

—Iba a buscar un taxi para volver.

—Muy bien. Tengo el coche aparcado ahí.

Y cediendo ante lo inevitable, Belle preguntó:

—¿Puedo llevar yo el carrito?

—Adelante, pero tendrás que esquivar el abundante tráfico peatonal.

Belle acarició el suave pelo de Concetta.

—No nos importa, ¿a que no, cielo?

Mientras caminaban entre la multitud hacia el coche, todas las mujeres con las que se cruzaban se deleitaban mirando a Leon. Su pelo negro y su impactante físico las obligaba a mirar. No había nada que llamara más la atención de una mujer que un hombre atractivo paseando a su bebé y disfrutando con ello.

—De camino a casa pararemos en un sitio. Creo que te divertirás —le respondió ya dentro del coche.

—¿Dime, qué sitio?

Leon sonrió.

—Enseguida tendrás tu respuesta.

El corazón le palpitó con fuerza y eso era algo que no le había sucedido nunca hasta que había estado en compañía de Leon.

Condujeron junto a la playa hasta que llegaron a lo que parecía un parque temático.

—Yo llevo a Concetta. Ven conmigo.

Belle lo siguió hasta una enorme piscina descubierta.

—¿Delfines? —preguntó al ver unos animales saltando en el agua.

—Sí, *signorina. Delfini* —Leon pagó las entradas y se sentaron a ver el espectáculo.

—¡Mira, Concetta! ¿Puedes ver los *delfini*?

La bebé comenzó a dar palmas como los niños que los rodeaban y Belle y Leon se rieron encantados. Ella no podía ocultar lo mucho que estaba disfrutando estando allí con los dos, como si fueran una familia. Pero algo más tarde, de camino a casa, tuvo que volver a la realidad sabiendo que tenía que tomar una gran decisión.

—Creo que mi pequeño tesoro tiene que cenar.

—¿Me dejas darle de comer y meterla en la cuna? —estar con la niña le proporcionaba mucha paz, que era justo lo que necesitaba ahora mismo.

—Por supuesto. Así Talia podrá descansar un poco.

—Genial. ¿Has oído, Concetta? —estaba sentada a su lado en el coche y no podía parar de besarla.

Una vez llegaron a la villa, Leon las llevó a la cocina y sacó la comida de la pequeña. Media hora más cargada de diversión pasó mientras la niña comía y jugaba con la comida poniendo perdida la bandeja de la trona y su propia ropa.

—No tenía ni idea de que podía armar estos follones comiendo —dijo Leon riéndose.

—La mayoría de los bebés lo hacen cuando conviertes la hora de la comida en un juego. Está feliz. Mira cómo te sonríe, Leon. Es la cosa más bonita que he visto en mi vida, pero seamos sinceros. Necesita un baño.

—Me has quitado las palabras de la boca. Su bañerita de plástico está debajo del lavabo del baño.

—Lo prepararé todo —pero cuando se giró para marcharse, Concetta empezó a llorar y se vio obligada a darse la vuelta—. Oh, cielo, solo voy a subir.

—Mi hija está tan loca por ti que ya no va a querer la atención de Talia.

—Espero que eso no sea verdad. Ahora mismo nos vemos, Concetta —corrió hasta la planta de arriba y, una vez en el dormitorio de la niña, llenó la bañera de agua y buscó el champú y una toalla—. ¿Leon? ¡Ya está todo listo!

—¡Ya vamos!

Metida en la bañera la niña lo salpicó todo.

—Me alegra que te guste el agua, cielo, porque tienes una piscina y el Adriático en el patio de tu casa —dijo Leon sonriendo mientras le echaba champú en la cabeza.

—¿Te estás divirtiendo, preciosa? Cuando crezcas vas a volver locos a todos los *ragazzi* de Rímini.

Leon estalló en una carcajada.

—Tu conocimiento del italiano es impresionante, pero esperemos que para eso que dices aún queden muchos años.

—No sé, crecen muy rápido —besó el cuello de la niña—. ¿Te estás divirtiendo, cielo? Yo sí —y así era. Nunca antes se había divertido tanto.

—Pues ya somos dos —añadió Leon con su profunda voz.

Era un padre maravilloso. Ojalá todos los niños pudieran tener tanta suerte…

Una vez el baño llegó a su fin, ella le puso un pañal limpio.

—Aquí tienes el biberón. ¿Quieres dárselo?

—Sabes que sí.

Se sentó en la mecedora con la bebé y le cantó. Tantos juegos habían agotado a la niña, que se quedó dormida mientras tomaba el biberón. La metió en la cuna bajo la mirada de Leon y, cuando salieron del dormitorio, él le dijo:

—Ahora que tenemos toda la noche para nosotros, voy a llevarte al yate para que veas la costa desde el agua. Son unas vistas que no te deberías perder. El muelle está a unos pasos de la playa, en la dirección contraria a la que has seguido esta mañana.

—Me he imaginado que el socorrista era uno de tus empleados de seguridad, pero no ha intentado detenerme.

—Mientras estemos fuera me gustaría hablar contigo sobre algo de vital importancia. He encontrado una solución para nuestro problema.

—Yo también —volvería a casa el domingo y no permitiría que se lo impidiera.

Él enarcó las cejas como si pudiera leerle el pensamiento.

—Entonces compararemos nuestras notas. Quedamos en el patio dentro de veinte minutos. Trae algo de abrigo, luego refrescará.

Ella asintió antes de bajar corriendo a su dormitorio. No se podía imaginar qué clase de solución habría encontrado y no quería escucharlo, no cuando la felicidad de Dante estaba en juego. Pero era una invitada en su casa y no podía olvidar que tenía una deuda pendiente con él.

—*Signorina*? —oyó después de que llamaran a su puerta.

Belle corrió a abrirla. Era Carla.

—La condesa Malatesta ha llamado mientras estaban bañando a la niña. Le gustaría que la llamara —la doncella le entregó una nota con el número de teléfono escrito.

—Gracias, Carla.

Cuando se quedó sola, Belle sacó su móvil y llamó a su madre.

—¿Arabella?

Aún le costaba creer que estuviera hablando con la madre que había anhelado toda su vida.

—Mamá, qué alegría que hayas llamado. Oír tu voz… es como un milagro para mí.

—Iba a decirte lo mismo, cariño. ¿Qué has hecho hoy?

—He hecho turismo y Leon nos ha llevado a la niña y a mí a ver los delfines. Después le hemos dado de cenar y la hemos bañado. Ahora acaba de quedarse dormida —pero no quiso hablarle de cómo la hacía sentir Leon. Pensar en él le había hecho que la boca se le quedara tan seca que apenas podía tragar—. ¿Cómo está Dante? Estoy muy preocupada por él.

—Para serte sincera, nosotros también estamos preocupados. Llevan todo el día en su ala del *palazzo*. Como tienen una entrada propia, podrían haber salido sin que nos hayamos dado cuenta. Sullisto y yo pensábamos que era lo correcto haberle contado la verdad esta mañana…

—Si te sirve de consuelo, no creo que hubiera importado cuándo se lo hubierais contado. El resultado habría sido el mismo. A lo mejor esta noche se decide a hablar con vosotros, así que no tengo pensado ir. ¿Podemos vernos mañana?

—Por eso te he llamado. Te recogeré por la mañana y daremos una vuelta. Quiero mostrarte mi mundo. ¿Qué te parece?

—Maravilloso.

—A las ocho y media.

—Perfecto. Estaré lista. Te quiero, mamá.

—Te quiero. ¿No es maravilloso poder decírnoslo?

—Sí.

Después de colgar, Belle se tiró en la cama y pensó en el día en que Cliff le había dicho que no era una niña querida en su casa. Había sido pequeña por entonces y había reaccionado como tal, pero ahora era una mujer y comprendía el comportamiento de Cliff, al igual que comprendía el de Dante. En ambos casos ella había sido la causante de su sufrimiento, pero en esta ocasión tenía el poder de ponerle fin a esa situación.

Cuando llegó la hora de reunirse con Leon, agarró su jersey y corrió al patio. Le escucharía, pero no cambiaría de opinión sobre irse el domingo.

Leon sabía que pasaba algo en cuanto la vio.

—¿Qué ha pasado desde que has ido a tu dormitorio? —le preguntó de camino al muelle.

—He estado hablando con mi madre. No han visto a Dante en todo el día.

—Mi padre me ha dicho lo mismo hace unos minutos, pero no me sorprende. Él tiene tendencia a esconderse.

—¿Qué quieres decir?

—Hay cosas que no sabes.

—Pero sé una cosa: que mi llegada a Rímini le ha hecho daño.

—No es nada personal, Belle. Soy yo el que le ha hecho daño.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque es la verdad. Ya has visto y oído lo que ha pasado en la mesa cuando mi padre ha dicho que yo hice posible el reencuentro. Dante no ha podido controlarse y me ha hablado en italiano.

—Mi madre va a llevarme a dar una vuelta mañana. A lo mejor si Dante sabe que no va a estar en el *palazzo*, tu padre y él podrán hablar.

—No lo creo.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Te lo explicaré una vez subamos al yate —no podía permitir que ella siguiera pensando que era la causante de todo.

Después de subir a la embarcación y darle un chaleco salvavidas, soltó las cuerdas y arrancó el motor.

—¿Siempre está tan calmado? —le preguntó ella contemplando el mar.

—A esta hora, sí. Mucho después se levantará la brisa.

—No estabas exagerando con lo de las vistas. Con el azul oscuro y las luces centelleando a lo largo de la orilla, todo parece mágico.

—Tus ojos son del mismo color ahora mismo. Ojos del crepúsculo.

Sus palabras debieron de inquietarla, porque se giró y le dijo:

—Ibas a contarme lo de Dante.

Leon apagó el motor y bajó el ancla.

—Cuando Dante y yo perdimos a nuestra madre, él tenía diez años y yo once. Durante varios años no hubo manera de consolarnos. Mi padre siempre había estado muy preocupado por los negocios y era ella la que jugaba con nosotros y hacía que la vida fuera emocionante. No había nadie más divertida. Podíamos acudir a ella con cualquier problema y siempre lo solucionaba.

—Tuvisteis suerte de tenerla todo ese tiempo.

—Sí, pero en ese momento solo veíamos que su muerte nos había dejado un gran vacío. A veces Benedetta me veía paseando por los jardines y venía con su perro a acompañarme. No decía nada, pero era todo un consuelo para mí. Por desgracia, Dante no tuvo esa clase de confidente. Solo me tenía a mí y yo no era más que un pobre sustituto.

—No digas eso, Leon. Saber que tienes un hermano a tu lado supone mucho. En el orfanato había varios hermanos y tenían un

vínculo especial sin ni siquiera hablar. Si pudieras hablar de esto con Dante estoy segura de que te diría lo mucho que significó para él tener un hermano que entendía por lo que estaba pasando.

—Tienes tanta intuición, Belle, que a veces me sorprendo. Pero aún no lo has oído todo.

—No olvides que he sido una gran observadora de la vida. Lo he contemplado todo, pero no he formado parte de nada. Aunque al final logré dejar de compadecerme. ¡Tenía que hacerlo!

—Y mírate ahora, una mujer de éxito.

—Bueno, dime, ¿qué te pasó con Dante? Quiero saberlo. ¿Fue muy terrible cuando vuestro padre os dijo que iba a volver a casarse? —la compasión de su mirada era tangible.

—¿La verdad? Nos sentimos traicionados.

—Pobrecitos.

—No podía imaginármelo casándose con otra. Nuestra madre era la madre perfecta. Hacía que todo fuera divertido, siempre se estaba riendo y era muy vivaz. Siempre la teníamos cerca. Su muerte sumió nuestra casa en la tristeza. Dante venía a mi habitación todas las noches y lloraba. Yo tenía que contener las lágrimas para intentar ayudarlo.

—Es muy triste, Leon. Creo que lo que sufristeis los dos tuvo que ser peor que cualquier cosa que yo experimentara en el orfanato. Haber sido tan felices con vuestra madre y después verla marchar…

—Las cosas empeoraron cuando mi padre llevó a Luciana al *palazzo* para conocernos. La heredera de los diamantes era tan joven que parecía su hija. A mí me resultaba fría y distante.

—No me la puedo imaginar siendo así.

—Eso es porque encontrarse contigo la ha convertido en otra persona. En aquel momento la odiaba por ser tan bella. Cualquiera podía ver por qué había atraído a nuestro padre. Como te dijo la bibliotecaria, corrían rumores sobre que a sus padres pudieron ser asesinados.

Belle asintió.

—Algunos de esos rumores relacionaban a mi padre con la muerte de su padre. Yo sabía que era imposible, pero estaba lleno de rabia.

—¿Por qué exactamente?

—Porque entendía que el amor no tenía nada que ver con su matrimonio. Había hecho lo que todos los Malatesta habían hecho antes que él, y eso era intentar hacerse con la fortuna en diamantes de los Donatello. En aquel momento reinaban los rumores y la gente esperaba ver si tenía otro heredero. Era como si hubiera traicionado a nuestra madre y no podía perdonarlo. Dante sentía lo mismo y amenazó con escaparse.

—Es terrible.

—Le dije que no podíamos hacerlo, pero que cuando cumpliéramos los dieciocho, nos marcharíamos. Hasta entonces tuvimos que afrontar los rumores que rodeaban a la familia Donatello. Le fallé cuando decidí ir a la universidad.

—Tenías que vivir tu propia vida.

Se pasó el pelo por la cabeza.

—El modo en que ha estallado esta mañana me ha demostrado que cometí un error al marcharme —el dolor que lo invadía por dentro lo obligó a ponerse de pie.

—¿Qué quieres decir?

—Dejé a Dante solo con su dolor. Debería haberme quedado y ayudarlo, pero no lo hice. Podría haber ido a la universidad en Rímini, pero preferí ir a Roma para alejarme de todo. Durante los años que estuve fuera, el dolor de Dante se convirtió en rabia y, cuando volví, solo se relacionaba con sus amigos. Me mudé a la villa, que era una de las propiedades que heredé de mi madre, y empecé a trabajar en el banco. Más tarde empecé a pasar cada vez más tiempo con Benedetta. Mi hermano y yo nos habíamos separado, pero fue todo culpa mía.

Belle le puso una mano en el brazo y, al primer roce, unas diminutas sensaciones de placer lo recorrieron.

—No pudiste evitarlo.

—Sí, podría haberlo hecho, pero estaba demasiado ensimismado con mi propio dolor como para hacerlo. Dante no dio ninguna muestra de rebeldía hasta que volví de la universidad.

—¿Tu padre no intentó prepararlo de algún modo para su matrimonio con mi madre?

—No, pero para serte sincero, si lo hubiera intentado, no habría hecho ningún bien. Que quede claro que siempre querré a mi padre, pero existe un abismo entre los dos. Cuando volví tras cuatro años fuera, Dante ya no compartía nada conmigo y la cercanía que tuvimos una vez se esfumó para siempre. Me temo que eso le hizo un daño que no ha superado nunca. Se casó con Pia Rovere, una pariente lejana de nuestra familia materna, y decidieron vivir en un ala del *palazzo* Malatesta. Eso agradó mucho a mi padre y a mí me pareció bien porque yo prefería vivir solo en la villa.

—Es encantadora.

—Y muy buena para Dante, creo. Desde entonces los tres trabajamos en el negocio familiar. Por desgracia, la relación entre mi padre y yo sigue siendo tensa por mi matrimonio con Benedetta.

—No lo entiendo —dijo ella juntando sus cejas delicadamente arqueadas.

—Cuando me casé con ella, hice algo que ningún Malatesta había hecho, casarse con una mujer que carecía de título. Dejé claro que rechazaba esa costumbre tan arcaica. Mi padre no ha tenido más

opción que esperar que Dante siguiera sus pasos.

—Y lo ha hecho al casarse con Pia, que pertenece a una casa real.

—Pero ahora que Benedetta se ha ido, mi padre cuenta con que me case con una mujer aristócrata que ya tiene en mente. Cada vez que saca el tema delante de Dante, y lo hace muy a menudo, sigo diciéndome que nunca haré lo que quiere que haga. Le he dicho que no me interesa casarme y que solo quiero ser un buen padre para mi hija.

—¿Por qué crees que insiste tanto en ello?

—Porque soy el primogénito y el primogénito es quien debería heredar el título.

—En otras palabras, que prefiere que lo recibas tú a que lo reciba Dante.

—Sí. No es que quiera menos a Dante, pero es un maniático del deber. El padre de Luciana era igual. Es lo único en lo que mi padre y yo no coincidimos.

—Me sorprende que no te prohibiera casarte con Benedetta.

—Lo hizo, pero nos casamos sin que se enterara.

—Seguro que echas muchísimo de menos a tu mujer. Háblame de ella.

—La conocía desde la infancia. Era de la edad de Dante. Nuestra madre adoraba a los animales y nos pasábamos horas jugando con los perros. Benedetta siempre estaba allí ayudando a su padre en las casetas. Su madre había muerto de neumonía y nuestra madre la acogió bajo su ala. Fue como tener una hermana.

—Entonces en un principio tu amor por ella se basó en una amistad.

—Mis sentimientos por ella no cambiaron hasta varios años después de que volviera de Roma.

—¿Qué pasó?

—Yo estaba en el *palazzo* un día de otoño y nos enteramos de que su perro había desaparecido. Sabía cuánto lo quería, así que salí a buscarlo acompañado de algunos empleados. Lo encontramos muerto de un disparo; debió de dispararlo algún cazador que había traspasado nuestra propiedad.

—Es terrible.

—Cuando lo vi allí tendido, me sentí como si la bala la hubiera recibido yo. Benedetta estaba tan destrozada que no pensé que fuera a recuperarse. Durante la siguiente semana lo dejé todo para estar junto a ella. Nos reconfortábamos el uno al otro. Siempre tuvo una dulzura que me atrajo.

—Vuestro matrimonio debió de ser maravilloso.

—Durante el poco tiempo que tuvimos, fui el hombre más feliz del mundo.

—Algún día a tu hija le encantará oír tu historia de amor —se detuvo un instante y añadió—: Debió de ser muy duro descubrir que tenía esa enfermedad. ¿Cómo fue? Espero que no te importe que te pregunte.

Por primera vez desde que había sucedido, a Leon le apetecía hablar de ello.

—Al principio empezó a cansarse mucho y después se le cayó el pelo. Volvía a casa del trabajo muchos días para estar con ella y consolarla. Al cabo de un tiempo dejó de poder salir al sol y después fueron apareciendo más síntomas. Tenía las articulaciones hinchadas, fiebre e incluso problemas de riñón.

—Debió de ser terrible, Leon.

—No quería creer que fuera a empeorar. Rezamos por que lo controlara y estábamos deseando tener un bebé. Jamás pensé que la perdería en el parto. Estuve en shock durante varios días.

—Lo siento mucho. ¿Sufrió mucho tiempo?

—No, *grazie a Dio*.

—Entonces eso fue una bendición, y la otra fue tu adorable hija. ¿Cómo te apañaste con una recién nacida?

—Ya has visto a Simona y Talia. Trabajaban para la familia de mi madre y confiaba en ellas incondicionalmente. Se enamoraron de la niña y han estado conmigo desde entonces. No podría haberlo hecho sin ellas.

—¿Te ayudó tu padre?

—Sí, todos hicieron lo que pudieron. Su amor por Concetta los unió un poco más.

—Pues cualquiera pensaría que después de un matrimonio como el tuyo y de esa dulce niña, tu padre debería renunciar a su deseo y dejarte decidir qué hacer con tu vida.

—Eso es lo que haría un padre normal. Tal vez ahora empieces a entender contra qué me he rebelado siempre. Yo jamás me casaría con una mujer de alto rango.

—¿Por qué lo tienes tan claro?

—Mis padres se prometieron oficialmente antes de conocerse. Hicieron que su matrimonio concertado funcionara y, por lo que vi, fueron muy nobles, decentes y afectuosos el uno con el otro. Pero hasta que mi madre se estaba muriendo no supe que había amado a otro hombre y que había tenido que renunciar a él.

Su madre le había contado algo más...

—Después de comprender el sacrificio que había tenido que hacer, tomé la decisión de que a mí no me pasaría eso. Por eso, cuando llegó el momento, me declaré a Benedetta sin dudarlo.

—Supongo que entonces tu padre también tuvo que sacrificarse.

Leon asintió.

—¿Sabes? La otra noche mi padre me dijo refiriéndose a cuando le pidió a Luciana que se casara con él: «está claro que no era lo mismo que sentía por tu madre, pero eso no es algo que pudiera esperar».

—¿Y qué crees que te quería decir realmente con eso?

—Que seguía intentado protegerme al fingir que había amado a nuestra madre, pero yo sabía que no era verdad. Nunca estuvieron enamorados. ¿Quieres saber algo más?

Ella lo miró fijamente.

—Creo que la verdad es que se enamoró profundamente de Luciana, lo suficiente para pasarlo todo por alto y casarse con ella.

—Estoy segura de que ella también ha aprendido a amarlo. El modo en que le hablaba en la mesa me ha convencido de que están muy unidos.

—Tan unidos que quiere adoptarte para hacerla completamente feliz.

—Eso no debe hacerlo... Piensa en el daño que le causaría a Dante. No puedo soportarlo. ¡Tienes que detenerlo, Leon!

—Lo entiendo, y he ideado un plan. Le fallé a mi hermano cuando me marché a Roma, pero con esto expiaré mis pecados.

—¿Qué vas a hacer? Dímelo.

—Necesito tu ayuda, pero tiene que ser tan convincente que nadie se crea que no es verdad.

—Haré lo que sea.

—Espero que lo digas en serio.

—Lo juro. Desde que Dante se ha levantado de la mesa me he sentido como si me estuviera muriendo por dentro.

Leon le apretó la mano.

—Primero tienes que llamar a tu jefe y decirle que necesitas unos días para solucionar un asunto familiar. Dile que estás en Italia visitando a tu madre con la que acabas de reencontrarte, que ha surgido una emergencia y que no puedes volver al trabajo el lunes.

—Su... supongo que podría, sobre todo porque nunca antes les he pedido nada.

—*Bene* —miró su reloj—. Ahora será el momento perfecto para localizarlo en el trabajo —le pasó su teléfono—. Cuando hayas hablado con él podrás concentrarte en nuestro plan.

—Aún no sé cuál es.

—Antes de que te cuente nada más, tenemos que saber si te parece bien quedarte en Rímini. Si no, tendré que pensar en otra cosa. Mientras lo decides, volveremos a la orilla.

Elevó ancla y arrancó el motor. El sonido le impidió oír la conversación y cuando llegaron al muelle ella había puesto fin a la llamada.

—¿Cuál es el veredicto?

—No me puedo creer lo amable que ha sido. Me ha dicho que me tome todo el tiempo que necesite. Que no me preocupe.

—*Eccelente*.

«Un problema menos».

Belle le devolvió el teléfono y se quitó el chaleco salvavidas.

—¿Cuándo vas a contarme el plan?

—No sé tú, pero me vendría bien un café. Vamos a la villa a ver cómo está Concetta. Después nos pasaremos el resto de la noche hablando de esto.

—Admito que lo del café suena bien. Está empezando a refrescar.

Volvieron a la casa en silencio. Aunque no se estaban rozando, la tensión sensual era palpable. Talia se cruzó con ellos en el vestíbulo y les dijo que Concetta estaba durmiendo como un angelito. No obstante, antes de meterse en la cocina, los dos subieron y entraron de puntillas en su habitación. De pronto se rieron porque la niña, que estaba sentada en la cuna, los vio en la puerta y empezó a moverse nerviosa.

—Parece que estaba esperándote para darte las buenas noches —susurró Belle mientras Leon la sacaba de la cuna y la abrazaba. Se derretía por dentro cuando su niña lo besaba y le daba palmaditas en las mejillas—. Te adora, Leon.

El sonido de su voz hizo que la niña se girara y, para su sorpresa, le echó los brazos.

—¿También vas a darme un beso de buenas noches a mí? ¡Qué suerte tengo! Te quiero, cielo. Ojalá Concetta supiera lo que le estoy diciendo, Leon.

—No necesita saber inglés para entender lo que le dices —murmuró con tono de satisfacción.

—¿Es eso verdad?

Su hija se aferraba a ella como si fuera su madre y eso le sumó consistencia a una idea a la que estaba dándole vueltas desde la primera vez que Belle había tomado a la niña en brazos.

Tenía pensado hablar con ella en la cocina, pero su pequeña había elegido el lugar y el momento idóneos para esa conversación.

—Ya que aún no va a quedarse dormida, te contaré mi plan ahora. Tenemos que casarnos de inmediato para evitar que mi padre te adopte.

Capítulo 7

Belle soltó una carcajada que llenó la habitación. Estaba de pie frente a Leon con la niña acurrucada contra su cuello.

—¿De inmediato?

—Mañana.

—No sabía que fuera posible —bromeó.

—Tengo un amigo en las altas esferas.

—Cómo no. ¿Así que esa es la solución a todos nuestros problemas? ¿Es la solución que ofrece el hombre que aún llora a su mujer y que no quería volver a casarse nunca?

Leon no pudo evitar sonreír.

—Y es más extraño aún teniendo en cuenta que se lo he propuesto a una mujer que ha declarado que el matrimonio no es una opción para ella.

—De acuerdo, ahora que has captado mi atención, escucharé lo que has pensado.

—Acabas de oírlo.

—Habla en serio, Leon.

—Verás que tiene todo el sentido. Nuestro matrimonio hará que no sea necesario adoptarte porque serás mi esposa, la señora de nuestra casa, la madre de mi hija.

Sus palabras hicieron que Belle se aferrara más todavía a la pequeña.

—Concetta está a punto de dormirse porque se siente muy cómoda contigo. Necesita una madre, Belle. He estado ciego a esa realidad durante mucho tiempo, pero verla contigo es perfecto. Y acabo de oír que le has dicho que la quieres. Te ha salido del corazón, así que no lo niegues.

Belle apenas podía tragar.

—No lo estoy negando.

—Si nos casamos, se cumplirán dos deseos. Primero, nuestro matrimonio permitirá que tengas la relación plena que te mereces con tu madre durante el resto de tu vida sin tener que mudarte al *palazzo*. Los dos sabemos que es territorio de Dante y que así debería seguir. En segundo lugar, evitará que mi padre siga maquinando para casarme con una mujer aristócrata que me haya buscado. Después de todo, ¿quién podría ser mejor que la hija de su esposa? Y lo mejor de todo eso será que yo cuidaré de ti, no mi padre.

Cuando Belle intentó meter a Concetta en la cuna, la niña empezó a llorar así que la tomó en brazos de nuevo.

—Tienes que dormir un poco, cariño.

Una sonrisa de satisfacción curvó los labios de Leon.

—No quiere apartase de ti y eso me confirma que mi hija se ha unido a ti como con nadie. Tienes que entender lo importante que eso es para mí. Ha sido mi mundo desde que Benedetta murió.

—Soy totalmente consciente de ello.

—Cuando le dije a mi padre que no volvería a casarme, lo decía en serio. ¿Cómo iba a encontrar a una mujer que fuera para Concetta lo que mi madre fue para Dante y para mí? Pero tu llegada a Rímini lo ha cambiado todo.

Belle hundió la cara en el cuello de la niña para esconderse de sus palabras.

—Sé que contigo como mi esposa tendrá una madre que la querrá siempre. Sé lo mucho que te importa ya. He visto cómo la tratas. Como una madre.

Belle besó la cabeza de la niña.

—Hay algo que no has mencionado en esta absurda conversación.

—Te refieres al amor, claro. Imagino que ya que los dos habíamos tomado la decisión de no casarnos incluso antes de conocernos será porque no tenemos esa expectativa. Pero, tal como descubrimos ayer, sí que existe deseo entre los dos. Y eso es vital en cualquier matrimonio. Además, nos hemos hecho amigos y los dos amamos a nuestras familias. Entre ambos podemos solucionarlo todo para que puedas estar con tu madre y calmar a la vez los temores de Dante. Nada tiene por qué cambiar para ti. Talia seguirá siendo la niñera de Concetta y si el banco patrocina una nueva tienda de TCCPI en Rímini, tú serás la gerente y podrás seguir trabajando.

—Supongo que no me sorprendería que lo hicieras realidad.

—Yo haría lo que fuera por darle a mi hija una vida que incluya un padre y una madre. Tu viaje a Italia para encontrar a tu madre me ha convencido de que harías lo que fuera por estar cerca de ella. Si tuvieras aquí el trabajo que siempre has querido, también podrías ser madre, trabajar y estar cerca de Luciana. ¿No es algo que merece la pena?

—No me puedo creer que estemos teniendo esta conversación. Estas sugiriendo que nos metamos en un matrimonio pactado.

Él metió a Concetta en la cuna; en esa ocasión la niña no lloró, aunque se quedó agarrada a su dedo.

—Sí, pero sería un matrimonio al que no nos veríamos forzados. Entiendo que no puedo competir con la compañía y la diversión de tus compañeras de piso, pero no soy tan malo. Nos hemos divertido viendo los delfines, ¿no?

—Esa pregunta no necesita respuesta. Lo que estás sugiriendo es ridículo.

—Ahora te imaginarás cómo debieron de sentirse mis padres con su matrimonio concertado. Al menos tú y yo hemos sentido el fuego.

No sabemos cuánto durará, pero si nada de lo que he dicho te ha hecho ver las cosas de otro modo, entonces parece que la única alternativa es que vuelvas a tu vida en Nueva York.

¿Y qué vida era esa?

—Mientras espero a que Concetta se duerma del todo, ¿por qué no bajas a la cocina a tomarte el café? Bajo en un momento y podrás darme tu respuesta.

—¿Crees que es tan sencillo?

Él se estremeció.

—No. Solo sé que no podemos cambiar lo que ha pasado y que hay que tomar una decisión.

—Como te he dicho, no debería haber venido a Italia.

—Es demasiado tarde para lamentarse y ya hemos tenido esta conversación. Ten en cuenta que tanto si te quedas como si vuelves a Nueva York, mi padre tiene pensado adoptarte. Está decidido y el tiempo dirá lo mucho que eso le afectará a Dante.

—No quiero que sufra.

—Yo tampoco. Si se te ocurre algo mejor que el matrimonio para evitarle más dolor y que tú puedas seguir cerca de tu madre, seré el primero en querer escucharlo.

—Iré a ver a tu padre y le suplicaré que no haga nada.

—No servirá de nada, Belle. Mi padre a veces es inflexible. Este es el regalo que quiere darle a tu madre y ni un montón de lágrimas le harán cambiar de opinión.

—¿Ni siquiera por el bien de Dante?

—Me temo que no. Ya has oído a mi padre. Dante es un hombre adulto y debería saber asumirlo.

—No puedes estar hablando en serio…

—¿Por qué crees que me casé con Benedetta a escondidas?

—¡Pero eso es un sistema feudal!

—Y llevo toda mi vida luchando contra él.

—¿Y qué vamos a decirle a nuestros padres? Solo hace unos días que nos conocemos.

—Les diremos que ha sido amor a primera vista. No podrán decir nada. Sé que mi padre se enamoró de Luciana en cuanto la conoció. Nunca estuvo así de enamorado de mi madre.

—Lo de tus padres es muy triste.

—Eso ya es historia pasada. No puedo hablar por Luciana, pero debe de sentir algo por mi padre si se casó con él tan pronto después de haber perdido al hombre que amaba.

—Estás hablando en serio, ¿verdad?

—Tanto que he hablado con el sacerdote que ha casado a toda mi familia. Está preparado con un permiso especial para oficiar nuestra boda mañana por la mañana. Lo único que necesitarás es tu pasaporte.

Mis empleadas serán nuestros testigos.

—Había quedado con mi madre para pasar el día...

—Llámala y dile que ha habido un cambio de planes. Prométele que te llevaré al *palazzo* a última hora de la mañana. Cuando lleguemos con Concetta, con suerte Dante y Pia estarán allí y podremos anunciar nuestra boda delante de todos.

—No es forma de casarse...

—La gente normal no lo hace así, pero resulta que nuestros padres están casados y nos han complicado la vida. Puede que nuestro matrimonio mejore mi relación con mi padre y mi hermano. El tiempo lo dirá.

—Todo está yendo demasiado deprisa.

—La situación exige que actuemos. Mi padre cree que volverás a Nueva York el domingo y si ha dicho que quería adoptarte, eso significa que ya debe de haber hablado con su abogado. Querrá que firmes los papeles de adopción antes de que te marches. Cuando toma una decisión, la lleva a cabo antes de que puedas darte cuenta.

—Te pareces mucho a él.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Por favor, no bromees en un momento así, Leon.

Concetta por fin se había quedado dormida. Él se acercó a Belle y le dio una sencilla alianza de oro.

—¿Qué estás haciendo?

—Es tu anillo de compromiso. Mañana será la alianza de boda de la *signora* Arabella Donatello Sloan di Malatesta.

Belle apartó la mano antes de que él pudiera ponérselo.

—No he accedido a nada.

—Entonces mañana solo tendrás que decirme que no quieres hacerlo y no volveremos a hablar del tema.

—Leon, ¡no puedes hacerme esto!

—¿Hacerte qué? ¿Proponerte matrimonio para poder darte mi apellido y mi protección? ¿Ayudarte a disfrutar de la madre que acabas de conocer? ¿Darte la oportunidad de ser la madre de mi hija, que te ha dado la bienvenida a su vida?

—¡Ya sabes a qué me refiero!

—¿No crees que me gustaría compensarte por todos estos años que has sufrido? ¿Por la crueldad que recibiste de manos de tus padres adoptivos? ¿No entiendes que has cambiado el destino de todos nosotros?

Sus palabras la estaban abrasando. Deseaba poder hablar con alguien porque, irónicamente, ahora que había encontrado a su madre no podía acudir a ella para hablar de esto.

—¿Y qué sacas tú?

—Creía que lo habías entendido. Consigo a la mejor madre del

mundo para mi hija y una posibilidad de recuperar el afecto de mi hermano. Cuando Benedetta enfermó me suplicó que algún día encontrara la felicidad con otra mujer. En ese momento no quise escucharla, pero tenía razón. La vida tiene que seguir y nuestro matrimonio será un comienzo para lograrlo. No sabía por dónde empezar hasta que entraste en mi mundo.

Belle ya no podía soportarlo.

—Hasta mañana —sin dudarlo, se dio la vuelta y bajó las escaleras hasta su habitación.

Durante el resto de la noche no paró de dar vueltas en la cama y pensar en la conversación. ¿De verdad podía casarse cuando sabía que el corazón de Leon había muerto después de perder a su esposa? No podía esperarse competir con su memoria, aunque él tampoco estaba pidiéndole amor. Quería que fuera la madre de Concetta.

Probablemente era la única faceta en la que se sentía segura de verdad. Si esa niña fuera suya, podría darle todo su amor y sería la madre que había soñado con tener.

Leon quería que fuera la madre de su niña y eso tenía que significar algo, ¿no?

Era un hombre maravilloso que le estaba confiando su más preciado bien.

Aunque fuera virgen y careciera de experiencia con los hombres, podía desempeñar el papel de madre. Y, por otro lado, casarse ayudaría a mejorar la relación de Leon con su familia y ella se aseguraría estar cerca de su madre durante el resto de su vida.

¿Pero y si Leon conocía a otra mujer y se enamoraba de ella? Entonces eso la mataría.

Cuando llegó la mañana, estaba exhausta emocional y físicamente. Pero una cosa tenía clara: la idea de volver a su vida en Nueva York estaba descartada del todo.

Era una mañana de sábado preciosa y cálida en Rímini, ideal para una boda. Belle salió de una tienda de novias acompañada por Leon y ataviada con un velo y un vestido de seda blanca y encaje. Fueron hasta el coche donde la esperaba el ramo colocado en el asiento de atrás. Leon había pensado en todo y Belle pudo oír las campanas de San Giovanni antes de llegar a la capilla.

Para ella la iglesia siempre había sido un lugar donde encontrar consuelo, aunque esa mañana iba a casarse con el oscuro príncipe de Rímini, como lo había considerado en un principio, y nada le parecía real.

Él llevaba una gardenia en la solapa de su traje de seda azul y

Belle podía oler esa fragancia que siempre asociaría al día en que fue una novia a pesar de no sentirse como tal. Era como si estuviera fuera de su cuerpo.

Las empleadas de Leon llegaron en otro coche y los siguieron por el pasillo hasta donde el viejo sacerdote los esperaba. Talia tenía en brazos a la niña, adorable con un vestido de encaje blanco y unas sandalias blancas con rosas.

El sacerdote recibió a Belle con una amplia sonrisa.

—¿Princesa Arabella? Te pareces a tu madre cuando la casé con el conde —dijo en un marcado acento inglés—. Leonardo me ha pedido que oficie la ceremonia en inglés. ¿Estás lista?

—Lo estamos —respondió Leon por los dos.

—Que las testigos se sitúen a cada lado.

Talia y Simona se colocaron a la derecha de Leon y Carla a la izquierda de Belle.

—Arabella y Leonardo, habéis venido juntos a esta iglesia para que el Señor selle y fortalezca vuestro amor en presencia del ministro de la iglesia y de su comunidad. Cristo bendice este amor. En presencia de la Iglesia os pido que declaréis vuestras intenciones. ¿Venís libremente y sin reservas para entregaros el uno al otro en matrimonio?

¿Sin reservas? A Belle la invadió el pánico aunque respondió afirmativamente después de Leon.

—¿Os amaréis y honraréis como marido y mujer durante el resto de vuestras vidas?

Eso no era difícil de responder. Belle lo honraba ya que era el responsable de haber encontrado a su madre y había muchas cosas de él que amaba ya.

—¿Aceptaréis los hijos que Dios os dé y los criareis conforme a la ley de Cristo y de su Iglesia?

Esa era una pregunta que Belle no se había esperado, pero ¿cómo iba a decir que no cuando acababa de admitir que iba libremente a entregarse en matrimonio? Pronunció un débil «sí» no muy segura de que el sacerdote la hubiera oído.

—Toma su mano, *figlio mio*.

La cálida mano de Leon rozó sus fríos dedos y los acarició.

—Repite conmigo: Yo, Leonardo Rovere di Malatesta te tomo a ti, Arabella Donatello Sloan, como mi mujer y prometo serte fiel en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad. Te amaré y honraré todos los días de mi vida.

Esos momentos fueron surrealistas para Belle que, nerviosa, oyó al sacerdote decir:

—Habéis declarado vuestro consentimiento ante la Iglesia. Que el Señor y su bondad fortalezcan vuestro consentimiento y os colmen de

bendiciones. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre. ¿Leonardo? ¿Tienes los anillos?

¡Oh, no! Belle no había llevado uno para él.

—Sí.

—Señor, que estos anillos sean símbolo del amor verdadero y siempre les recuerden su amor mediante Cristo nuestro Señor. ¿Leonardo?

Belle lo vio sacar la alianza de oro del bolsillo.

—Pónselo en el dedo y repite conmigo: Recibe esta alianza como muestra de mi amor y fidelidad a ti. En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.

Estaba sucediendo...

Leon sacó otro anillo del bolsillo y se lo entregó a Belle.

El sacerdote dijo:

—¿Arabella? Repite conmigo: Recibe esta alianza como muestra de mi amor y fidelidad a ti. En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.

Después de pronunciar las palabras, era un manojo de nervios mientras le ponía el anillo a Leon, que se había quitado su anillo de boda. Qué duro debió de haber sido después del amor que había compartido con Benedetta.

Mientras ella seguía mirándole la mano con incredulidad, Leon le puso un dedo en la barbilla y se la alzó para besarla.

—Lo hemos hecho, Belle. Ya eres mi mujer —le susurró—. Gracias por este regalo que solo tú podías darme. Gracias por ayudarme a criar a Concetta. Por esto siempre tendrás mi eterna devoción.

Cuando la besó, no fue un beso de marido. Ella no sabía qué esperarse, pero fue más como una dulce bendición. Recuperándose rápidamente de su sorpresa, susurró:

—Entonces estamos en paz porque tú me has dado el regalo de mi madre y de tu preciosa hija.

Leon tomó a la niña en brazos y con un llanto triunfante la abrazó.

El servicio, con los ojos llenos de lágrimas, rodeó a Belle para felicitarla. Al instante, Leon se acercó con la niña que le echó los brazos con una brillante sonrisa.

Belle cerró los ojos al abrazar a la niña ¡que ahora era su hija! Era increíble.

—Ahora la *bambina* tiene una hermosa nueva *mamma* —dijo el sacerdote haciendo la señal de la cruz sobre las dos.

—Gracias, padre.

A continuación pasaron a firmar los documentos. Todo era oficial. Leon enrolló el certificado de matrimonio y se lo guardó.

—Talia se ha llevado a la niña al coche. ¿Nos vamos, *signora* Malatesta?

Y agarrándola del brazo la llevó hacia el aparcamiento.

—El otro día busqué el significado de tu apellido y si de verdad en tu familia hubo personas malas entonces eso debió de ser hace mucho tiempo porque yo solo he visto cosas buenas en ti y en tu padre. Quería que supieras que me siento orgullosa de llevar tu apellido.

La emoción oscureció los ojos de Leon.

—Te agradezco el cumplido —la ayudó a subir al coche junto a la silla de Concetta y la besó en los labios antes de cerrar la puerta. Mientras acompañaba a Talia al coche donde la esperaban, Belle se pasó un dedo por los labios.

Era su marido y tenía que acostumbrarse, pero cada vez que la tocaba ardía en llamas.

En un minuto él volvió al coche y se puso rumbo al *palazzo*.

Aunque ambos esperaban que el anuncio de su boda favoreciera la relación con Dante, sabía que su marido había sufrido durante muchos años y que ahora debía de estar muy nervioso por conocer la reacción de su familia.

—¿Leon?

—¿Estás bien? Pareces preocupada —le dijo mirándola por el espejo retrovisor.

—Lo estoy porque tengo una idea, aunque no sé qué te parecerá.

—No lo sabré hasta que me lo cuentes.

—El otro día mi madre me dijo que Dante y Pia tenían su propia entrada al *palazzo*.

—Así es. Viven en su propio ala.

—¿Qué te parecería si paráramos primero allí y les diéramos la noticia? En circunstancias normales Dante habría sido el primero al que se lo habrías contado. Además, el factor sorpresa lo pillará desprevenido e incluso puede que le agrade que tus padres no lo sepan aún. Merece la pena intentarlo... si es que están en casa, claro.

Leon tardó en responder aunque finalmente dijo:

—No sé qué hacen los sábados.

—Pues vamos a descubrirlo. ¿Qué es lo peor que puede hacer? ¿Darnos con la puerta en las narices? ¡Yo al final me enfrenté a Cliff y mira lo que pasó!

—Creo que dentro de ti hay una guerrera. Si tú estás dispuesta, opino que tu idea es brillante.

—*Grazie* —le respondió con un pésimo italiano.

—Lo primero que haremos será buscarte un profesor.

Se rieron a carcajadas. Era lo que necesitaban.

Cuando entraron en la propiedad, él bordeó la casa y Belle vio un

deportivo rojo aparcado en la entrada. El coche de Pia no estaba, lo que significaba que Dante se encontraba solo en casa. Si lo que había propuesto Belle funcionaba, entonces era mejor que Pia hubiera salido.

Juntos, Leon, Belle, Concetta y Rufo fueron hacia la puerta. Una vez ahí él, en lugar de llamar al timbre, utilizó la clave con que el uno llamaba al otro cuando eran pequeños.

Al cabo de unos instantes, Dante abrió la puerta y decir que se quedó impactado al ver allí a su hermano era decir poco.

—Siento presentarme así, pero quería que fueras el primero en saberlo.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Belle y yo acabamos de casarnos. Venimos directos de la iglesia.

—¿Hablas en serio?

—Nunca he hablado tan en serio.

—Creía que aún llorabas la muerte de Benedetta —dijo perplejo.

Leon asintió.

—Nunca la olvidaré, pero sucedió algo increíble cuando conocí a Belle. Papá se va a quedar perplejo cuando se lo diga. Tú y yo sabemos que me tenía preparadas varias mujeres y que espera que me case con una de ellas, pero jamás podría hacer lo que él quiere. Nunca he creído en los títulos.

—Te dirá que anules el matrimonio.

—No cuando sepa que nos enamoramos en cuanto nos conocimos y que no nos hemos separado desde entonces. No podía dejar que volviera a Nueva York mañana.

—Pero casarte con la hija de Luciana...

—Nunca hemos hablado del tema, pero estoy convencido de que a él le pasó lo mismo cuando la conoció.

—Es lo que supuse cuando era pequeño. Papá nunca miró a mamá de ese modo.

—No —susurró Leon, feliz de que su hermano hubiera llegado a la misma conclusión—. Por eso nos dolió tanto que se casara tan rápido.

—Sí, sí que nos dolió.

Leon se aclaró la voz antes de decir:

—Hace tiempo que quiero decirte algo. Te hice daño cuando me fui a estudiar a Roma. No debería haberte dejado, pero me encontraba muy mal y solo pensé en mí. Espero que algún día seas capaz de perdonarme.

Dante lo miró conmovido; era una expresión que no había visto desde que eran adolescentes. Belle había tenido razón: merecía la pena intentarlo.

—Vamos a ir a decírselo a los padres ahora. Sería genial que

estuvieras con nosotros para apoyarnos. Si no lo admite, Belle y yo nos mudaremos a Nueva York con la niña.

—¿Te irías tan lejos?

—Por mi mujer y mi hija, sí —agarró a su hermano por el hombro—. Gracias por abrir la puerta. He hecho nuestra llamada especial para darte la oportunidad de abrir o no. Independientemente de lo que puedas pensar, siempre fuiste y siempre serás mi mejor amigo.

Se giró y tomó en brazos a Concetta.

—Vamos, *bellissima*. Vamos al otro lado del *palazzo* a disfrutar de este maravilloso día.

Capítulo 8

—Ya no importa lo que pase, ahora tu hermano sabe que lo quieres y todo depende de él.

Leon le agarró la mano con fuerza.

—Eso es lo que me preocupa. No olvides que es un Malatesta.

—¿Has olvidado que estoy orgullosa de estar casada con uno? Y no olvides otra cosa: no te ha dado con la puerta en las narices y eso cuenta.

Leon se había casado con un ángel.

—¿Estás lista para enfrentarte a los padres?

Ella asintió.

—Sé sincero, estás un poco preocupado por su reacción.

—Te equivocas, Belle.

—¿Entonces qué pasa?

Su esposa era muy perspicaz, pero aún no podía contarle la verdad. Lo que le preocupaba era el momento en que descubriera las otras razones por las que le había propuesto el matrimonio.

—Tu vida ha sido distinta a la de los demás y tu boda también tenía que serlo. Yo...

—¡Ah! ¡Aquí estáis! —gritó Luciana interrumpiendo su conversación—. Os he visto pasar con el coche, pero tardabais tanto que he salido a ver qué pasaba.

Belle corrió a saludar a su madre y se abrazaron.

—Leon quería hablar un momento con Dante.

—Pues se me ha hecho muy largo. Sullisto ha ido al banco, pero volverá enseguida. ¡Oh, pero mira qué vestido lleva! —dijo mirando a la niña—. ¿Dónde habéis estado?

—En la iglesia —respondió Belle—. Hemos estado mucho rato así que hay que cambiarle el pañal y darle un biberón.

Entraron en la casa y las tres mujeres desaparecieron en una de las habitaciones de invitados mientras él vagaba por el salón y miraba las fotos de familia. Había una que le gustaba especialmente, una en la que su madre aparecía en el jardín con un sombrero de ala ancha y plantando un rosal. Las flores eran su pasión, al igual que lo eran sus dos hijos.

Les había entregado todo su amor y a su vez los había mimado, aunque Leon no podía quejarse de ello. Había tenido una infancia idílica y eso era lo que quería para Concetta. Sabía que Belle la amaría para siempre.

—Mamá, ojalá estuvieras hoy aquí. Querrías a Belle tanto como quisiste a Benedetta —dijo mirando a la foto.

Cuando oyó voces, la colocó en su sitio y se giró para ver a las

que ahora eran las tres mujeres de su vida.

—Sé que es muy buena, pero me sorprende que la hayáis llevado a misa —dijo Luciana mientras Belle le daba el biberón a la niña.

—No hemos ido a misa. Habíamos concertado una cita privada con el padre Luc.

—¿Por qué?

—Esta mañana tu hija me ha concedido el honor de convertirse en mi mujer —sacó el certificado del bolsillo y se lo dio a Luciana—. Se lo pedí anoche para evitar que volviera a Nueva York y pudiera encontrar a otro hombre. Como puedes ver, Concetta ya está loca por ella.

Con los ojos llenos de lágrimas, Luciana miró a Belle.

—Solo quiero saber una cosa: ¿Lo amas? Porque si no, cariño, ...

Luciana no quería para Belle lo que Sullisto había tenido con su primera mujer.

—No pasa nada, mamá —le dijo entre risas—. Cuando conocí a Leon me pareció el príncipe oscuro de Rímini y hasta me daba miedo, pero también me cautivó.

Sus medias mentiras ahora lo cautivaron a él.

—Lo entiendo —murmuró Luciana—. Tiene mucho de su padre.

—Intenté no sentirme atraída, pero fue imposible porque hemos pasado muchas horas juntos. Y entonces conocí a Concetta. Los tres lo pasamos de maravilla viendo a los delfines y no queríamos que ese momento terminara, ¿verdad? —besó a la niña en la frente—. Allí vimos a muchos papás, pero ninguno tan guapo como el tuyo.

—Leon es un padre fantástico —dijo Luciana haciendo que se sintiera más avergonzado todavía por el trato que le había dado de niño.

—Pero supongo que no sabía todo lo que sentía por él hasta que me dijo que quería casarse conmigo. La idea de rechazarlo y volver a Nueva York se me hacía demasiado devastadora como para considerarla, y sentí el mismo dolor ante la idea de dejarte a ti después de haberte encontrado.

Al instante, Luciana se levantó del sofá y los abrazó a los tres.

—¡Cuánto me alegra esta noticia!

Leon miró a Belle. Si había tenido alguna duda sobre ese matrimonio, la alegría de su madre las disipó todas.

—Tu padre no se tenía que haber ido. ¿Por qué no ha llegado todavía?

Leon tenía la corazonada de que se había reunido con su abogado por el tema de la adopción. Mientras pensaba en ello, su hermano entró en el salón recién duchado y afeitado.

—Acabo de hablar con él. Llegará en un minuto —dijo Dante mirando a Leon—. No te preocupes, no he estropeado tu sorpresa.

Se acercó a Belle y la abrazó. La bebé se había quedado dormida.

—Felicidades con retraso. Te habría invitado a pasar, pero no estaba decente.

—Cuando yo estoy en mi piso en Nueva York, solo llevo chándal.

Dante sonrió.

—¿Corres?

—Todo lo que puedo, antes de ir a trabajar.

Eso Leon no lo sabía.

—Yo también, aunque después del trabajo.

—¿Tu mujer corre contigo?

—A veces.

—Pues tendremos que salir a correr juntos.

—Me temo que mi hermano solo nada.

—Ya me he fijado. Parece un pez. A lo mejor puedo entrenarlo haciendo que empuje el carro de Concetta al mismo tiempo.

Dante soltó una carcajada.

—Por cierto, ¿dónde está Pia?

—Visitando a su madre, pero la he llamado. No tardará en volver.

—¿Su familia vive lejos?

—No, a unos pocos kilómetros.

—Qué suerte tenéis —dijo sonriendo a Luciana.

—Nunca se darán cuenta de cuánta, ¿verdad, cariño?

—No.

—Imagino que debisteis de quedaros impactadas la primera vez que os visteis.

Hacía años que Leon no veía a su hermano sonreír ni mostrarse tan animado. Belle había causado efecto en todos.

—Cuando estaba en el orfanato soñaba con cómo sería.

—Y tú sin saber que la veías cada vez que te mirabas al espejo —Leon besó a Concetta y añadió—: Voy a meterla en la cuna.

—Te acompaño. Ahora mismo volvemos.

—Claro —dijo Dante.

Belle siguió a Leon hasta una habitación al fondo del pasillo y esperó mientras la arropaba. Después, él le agarró la mano embargado por una emoción que le impedía hablar.

—Hasta ahora todo bien —susurró ella.

—Hoy ha sucedido un milagro y todo es gracias a ti.

—Me temo que aún no ha terminado. Aún tenemos que decírselo a tu padre. Si me disculpas un momento, tengo que ir a refrescarme un poco. Te veo en el salón.

Por mucho que quería estar a solas con ella, no era el momento y, así, salió del dormitorio y se topó con su padre en el vestíbulo. En la mano llevaba el certificado; Leon había olvidado que lo había dejado en la mesa de café.

—Parece que todos menos yo saben lo que habéis hecho. Tu poder de persuasión es fantástico, te has casado con Belle sin amarla y hasta has convencido a Luciana.

En ese momento Leon sintió un profundo amor por su madrastra.

—Solo lleva aquí tres días. ¿Qué has hecho? ¿Echarle algo en el vino?

—¡No! El truco que utilizaban nuestros antepasados no funcionaría con ella. Ella no bebe, ni fuma ni toma drogas.

—Belle no es una mujer corriente.

—No hay nada más cierto que eso. Es la imagen de su madre, una mujer que se habría casado con el hombre que amaba si no lo hubieran matado… La mujer con la que te casaste después de que mamá muriera porque la querías a toda costa.

—¿Cómo te atreves a hablarme así?

—No quería ofenderte, papá. Solo quería decir que el amor verdadero hace que actuemos con el corazón, no con la cabeza. Mamá amaba a otro hombre antes de obedecer a sus padres y casarse contigo. No tengo ninguna duda de que nuestro autocrático abuelo te obligó a casarte.

—¡Basta, Leonardo!

—Casi he terminado. Iba a decir que es posible que amaras a alguien antes de tener que cumplir con tu deber aunque no puedo saberlo porque nunca nos lo has contado ni a Dante ni a mí, pero cuando tuviste una segunda oportunidad, te casaste haciendo lo correcto. Todo hombre y toda mujer deberían tener ese privilegio. Concetta crecerá pudiendo elegir.

Por primera vez en su vida el padre de Leon parecía totalmente desconcertado.

—¿De verdad me condenarías a un matrimonio sin amor con una de las mujeres que me has buscado porque eso es lo que hacen los Malatesta?

—Eres mi primogénito.

—Y tú fuiste el primogénito de tu padre. ¿Qué importa eso? En la Edad Media el sistema se basaba en el engrandecimiento de la riqueza. Imagino que eso ya lo habremos superado en el siglo XXI.

—Leon tiene razón.

De pronto Dante estaba allí, como salido de la nada.

—¿Tú también estabas metido en esto?

—¿En qué?

—En el ultrajoso matrimonio de tu hermano —le tiró el certificado—. Cuando te he llamado no me has dicho nada.

—Porque no sabía nada todavía, pero puedo decirte una cosa. Cuando se ha presentado en mi puerta estaba feliz, tanto como lo había estado cuando mamá aún vivía. Ojalá Luciana no te haya oído

porque entonces pensará que no apruebas a su hija. Pero yo sé que sí porque, de lo contrario, no la habrías invitado a vivir con vosotros.

—¿Entonces estás de su lado ahora?

—Es el día de su boda, papá.

—¡Una boda organizada para hacerme daño!

—Dudo que estuviera pensando en ti cuando le pidió a Belle que se casara con él. Para que lo sepas, Luciana me manda a decirte que el almuerzo está listo en la terraza.

—Ahora no puedo comer.

—A Luciana le dolería que no nos acompañaras. Es más, sería el colmo de la mala educación.

—Pues yo no recuerdo que tú tuvieras educación el otro día.

—El otro día no era yo —respondió mirando a Leon con gesto suplicante—. Y me arrepiento desde entonces.

—¿Por qué?

—Porque me he dado cuenta de cuánto quiero a mi hermano.

«Que Dios te bendiga, Belle, por lo que has hecho».

Leon le sonrió.

—Es recíproco, Dante. ¿Por qué no vais yendo? Iré a ver por qué Belle tarda tanto. A lo mejor la niña se ha despertado.

Su padre aún parecía furioso y los miró a los dos antes de echar a andar hacia el vestíbulo.

Dante le dio una palmada a Leon en el hombro.

—Ha ido bien —bromeó como lo haría el viejo Dante—. Nos vemos en un minuto.

—Te debo una —le respondió guardándose el certificado en el bolsillo. Cuando llegó al dormitorio se encontró a Belle en la puerta.

—Lo he oído todo y me alegro mucho de que tu hermano y tú os hayáis reconciliado. Seguro que en poco tiempo podréis ganaros a vuestro padre. Su plan maestro ha funcionado, *signor* Malatesta. Vamos, el almuerzo nos espera —salió por la puerta sin mirar atrás.

Su matrimonio estaba en problemas. Sabía lo insegura que era ella y solo podía esperar que sus poderes de persuasión fueran tan fantásticos como decía su padre porque, de lo contrario, sufriría mucho.

—¿Leon? ¿Cuándo crees que podrás hacer que TCCPI abra una tienda aquí?

Belle estaba en el patio jugando con Concetta mientras él contemplaba el mar desde la baranda.

—Lo propondré la semana que viene.

—Al principio no me podía creer que hablaras en serio, pero ya

he aprendido que tú nunca bromeas. Me gustan los desafíos. Sería interesante ver si puedo hacer que ese negocio triunfe.

—¿Qué quieres decir con «si»?

Leon siempre la halagaba, aunque ella no creía que se lo mereciera.

—Cuando Mac se entere de que no voy a volver, se pondrá como loco porque quiere mi puesto.

—Pues probablemente por eso no lo consiga.

Ella se rio.

—Hablas como un hombre que sabe de negocios.

—Haré que te envíen las cosas de tu apartamento.

—Quitando libros y algo más de ropa, me he traído todo lo que es importante para mí. Eso es algo bueno que tengo, que viajo ligera.

Leon no sonrió; le estaba costando mucho animarlo.

Acababan de volver del *palazzo* donde, por el bien de su madre, había actuado como una recién casada y lo había besado en varias ocasiones bajo la atenta mirada de Sullisto.

Pia había llegado en mitad del almuerzo y se había mostrado muy simpática con ella. El ambiente festivo continuó hasta que Concetta se despertó de la siesta y divirtió a todos con sus gracias. Después de anunciar que se marchaban para preparar su breve luna de miel, se pusieron rumbo a la villa donde ella se puso unos vaqueros y una camiseta.

Ese era su hogar ahora, junto a la niña más dulce y encantadora del mundo y un marido de ensueño. Solo había una cosa mala en todo eso: las palabras de Sullisto aún resonaban en sus oídos.

«Tu poder de persuasión es fantástico, te has casado con Belle sin amarla y hasta has convencido a Luciana. Solo lleva aquí tres días. ¿Qué has hecho? ¿Echarle algo en el vino?».

No. Leon no había tenido que hacer nada de eso porque se había enamorado de él al instante. Era el hombre con quien habría querido casarse de todos modos y aunque estaba claro que él no la amaba, al menos tenía razón al decir que sí que se deseaban. Un hombre podía separar el deseo de las emociones, pero ella no. Lo amaba de todas las formas posibles y ese día había jurado los votos para ser su esposa, y eso era lo que sería porque, si bien no le había dado su amor, Leon le había dado todo lo demás, incluyendo una hija.

Ahora siempre podría estar al lado de su madre y Dante y Leon se habían reconciliado. Sullisto libraba una batalla consigo mismo, pero estaba claro lo mucho que amaba a su hijo.

—¿Adónde vamos a ir de luna de miel? Mamá se ha ofrecido a cuidar de Concetta.

Leon se pasó la mano por la nuca; era lo que hacía cuando estaba meditando algo.

—¿Adónde te gustaría ir?

—A cualquier sitio con agua. ¿Qué te parece? ¿O eso fue lo que hiciste con Benedetta?

—No, fuimos a Suiza, pero no quiero hablar de ella.

—Lo siento. Si prefieres que pospongamos el viaje, lo entiendo.

—¿Qué entiendes? Mi padre te ha hecho daño hoy, ¿crees que voy a olvidarlo?

—No me lo he tomado a mal, y menos después de lo bien que me recibió cuando nos conocimos. Necesita tiempo. Estás intentando cambiar a alguien a quien educaron bajo otras normas.

—¿Cómo sabes tanto sobre la gente?

—Probablemente porque, como te dije, me he pasado la mayor parte de mi vida observando y así se aprende mucho.

—¿Quieres que vayamos hasta Croacia? En Dubrovnik y Split hay unas ruinas maravillosas.

—Suena genial, pero es tu luna de miel, así que ya que seguramente lo habrás hecho casi todo, elige tú.

—Esa es una pregunta capciosa para un recién casado.

—Compláceme. Soy una recién casada.

—¿No te ha dicho nadie que vives peligrosamente?

Belle se rio.

—Aún estoy esperando tu respuesta.

—Buscaremos una isla desierta y haremos lo que nos apetezca.

—¿Una isla? Me alegra que hayas dicho eso. Llamaré a mamá para que se quede aquí con Concetta mientras estamos fuera. ¿Podemos marcharnos pronto? Así tendremos más luz para encontrar la isla. Veo en tus ojos que ya se te ha ocurrido alguna.

Él sonrió. Cuando sonreía, la derretía.

—No hay muchas cosas que pueda ocultarte.

Sí, sí que podía. De hecho lo hacía. Era un poder especial que le otorgaba el hecho de ser un Malatesta.

—Llamaré a mamá.

—Yo iré a preparar el yate.

* * *

A las cuatro zarparon del muelle cargados con todo lo que Leon pensó que necesitarían para que fuera un viaje inolvidable.

Tenía la sensación de que gratitud no era lo único que Belle sentía por él. Si una mujer tan auténtica como ella estaba jugando un papel, entonces ya no podía confiar en su juicio.

Una vez alejados de la costa, y utilizando los prismáticos, Leon localizó el punto exacto. Apagó el motor y dejó que la inercia los llevará hasta su destino. Cuando la arena hizo frenar al yate, Belle lo

miró sorprendida.

—Te he mentido. Por aquí no hay ninguna isla, pero como el mar está tan calmado podemos tomar el sol hasta la noche y después bañarnos bajo las estrellas. No hay nadie en kilómetros. Si hubiéramos venido en el yate grande, habríamos tenido que traer empleados y últimamente cuesta mucho alejarse de la gente.

Ella esbozó una sonrisa.

—Pero tú lo has logrado —miró a su alrededor—. ¡Me encanta esto! Es como haber naufragado.

—Con la diferencia de que tenemos todas las comodidades de un hogar a bordo y que podemos marcharnos cuando queramos.

—No quiero hablar de marcharnos. Acabamos de llegar. Me parece el lugar más romántico del mundo para una luna de miel —la luz de su mirada lo encandiló—. Un poco de *focaccia*, una botella de agua y tú.

Leon sonrió y la tomó en brazos para bajarla a la arena. Ella empezó a quitarse la ropa mientras corría y él hizo lo mismo. Ambos llevaban el bañador debajo.

—Si te quedas cerca de mí en el agua, no te obligaré a ponerte un chaleco salvavidas.

—Esa regla aplícatela tú también. Si sales solo, no quiero que te pase nada.

—Venga —le dijo él cuando reunió voz suficiente para hablar. Entraron en el agua y empezaron a nadar. Le encantó oír los pequeños gritos de sorpresa y emoción que Belle daba cada vez que veía un pez.

Entraron y salieron del agua varias veces y se tumbaron bajo el sol entre medias. Belle recogió algunas caracolas mientras Leon pescaba dos caballas. Las cocinaron en una sartén en su hornillo de camping y las tomaron con ensalada y fruta que habían llevado de la villa. Ella dijo que nunca había probado algo tan sabroso y él estuvo de acuerdo.

Cuando el sol se puso se arroparon y se tumbaron en unas tumbonas.

—Antes cuando me has dicho que probablemente lo había hecho todo, te equivocabas. Nunca había venido aquí con nadie.

—Me gusta que me estés convirtiendo en un nuevo recuerdo. Me alegra mucho que me hayas elegido a mí. Ha resultado ser un día de boda fabuloso. Es algo que no puedo llegar a expresar.

—Es un lujo tener tu compañía, Belle. Nunca he disfrutado tanto al lado de nadie.

—Siento lo mismo —se incorporó bruscamente y añadió—: ¿Sabes que estuve a punto de no ir a tu banco?

Leon no quería ni pensar en esa posibilidad.

—¿Y qué te hizo decidirte al final?

—Sabía que si me iba a casa sin haber encontrado a mi madre, siempre me arrepentiría de no haber probado en el banco, de no haber levantado esa piedra para ver qué se escondía debajo —dijo encandilándolo con su forma de expresarse—. Mañana hará una semana desde que salí del aeropuerto JFK, una mujer soltera sin familia embarcada en una increíble búsqueda. Y ahora estoy tumbada bajo las estrellas en el Adriático con mi marido italiano y sabiendo que mi madre está en casa cuidado de tu niña.

—De nuestra niña.

Belle asintió.

—Sé que no estoy soñando, pero tienes que admitir que las posibilidades de que todo esto pasara eran mínimas. Qué bueno has sido conmigo, Leon. Si me paso la vida dándote las gracias, no será suficiente. Te prometo que seré la mejor esposa del mundo. Y ahora, ¿te importa si bajo a darme una ducha? Estoy llena de arena.

—Mientras yo lo prepararé todo para pasar la noche.

Belle bajó las escaleras hasta el piso inferior. El yate de seis metros estaba construido a la última; Leon le había dicho que prefería haber usado este más pequeño porque así podía manejarlo solo y entrar en calas con facilidad.

Al otro lado de la cocina había una cabina con una cama doble. Solo con verla el corazón le dio un brinco y corrió a darse la ducha.

Leon estaba dándole mucho tiempo, pero ahora que estaba lista, deseaba que fuera a buscarla. Era la única de sus amigas que aún no se había acostado con un hombre y ya le había llegado el turno.

Era un mundo nuevo en el que estaba a punto de entrar. Esos pequeños besos que habían compartido ya la habían excitado, tanto que estaba deseando descubrir cómo sería pasar la noche con él.

No habían hablado sobre las consecuencias que tendría que se acostaran juntos, pero ella había hecho la promesa de aceptar los hijos que concibieran. ¿Qué pensaría él si se quedara embarazada?

El matrimonio había sucedido tan deprisa que estaba llena de preguntas sobre el aspecto sexual de su relación que solo él podía responder. ¿Por qué no bajaba? Tenían que hablar.

Cinco minutos después, lo llamó desde las escaleras.

—Ahora mismo bajo.

Cuando se reunieron en el dormitorio, Leon ya se había duchado y llevaba puesto una camiseta y un pantalón de pijama. Verlo despeinado y con el pelo recién lavado era de lo más atrayente. Bajó la mirada hasta ese bien definido físico que llevaba todo el día deseando tocar. Y podía hacerlo, el matrimonio le otorgaba ese

derecho. Sin embargo, quería recibir alguna señal por parte de él.

—¿Tienes todo lo que necesitas antes de que suba a dormir a la cubierta?

La pregunta, formulada en esa profunda voz, le generó un dolor tal que no pudo soportarlo.

—Pensé que iba a ser nuestra noche de bodas.

Su adusta expresión la dejó helada.

—Lo sería en circunstancias normales.

—No lo entiendo.

—Belle, ya no tienes que seguir fingiendo.

—¿Cómo dices?

—Ya has sido demasiado agradecida conmigo, no espero que te acuestes conmigo.

—Pues perdona si lo he entendido mal, pero creía que esta mañana habíamos jurado el voto de ser marido y mujer, y los matrimonios duermen juntos.

Ahora que había empezado, no podía parar.

—Crees que eres distinto a tu padre, pero eres igual. Tenía razón. No me quieres. Y eso puedo soportarlo. Me has enseñado que el amor a primera vista es algo absurdo. Aprendo algo nuevo cada día. Todo el mundo sabe que el amor verdadero lleva años, pero es tu mentira sobre lo de sentir deseo hacia mí lo que me molesta, Leonardo di Malatesta. Lo has fingido hasta hacérmelo creer, pero ahora me das de lado igual que me ha pasado toda la vida.

—Belle...

—No he terminado. ¿Tienes idea de lo que me duele tu rechazo? ¿De lo humillada que me siento? Cliff tenía razón cuando me dijo que era patética. Gracias por recalcar lo que siempre he sabido sobre mí misma, pero hasta ahora estaba deseando pasar la noche contigo, estar en tus brazos. Ahora, por favor, sal de mi dormitorio. No volveremos a hablar del tema. Quiero volver a la villa por la mañana. Y no temas, seguiré siendo tu esposa y la madre de Concetta. Estaré siempre ahí para tu familia, día y noche. ¿Quieres que durmamos en la misma cama para seguir fingiendo y evitar habladurías? Lo haré. Te respaldaré en el trabajo y en casa hasta la muerte. Te lo debo y lo he jurado.

Respiró hondo, y solo ese gesto le dolió.

—Pero ni se te ocurra tocarme en la cama, ni siquiera por error.

* * *

Hacía años que no vomitaba, pero a las dos de la mañana tuvo que vomitar por la borda. Después, empezó a temblar. No podría dormir hasta que ella escuchara lo que le tenía que decir. Y así, fue al baño,

se lavó los dientes, bebió un poco de agua y llamó a su puerta.

—¿Belle?

—¿Qué pasa?

—No podemos seguir así. Tengo que hablar contigo. ¿Puedo pasar?

—El barco es tuyo.

Abrió la puerta y la luz del pasillo iluminó la cama, donde estaba tendida. Era una imagen tentadora.

Se sentó en la cama.

—Antes, cuando he bajado, lo último que quería era subir a dormir solo, pero tampoco quería presionarte. Quería darte tiempo para que te acostumbraras a mí. Hoy ha sido un día maravilloso para mí y no quería que terminara. Me aterrorizaba que te asustara cómo he estado contando los minutos hasta la hora en que pudiéramos estar juntos en la cama y por eso me he echado atrás. Pero he tomado la decisión equivocada y me temo que eso me ha costado mi matrimonio. No tienes ni idea de cómo me ha dolido saber que has oído la conversación con mi padre porque sabía que te habría afectado. Estaba deseando quedarme a solas contigo y hablar del tema, pero cuando he bajado después de que te ducharas parecías un cordero yendo al matadero. No quería cometer ningún error contigo. Tienes que entenderlo —echó la cabeza atrás—. Belle, tengo que decirte algo importante.

—¿Qué es?

—Se trata de mi madre. Antes de morir me dijo algo que nunca olvidaré.

—¿Qué te dijo?

—«Te pareces mucho a mí, Leon. Si quieres ser feliz, sigue a tu corazón». Su consejo se me grabó en el alma y me ayudó a intentar vivir con libertad porque sabía que tenía su bendición. Por eso no dudé en pedirle a Benedetta que se casara conmigo. Anoche te pedí que te casaras conmigo por la misma razón. La única razón. Te quiero, Belle. Estoy locamente enamorado de ti. Esta mañana, cuando hemos jurado los votos, no dejaba de darle gracias a Dios. No puedo explicar todo lo que siento por ti. Por eso necesitaba una excusa para tenerte aquí para siempre, pero lo cierto es que si no la hubiera tenido, si no hubieran estado ni la niña, ni Dante, ni tu madre, te habría seguido hasta Nueva York para lograr que te enamoraras de mí —fue hacia la puerta—. Te amo. Es lo que quería decirte.

Salió al pasillo y estaba a punto de cerrar la puerta cuando oyó el susurro de las sábanas.

—No me dejes.

Se giró y vio a Belle yendo hacia él.

—No me dejes nunca.

En segundos sintió sus brazos rodeándole el cuello.

—Yo también estoy locamente enamorada de ti, Leon. Te amo tanto que me duele. ¿No sabes que por eso te he dicho todas esas cosas crueles?

—Ahora lo sé —respondió lleno de felicidad. La tomó en brazos y la llevó a la cama.

En cuanto sus bocas se tocaron, comenzaron a devorarse el uno al otro.

* * *

Belle despertó a la mañana siguiente antes que su marido. Estaba tendida sobre su pecho, con las piernas entrelazadas con las de él y viéndolo dormir. Era el hombre más bello que había visto en su vida.

La colcha estaba tirada en el suelo junto con su ropa. No había sabido que fuera posible un placer como el que se habían dado. Era demasiado embriagador para describirlo. Incapaz de contenerse, le besó los párpados, la nariz y la hendidura de su barbilla. La avergonzaba lo mucho que lo deseaba.

—Cariño, ¿estás despierto?

Él le acarició la espalda.

Encantada con esa respuesta, le besó el cuello y el lóbulo de la oreja mientras hundía los dedos en su oscuro cabello. Ardía por él.

—Te quiero —le dijo deseosa de la satisfacción que solo él podía darle. Su oscuro príncipe era el mejor amante del mundo.

—*Buon giorno*, esposa mía.

Ella sonrió.

—Será un día muy bueno después de que vuelvas a hacerme el amor.

Él se tumbó sobre ella.

—Eres una belleza. ¡Qué afortunado soy!

—¿Lo de anoche fue tan maravilloso para ti como lo fue para mí?

—¿Es que no lo notaste? Anoche te comí viva.

Ella sonrió.

—Pues sigo viva.

—Lo sé. Ven aquí, *bellissima*.

Al cabo de unas horas, y aún en la cama, Leon le preguntó:

—¿Adónde quieres ir hoy? —le dijo él rodeándola por la cadera con actitud posesiva.

—Quiero quedarme aquí, si te parece bien.

Él se rio.

—No sabes mucho sobre hombres, pero he de admitir que tengo suerte de haber sido tu primer y único amante.

—Podría pasarme horas mirándote. ¿Te parece que soy terrible?

—Mientras yo pueda hacer lo mismo contigo… —respondió riéndose.

Ella se sonrojó.

—Estar casada es divertido y ahora me doy cuenta de lo sola que estuve mientras crecí. Me preocupa estar demasiado necesitada de afecto. Prométeme que me ayudarás a no ser demasiado exigente en ese sentido.

Él le apartó el pelo de la cara.

—Creo que eres perfecta tal cual.

—Eso lo dices porque estamos de luna de miel, pero cuando tengas que volver al banco, creo que no te dejaré marcharte. ¿Te molestaría que te llevara el almuerzo a la oficina algún día?

—¿Tú qué crees?

—Creo que sí.

Después de otra sonora carcajada, la besó apasionadamente.

—¿Leon? —dijo cuando él le dejó tomar aliento—. He pensado mucho en la idea de la tienda de móviles y la verdad es que me gustaría estar en casa con Concetta todo el tiempo así que no podría regentar una tienda.

—Y menos aún si decidiéramos tener otro bebé.

—¿Te gustaría?

—Quiero tener un hijo contigo. Concetta necesita un hermano. Mi vida fue plena porque tenía a Dante conmigo.

—Tuviste suerte de tener un hermano. ¿Y cuándo crees que te gustaría ir por un bebé?

—Cuando tú lo decidas.

—Si lo intentáramos pronto y tuviéramos suerte, los bebés se llevarían un año y medio. Sería perfecto.

—Lo que tú digas, *squisita*.

—Te estás riendo de mí.

Leon se puso serio.

—No. Me río porque estoy feliz. Le has devuelto luz a mi vida después de haber perdido a Benedetta.

—Pues tú no tendrías tiempo de escuchar todas las cosas que has hecho por mí. Y ahora quédate aquí y, mientras me echas mucho de menos, yo iré a prepararte el desayuno.

Intentó levantarse, pero él la echó hacia atrás.

—No me dejes, Belle.

Belle lo besó con pasión.

—Solo voy a la cocina.

—Está demasiado lejos.

—Ahora ya sabes por qué temo el momento en que te vayas al trabajo. He decidido que estar casada da miedo.

Él tomó su cara entre sus manos.

—Y yo he decidido que te adoro, *signora* Malatesta.

Capítulo 9

Tres meses después

Usando la llave que le habían dado, Belle entró en el *palazzo* acompañada por Concetta.

—¿Mamá? ¡Estamos aquí!

No obtuvo respuesta. Qué raro. Había quedado con su madre para darle los últimos toques a la fiesta de cumpleaños que iban a darle a Sullisto.

—¿Mamá? ¿Dónde estás? —recorrió la casa empujando el carrito de la niña—. A lo mejor ha salido al jardín a recoger flores. Vamos a buscar a tu abuela —estaba deseando hablar con ella.

La asistenta la vio en el pasillo.

—*Buon giorno*, Belle. Tu *mamma* sigue en la cama.

—*Grazie*, Violeta.

Fue hasta el dormitorio principal y abrió la puerta.

—¿Mamá?

—Entra, cielo.

—Estás enferma, ¿verdad? —le preguntó al ver la palidez de su bella madre.

—Pero no es algo que le pueda pegar a Concetta. Es algo bueno.

¿Algo bueno? ¿Qué?

—¿Estás embarazada?

—Sí…

Belle se sentó en la cama.

—¿Lo sabe Sullisto?

—No, cree que he pillado un resfriado o algo.

—¡Y tanto que has pillado algo!

Las dos se echaron a reír y se abrazaron.

—¿Has oído eso, Concetta? En unos meses vas a tener una tía o un tío.

—¿Cuánto tiempo llevas con náuseas?

—Unos cuantos días. Le he pedido a Violeta que no diga nada.

—¿Hasta esta noche?

—Sí. El médico me ha dado una medicina para las náuseas y ya está empezando a hacer efecto.

—A Sullisto le va a dar algo de la alegría.

—Creo que sí.

—Seguro que sí. Te adora, mamá, aunque como es un Malatesta siempre quiere que todo sea perfecto.

Su padrastro se había calmado un poco desde que Belle y Leon habían vuelto de la luna de miel, aunque si había perdonado o no a su

hijo por haberlo desobedecido una segunda vez era algo que nadie podía saber.

—Veo que ya te has dado cuenta. Bueno, y ahora dime en qué estás pensando y no digas que no es nada.

—Quería contarte una cosa, pero ahora no puedo.

—¿Es que tú también estás embarazada?

—Oh, mamá, creo que sí, pero aún no me he hecho la prueba. Por eso quería hablar contigo.

—Lo sospeché el otro día cuando hicimos el picnic y no podías comer.

—No sabía que te habías dado cuenta.

—¿Lo sabe Leon?

—No. He tenido alguna que otra náusea, pero sobre todo me siento cansada.

La risa de felicidad de su madre llenó el dormitorio.

—Tienes que hacerte la prueba ahora mismo. Tengo un kit en el armario, escondido debajo de los zapatos.

—¿En serio?

—Compré dos por si acaso, pero el primero funcionó.

—Ahora mismo vuelvo.

—Mientras yo me quedaré con mi nieta. Ven aquí, Concetta, y dale un beso a tu abuela embarazada.

Belle encontró el kit y entró en el baño. Unos minutos después gritó de alegría y corrió al dormitorio para enseñárselo a su madre.

—¡Felicidades, cariño! Ahora que es oficial, podremos hacer los anuncios esta noche.

—No podemos hacerlo delante de Pia, mamá. Se sentirá muy mal.

—No. Sé algo que tú no sabes.

—¿Estás de broma?

—No. Me lo dijo ayer.

—¿Y sabe lo tuyo?

—Sí, pero nuestros maridos no, y está claro que el tuyo tampoco. Tres al mismo tiempo en la misma familia debe de ser un récord mundial.

—Seguro que sí. ¿Y cómo quieres hacer lo de esta noche?

—Debería ser algo que los deje impresionados. Ya sabes cuánto les gusta tenerlo todo bajo control siempre, es un rasgo de los Malatesta.

—¡Tengo una idea! Pero vamos a necesitar carteles y muchos metros de cinta en tres colores.

—¿En qué estás pensando, cielo?

—En un juego. Nos encantan los juegos, ¿verdad, Concetta? —besó a la niña—. Y en este jugarán los tres hombres de la familia, pero será distinto porque cada uno terminará con el premio que ha querido

siempre.

Después de una exitosa reunión de negocios, Leon corrió a casa para reunirse con su familia. La fiesta daría comienzo en una hora y media y eso le daría tiempo para disfrutar de su esposa mientras su hija se echaba la siesta. Por eso se quedó tan decepcionado cuando entró en casa y Simona le dijo que se habían ido al *palazzo* hacía horas. Había querido tumbarse en los brazos de Belle y olvidarse del mundo por un rato. Ella lo hacía sentirse inmortal.

Al subir las escaleras hacia el dormitorio se dio cuenta de lo vacía que parecía la villa sin ellas. Odiando el silencio que reinaba en la casa, corrió a ponerse el traje que se había comprado para la ocasión y condujo hasta el *palazzo* rozando el límite de velocidad. Nunca conducía así cuando ellas iban en el coche, pero ahora estaba deseando verlas.

Al llegar vio a su padre y a su hermano esperándolo y ataviados con lo que parecían trajes nuevos.

—*Buon compleanno*, papá —le dio dos besos—. ¿Qué pasa? ¿Por qué estáis aquí fuera?

—Nos han dado instrucciones, Leonardo —dijo Sullisto no muy contento con la idea.

—Nos han dicho que nos quedemos aquí y que cuando llegaras fuéramos a la entrada del laberinto donde nos darían más instrucciones —añadió Dante.

Leon se rio. Imaginaba que su mujer estaba metida en eso.

—¿Dónde está mi familia?

—Todas están dentro —murmuró su padre—. Terminemos con esta tontería.

—Es tu cumpleaños, papá.

—Le dije a Luciana que no quería nada especial —gruñó mientras iban hacia la puerta del laberinto.

Al llegar, encontraron un cartel en italiano. *Seguid vuestra cinta. La roja para Sullisto, la amarilla para Dante y la azul para Leon. No abráis los regalos cuando los encontréis. Llevadlos a la terraza donde habrá más celebraciones*.

Un premio. ¿Qué le tendría reservado Belle? Por primera vez en años volvía a sentir la emoción que lo invadía cuando su madre les escondía algo que querían para que lo encontraran.

—Tú primero, papá.

—¡Por el amor de Dios! —farfulló Sullisto.

Con una sonrisa, Dante y Leon lo siguieron. Las cintas los llevaron por un camino tan serpenteante que los hermanos empezaron a reírse.

Su padre iba delante y había desaparecido, ansioso por terminar con el jueguecito.

—A esto no habíamos jugado nunca aquí —dijo Dante.

—No —y Dante sabía por qué. Porque Belle no había crecido con ellos. Su presencia había cambiado todo su mundo—. Supongo que aquí nos separamos. Mi cinta me lleva hacia otra dirección. Ahora nos vemos.

—Llama si te pierdes.

—Espera sentado, hermanito.

Leon siguió avanzando hasta que dio con un pequeño paquete atado al final de la cinta. Lo levantó y siguió la cinta hasta la entrada del laberinto. Al momento su padre apareció con un paquete idéntico.

—Dante debe de haberse perdido.

—Te he oído, hermano —contestó Dante al instante portando otro paquete.

—Espero que los jueguecitos terminen aquí. No sé vosotros, pero yo tengo hambre.

Los tres fueron hacia la terraza con las cintas colgando por detrás.

—Cuidado, no os tropecéis —dijo Luciana desde la mesa y especialmente radiante con un vestido azul hielo—. Feliz cumpleaños, cariño.

Pia estaba sentada a su lado con un impresionante vestido rosa mientras que Belle sorprendió a Leon con un espectacular vestido morado de tiras muy finas. Estaba tan bella que casi se le cayó el paquete de las manos.

Luciana les sonrió.

—Comeremos en cuanto abráis vuestros regalos.

Leon abrió el suyo y dentro encontró una caja con una prueba de embarazo. El corazón le palpitaba con fuerza bajo la mirada azul cobalto de su esposa. Cuando miró a su alrededor, vio que su hermano y su padre tenían unas cajas iguales en las manos y que estaban absolutamente pasmados.

—¿Estamos embarazados? —le preguntó Sullisto a Luciana.

—Sí, cielo. Por fin ha pasado.

La expresión de su padre fue una que Leon no olvidaría jamás.

—¿Recuerdas el viaje a Florencia? —le preguntó Pia a Dante con una sonrisa.

De pronto todos empezaron a gritar y reír y Leon soltó la caja y levantó a su mujer de la silla.

—Concetta no será hija única —le dijo ella—. Espero que estés contento, Leon.

—¿Contento? —le preguntó llorando—. *Ti amo, amore mio. Ti amo*! —exclamó antes de besarla.

En mitad de toda esa euforia, su padre captó la atención de todos

dando golpecitos en su copa con un tenedor. Se sentaron y él se quedó de pie alzando la copa hacia Belle.

Tuvo que aclararse la garganta varias veces antes de hablar.

—Por la primogénita de mi esposa, que cruzó el océano y se presentó aquí como un ángel para bendecir para siempre las casas de Malatesta y Donatello y unirnos.

—¡Por ella! —gritó un exultante Dante alzando la copa.

Leon acarició el muslo de Belle bajo la mesa y agarró la copa de vino con la otra mano.

—¡Por ella!

FIN